

Emilio Enciso Viana



**La muchacha  
en el noviazgo**

GRUPO  
EDITORIAL  
EXODO

Título original de la obra:  
**LA MUCHACHA EN EL NOVIAZGO**  
ISBN: 970-737-033-5

1a. Edición  
Editora Latino Americana, S.A.

2a. Reimpresión  
Grupo Editorial Éxodo.  
México, D.F., 2005

© Copyright

Ricardo Alborez García  
Grupo Editorial Éxodo.

Diseño de portada:

Grupo Editorial Éxodo.

Laguna del Carmen No. 146-C.  
Col. Anáhuac, Deleg. Miguel Hidalgo.  
C.P. 11320 México, D.F.  
Tels.: 5396-4123 • 5396-4766  
E-mail: [grupoexodo@prodigy.net.mx](mailto:grupoexodo@prodigy.net.mx)

SOCIO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA  
EDITORIAL MEXICANA 2993.

Impreso en México.  
*Printed in Mexico.*

QUEDA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE LA  
PRESENTE EDICIÓN POR CUALQUIER MEDIO CONOCIDO O QUE PUDIERA LLEGARSE  
A CONOCER, SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DEL TITULAR DEL COPYRIGHT.

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

<b>PRIMAVERA DE LA VIDA</b> .....	7
Ulises y las sirenas.....	9
Una excursión fracasada .....	12
La colaboradora de Dios .....	15
El sacramento .....	17
El noviazgo cristiano .....	19
¿Casamanteros? .....	23
En manos de tu Padre .....	27
En el escaparate .....	30
No corras.....	33
Amores y amoríos .....	36
¿Por qué transaste tú?.....	39
El amor es ciego.....	49

### SEGUNDA PARTE

<b>EL DESTINADO POR DIOS</b> .....	47
¿Con quién?.....	49
Religiosidad .....	51
Moralidad.....	53
Amor .....	58
Capacidad económica.....	62
Como tú.....	68
Salud .....	71

### TERCERA PARTE

<b>PREPARANDO EL EQUIPO</b> .....	75
Llevando pajitas al nido .....	77
Estamos de vuelta .....	80
El sacramento de los novios .....	84

Maria y la novia .....	88
Tu Madre te guardará .....	92
Domina tu genio .....	95
"La esposa del alarife" .....	100
Lo que gasta una chica .....	104

CUARTA PARTE

<b>LA VIRTUD ESENCIAL</b> .....	<b>109</b>
¡Mentira! .....	111
Angélicamente pura .....	114
Serás madre .....	118
Aval necesario .....	120
¡Precaución! .....	123
El "paso de la muerte" .....	126
Hazte respetar .....	129
Intransigencia .....	133
Frena en seco .....	135

QUINTA PARTE

<b>REPICAN A FIESTA</b> .....	<b>141</b>
La petición de mano .....	143
Fragmentos de dos cartas .....	145
En la Vicaría .....	148
Habla la Iglesia .....	151
El momento cumbre .....	154
Arras y anillos .....	156
El salmo del matrimonio .....	159
Misa nupcial .....	160
"Deo gratias!" .....	165

PRIMERA PARTE

# Primavera de la vida



El sacramento hace del matrimonio mismo un medio de mutua santificación para los cónyuges y un manantial inagotable de ayuda sobrenatural; hace a su unión símbolo de la unión entre Cristo y su Iglesia; les convierte en colaboradores de la obra creadora del Padre, de la obra redentora del Hijo, de la obra iluminadora y educadora del Espíritu Santo. ¿No es acaso ésta una verdadera predilección de Dios, un amor de su corazón...?

(Pío XII en su discurso de 19 de junio de 1940).

## ULISES Y LAS SIRENAS

Se trata de una historia muy antigua. La escribió Homero, probablemente ocho siglos antes de la venida de Jesucristo al mundo.

Ulises, esforzado capitán griego, al frente de sus bravos soldados helenos, cruza el mar Egeo para realizar una empresa guerrera. Va a pasar frente a la isla de las sirenas, y, conociendo la fuerza del instinto y la debilidad de su voluntad, adopta precauciones.

Manda a la tripulación que se tapone los oídos de manera que no pueda percibir los cantos de seducción, y ordena que a él le aten fuertemente a un mástil y no le suelten, aun cuando lo mande, hasta después de haberse alejado de la isla peligrosa.

La nave se va acercando al lugar temido. Las sirenas comienzan sus cantos sugerentes, y ponen en juego todos sus atractivos para la seducción.

La voluntad de Ulises flaquea; sus ojos encendidos se van hacia el pecado; su corazón le golpea fuertemente en el pecho; los deseos deshonestos le devoran. No pueden resistir.

—*Soltadme*— grita nervioso.

Pero los soldados, fieles a la consigna, no le hacen caso.

La tentación le azota con mayor fuerza; su pecho es un volcán. Se revuelve; pretende inútilmente romper las amarras; amenaza; vocifera:

—¡Soltadme! ¡Soltadme pronto!

La nave continúa su rumbo... Ya han pasado del lugar peligroso. La visión de la isla es imperfecta; el eco de los cantos se va perdiendo... Ya están lejos; no hay peligro.

Un soldado, de un tajazo, corta las ligaduras de su capitán.

Ulises, ya del todo sosegado, da las gracias a su gente, porque en el momento crítico no le han abandonado, sino que, manteniéndose fieles, le han salvado a él y, a la vez, han salvado la empresa.

¡S. O. S.!, muchacha. Peligro a la vista. Unos golpes de remo y llegas a un paso difícil lleno de escollos y remolinos.

Apenas has comenzado a vivir; fué ayer cuando saliste del puerto; tu barquilla se desliza alegre y confiada por la rizosa superficie azul, con reflejos de oro y borduras blancas, de la juventud. El sol del amor alborea tiñendo con el rosicler de la ilusión el mar de tu existencia.

Mira hacia adelante. No hundas tus pupilas en el horizonte dilatado. ¿No la ves cerca, acaso muy cerca? Entre las aguas espumantes emerge una isla.

¡Qué paisaje tan estupendo! Parece que un artista colosal la ha colocado en un lienzo maravilloso. Es la isla de las sirenas. Junto a sus playas tiene que pasar tu barquilla.

Es una isla de Eúen a propósito para el idilio. Vegetación exuberante; las flores más variadas y más bellas; multitud de pintados pajarillos entonan trinos arrulladores, propicios para el amor.

Pero dicen que tras de la fronda se esconden serpientes de letal mordedura, que las flores encierran mortíferos venenos y entre los pajarillos se ocultan aves de rapiña.

Dicen más: que en la isla habitan sirenas engañosas, que con sus canciones dulces y sugerentes y sus atractivos apasionantes arrastran hacia la isla a los incautos navegantes, para que entre los reptiles, las espinas y las aves de rapiña dejen rasguños de sus amores, que con frecuencia quedan enterrados entre el tupido bosque, bajo montones de podre. Las delicias de la isla son tan sólo un espejismo tras del que oculta el mal.

¡Precaución! Tú tienes que pasar por ahí sin arribar a la isla. Ese es el problema. Los que han desembarcado han sufrido los rigores del engaño.

Pero ¡es tan fuerte la tentación de gozar de sus fementidos deleites! Tan pronto como te acerques y comiences a admirar sus atractivos, las sirenas del placer iniciaran su plan de seducción; harán llegar a tus oídos dulces canciones sugerentes; exhibirán ante tus ojos los esplendores de una belleza efímera y banal. No te dejes seducir, que estás perdida.

Adopta precauciones. Cierra tus oídos a las insinuaciones del mal, puestas en el pentagrama de la moda, de la aventura, del derecho a *vivir tu vida*; no escuches los consejos desaconsejados de quienes no estén dispuestos a sacrificarse por ti.

Yo me brindo a prestarte ayuda. Para eso escribo el presente libro, ampliación extensa de lo expuesto sobre esta materia en aquel otro que honré bautizándolo con tu nombre.

¡Si me lo has pedido tú! Por todos los caminos de España me han llegado tus consultas; encarnada en mil personas, te has acercado demandando consejo.

Me has contado tu caso: el tuyo, el de todas; siempre el mismo, siempre distinto; igual en el fondo, variado en los matices.

Aquí me tienes dispuesto, como ministro de Dios, a guiarte en la travesía de uno de los pasos más difíciles de tu vida.

Permíteme que te amarre fuertemente al mástil de la Santa Cruz, el más alto de la arboladura de tu barquilla de cristiana. No te soltaré hasta que llegue el momento en que, al pie del altar, enlaces tu mano con otra fuerte y varonil que, desde entonces, te ha de servir de apoyo. El peligro habrá quedado atrás.

Ya sé que, mientras tanto, encandilados tus ojos por los atractivos engañosos te revolverás nerviosilla contra mí.

—Suélteme —me gritarás—; tengo derecho a disfrutar. Nunca más joven, nunca en mejores condiciones.

Y ante mi intransigencia, lanzarás denuestos e improprios. Te pareceré cruel, tiránico, incomprensivo que, metido en mi sotana sacerdotal no me doy cuenta de las realidades del mundo.

Muchas otras lindezas dirás contra mí. Pero yo, convencido de que te hago un inmenso favor, permaneceré inflexible sin aflojarte las amarras.

Y disfrutaré viendo deslizarse tu barquilla sin una quiebra, con su velamen blanco sin una mácula, dejando tras sí la estela brillante de un noviazgo ejemplar, que goza en confundirse con la que va señalando el paso de otra barquilla que boga paralela y que, a pesar, acaso, de haber

sufrido fuertes bandazos de bajas corrientes pasionales, ha conseguido, gracias a tu influjo, conservar íntegra la arboladura, sin un jirón las blancas telas, y el timón siempre entre las manos.

La leyenda de Ulises se repite. Te sientes molesta ante a Intransigencia sacerdotal; pero el sacerdote director te salva, y después, al recoger el fruto, tú y... él seréis los primeros en besar su mano ungida y darle las gracias porque fué duro, no transigió y mantuvo sin una condescendencia el evangélico *non licet*, no es lícito.

## UNA EXCURSIÓN FRACASADA

Al norte de la Rioja alavesa corre la sierra de Cantabria hasta internarse en Navarra. Cabalgando sobre su cumbre se yerguen peñascos gigantescos, cuyo escallo constituye la diversión de los veraneantes que acuden en busca de aires puros a los pueblos de aquella región, y disfrutan trepando por las laderas, encaramándose sobre las rocas, donde tienen sus nidos las águilas, y asomándose a los balcones maravillosos de sus puertos, desde los que se descubre un paisaje de ensueño, atracción de turistas y montañeros.

En uno de los pueblos riojanos, en tiempos sede de los reyes de Navarra, la gente joven planea una excursión.

Risas, bromas, barullo, ir y venir nervioso, discusiones a gritos para poder hablar a la vez todos.

Un grupito cruza delante de mí y saluda al pasar.

—¿Adónde vais a ir mañana?—les pregunto.

—A San Tirso—me contestan todos a una.

—¡Qué disparate! Pero, ¿ya sabéis dónde está?

—Ni nos importa. Dicen que es aquella peña redonda que se ve cerca del puerto de Bernedo. A nosotros nos da lo mismo.

—Si no sabéis a fijo dónde es, ¿cómo vais a ir? ¿Ya sabéis el camino?

—¿Y qué falta nos hace saberlo?

—No sabéis a dónde vais, ni por dónde habéis de ir. Dudo mucho que os resulte bien la excursión. Enteraos antes de algún conocedor del terreno, porque me parece que San Tirso está mucho más lejos y mucho

más difícil de escalar de lo que vosotros pensáis. Acaso os convenga hacer algún otro plan.

Todos mi miraron con gesto de compasión. En su interior debían estar diciendo: "Este cura es un *aguafiestas*. Creerá que somos tan viejos y tan torpones como él".

El único chico del grupo intervino entonces:

—Padre, no se preocupe. Los chicos de ahora no necesitamos saber a dónde vamos, ni por qué camino. La cosa es pasarlo bien; y lo pasaremos. Iremos a San Tirso, y disfrutaremos *una burrada*. Ya se lo contaremos.

—Me alegraré tengáis un buen día. Que Dios os bendiga. A la mañana siguiente, bien temprano, apoyado en el malecón que bordea el paseo, contemplé la salida de los excursionistas: todos iban armados de bastones, gafas negras y buen calzado. Ellos en mangas de camisa y los brazos remangados; ellas con vestidos de los más variados colores y pañolones policromos recogiendo el peinado. Iban alegres, decidores, optimistas; el cascabeleo de sus risas anunciaba su paso. Al hacerlo frente a mí, me saludaron con respetuosa alegría.

Los vi alejarse por el camino serpenteante y perderse de vista...

Al otro día no se encontraba a los excursionistas por ninguna parte; ni aparecieron por la iglesia, según su costumbre, ni se asomaron a las calles, ni acusaron su presencia en los corrillos de veraneantes.

Alrededor del mediodía dieron señales de vida los primeros. Andaban perezosamente, como baldados, tostadas las caras y los brazos.

—¿Qué tal la excursión?

—¡Bien!...

Era un *bien* que brotaba de sus labios medroso e indeciso. Después, como arrepentida de su falta de franqueza, una del grupo confesó:

—Es la excursión más desagradable de mi vida. Renuncio para siempre a ir a San Tirso.

Se detuvo un poco para pensarlo, y continuó:

—En un principio todo iba bien; en cuanto dejamos el camino conocido, nos perdimos varias veces; pero estas pérdidas daban lugar a episodios graciosos. Nos reímos mucho. Cogíamos las veredas al azar, sin andar pensándolo; después, nos lanzamos a través del campo por entre un monte bajo, que nos hería las piernas y nos obligaba a caminar en continuos saltos. Se apoderó de nosotros el cansancio y la sed, porque no encontrábamos por ningún lado una fuente ni sabíamos dónde podríamos hallarla, sin agua, asfiados por la bochornera, caliente el vino

de nuestras provisiones, no nos apetecía la comida. A las seis de la tarde llegamos a San Tirso...

—Entonces os sentiríais compensados de vuestras fatigas...

—¿Por qué?

—El paisaje debe ser formidable.

—No nos hable usted del paisaje: no teníamos ganas de contemplarlo. Además, le advierto que San Tirso no es aquella peña que se recorta sobre el horizonte; está más allá. Es una cueva inmundada, llena de suciedad: desmantelado el altar sin santo, rota la puerta... Desagradable, muy desagradable. A ninguno de los excursionistas les ha quedado ganas de volver.

Sonriendo significativamente, iba a replicarle, cuando me interrumpió, cortando:

—Tenía usted mucha razón, pero no diga nada. Ya ha pasado todo...

Y sin dar tiempo a más, se alejó el grupo.

Les vi reunirse con otros y otras en alegre camaradería. En los corrillos destacaban las parejas.

Fué entonces cuando yo hice mi comentario. Esta juventud irreflexiva y frívola no escarmienta nunca. Ayer fracasó en la excursión por lanzarse a lo desconocido, ignorando, a la par, el camino. Hoy, sin aprender la lección, se lanza a otra excursión mucho más trascendental, hacia un punto cuyo término y camino ignora.

¿Es que acaso esas parejitas que entre bromas y risas tejen sus amores saben adónde van? ¿Al matrimonio? Y el matrimonio, ¿qué es? ¿Lo saben, por ventura? ¿Cuál es el camino que ha de conducirles hasta allí? ¿Se han molestado en aprenderlo?

Y con la inconsciencia de ayer, sin escuchar los consejos de la experiencia, emprenden la excursión.

En el camino se pierden muchas veces, reciben en el alma multitud de arañosos, y antes de llegar a su término sienten el cansancio del aburrimiento y un malestar interno que tiene mucho de sed; sed de paz, de espiritualidad, de algo más consistente que no encuentran por ninguna parte, porque caminan despistados, muy lejos del manantial de energías eternas que brota de lo íntimo de la religión. Llegan a su término desilusionados, cansados de placeres que no hartan, herido el corazón por los desengaños; las realidades de la nueva vida constituyen algo inesperado, de tonos menos rosados que lo soñado.

Cuando al emprender la excursión pretendemos aleccionarles, nos motejan de importunos y no nos hacen caso. Pronto están de vuelta para

tenernos que confesar compungidos: "La excursión más desagradable de mi vida".

¡Y es la de más importancia, de la que depende toda su felicidad aquí y allá!

Muchacha, no quiero verte partir a tu excursión lanzándote por un camino desconocido hacia lo ignorado.

No seas despistada; caminar al azar es siempre ir al fracaso. Un fracaso matrimonial es una vida amargada y de continuo martirio. Es poner en peligro la misma felicidad eterna. Es hacer imposible lo que tanto te agrada; gozar, pasarlo bien...

Atiéndeme: en plena primavera de la vida y bajo los esplendores del sol de mayo, envuelta en aromas que se te antojan más embriagadores que los de las flores, arrullada por canciones de amor que superan, en tu concepto, a los trinos más bellos de los pájaros, emprendes tu excursión.

Sonríe a la ilusión, canta a la vida que te abre sus puertas, goza satisfecha de los esplendores del amor; pero camina con prudencia. Antes de partir dime:

—¿Adónde vas?

—Al matrimonio.

—¿Por qué camino?

—Por el del noviazgo.

¿Qué es el matrimonio?

¿Qué es el noviazgo?

¿...?

## LA COLABORADORA DE DIOS

¿Qué es el matrimonio?

Por esos mundos que se dicen cristianos abundan definiciones pintorescas del estado matrimonial.

A cada uno se le ocurre una cosa rara, y a muchos ninguna; porque hay muchos, aun entre los casados, que no se han detenido jamás a pensar qué es.

Si se les hace reflexionar, es muy probable que acudan, como a única fuente de información que su cultura religioso social les permite consultar, al "cine" y a la novela. Y ¡estos informadores tan corrientes son tan desorientadores!

¿Por qué no acudir en busca de luz a la doctrina de la Iglesia, ya que el cristianismo es quien ha elevado a la familia a su verdadera dignidad?

Lee esta definición, basada en los discursos del Papa a los recién casados:

*El matrimonio es un estado en que el hombre y la mujer que se aman mutuamente se constituyen en colaboradores de Dios en dos de las obras más estupendas de su omnipotencia y misericordia: La creación y la santificación.*

¿Qué te parece? Ahora comprenderás la dignidad excelsa del estado por ti soñado.

¡Colaboradora en la creación! No necesito hacerte reflexionar sobre ello. Es tan claro, que a primera vista lo comprendes.

Pero acaso no te hayas fijado en su consecuencia lógica. Si el matrimonio constituye a los padres en colaboradores de Dios en la obra de la creación, los que a esta obra se oponen de alguna manera, cometen un crimen horrendo; traicionan a Dios en la misión que les ha confiado.

Y conviene llamar la atención acerca de este punto, porque hay señoras, al parecer respetabilísimas y piadosas, que hablan de tan importante materia con una ceguera lamentable y una ligereza intolerable.

Los padres se han casado para ser los cooperadores de Dios en la obra de la creación, y no son ellos los que han de limitar la acción divina, sino que, como instrumentos dóciles, han de estar sumisos a las disposiciones de Dios.

Por eso la fórmula cristiana se enuncia así: Dios da los hijos y los padres los reciben.

¡Colaboradora en la santificación! ¡Cómo crece aquí la sublime dignidad de la madre!

Me dirás que la santificación es obra de la gracia sobrenatural. Entonces, ¿cómo pueden los padres santificar a los hijos?

Desde luego, la santificación es obra de Dios con su gracia; pero los padres son los que preparan el terreno, quitan obstáculos, fomentan y favorecen la acción sobrenatural de la gracia.

¡Qué gigantesca resulta la figura de la madre en esta misión de santificadora! No hay en la naturaleza nada que se la pueda comparar.

Poco a poco, con la educación, va plasmando aquella tierna alma que Dios ha depositado en el cuerpecito por ella traído a la vida y la va perfilando bajo la acción divina, para que sea imagen viva de Dios en que se refleje la belleza moral de su Creador, templo hermoso del Espíritu Santo que allí descendió por el Bautismo Y Sagrario resplandeciente de Jesús que allí mora sacramentalmente mediante la Comunión Eucarística.

La madre, en la educación de sus hijos, es algo parecido al sacerdote. No tiene, como éste, poder para hacer y administrar los sacramentos causantes de la gracia; pero tiene el poder —y deber— recibido al contraer el santo matrimonio de hacer eficaz la administración de los sacramentos.

De ella dependerá en multitud de ocasiones el que la gracia sacramental fructifique o quede anulada por falta de correspondencia.

Por eso en el catecismo que estudiaste de niña te enseñaron, como fin primario del matrimonio, *criar hijos para el Cielo*.

Fijate bien: no se te dijo tan sólo *criar hijos*, sino *criar hijos para el Cielo*.

Reflexiona sobre estas palabras del Papa: "Si la cooperación de los padres con la potencia creadora de Dios para dar la vida a un futuro elegido del Cielo es uno de los designios más admirables de la Providencia para honrar a la Humanidad, ¿no es todavía más admirable su cooperación para formar un cristiano?"<sup>1</sup>.

## EL SACRAMENTO

En todo edificio, la puerta de Ingreso guarda relación con la grandiosidad de éste. A nuestras catedrales monumentales se entra por unos pórticos maravillosos, joyas preciosas del arte cristiano.

El estado matrimonial, catedral sagrada en la que el hombre y la mujer realizan la misión sublime de colaborar con Dios en obras tan excelsas de su poder misericordioso tiene una puerta de ingreso, *el santo sacramento del Matrimonio*.

¿Te das cuenta de toda la sublimidad aquí encerrada?

<sup>1</sup> Discurso a los recién casados (14 de abril de 1943).



El matrimonio es un sacramento. No es, por tanto, un mero contrato bilateral como cualquiera de los que se ajustan y realizan ante un notario y se inscriben en el registro civil.

La puerta de acceso al estado matrimonial es algo de carácter sagrado, un rito religioso.

¿Un sacramento como el que abre la puerta del claustro a la escogida para esposa del Señor?

Más, mucho más. Es un sacramento. Jesucristo quiso elevarlo a la categoría de sacramento el contrato matrimonial por el que los esposos se entregan mutuamente el derecho sobre sus cuerpos en orden a la generación, haciendo que sea más, sagrada y de mayor dignidad la puerta de acceso a la vida conyugal que la que introduce en la vida virginal del estado religioso.

¿Por qué?

Vió Jesús con su mirada divina el mayor peligro de envilecimiento que corría la vida de los casados, que habla de ser zarandeada por desbordamientos pasionales y perseguida con mayor saña por los enemigos de la sociedad, atentos a destruir en sus cimientos la obra de Dios; vió que el mundo pagano de todas las épocas se había de arrojar sobre ella para hollarla con sus pies sucios e infectar en sus fuentes la vida; quiso defenderla, amurallándola con un blindaje sobrenatural, infundiendo en ella, *ex opere operato*, es decir, en virtud de la eficacia del mismo rito, gracias sobrenaturales suficientes para la realización de la misión por Él propuesta; y para ello constituyó el contrato matrimonial en sacramento.

¡Es un sacramento! Como el Bautismo, que abre la puerta de la Iglesia y nos hace herederos del Cielo; como la Penitencia, que nos perdona los pecados; como la Eucaristía, que nos regala en celestial banquete con el Cuerpo y la Sangre del mismo Dios; como el Orden, que constituye al hombre sacerdote del Altísimo.

Repara bien en este punto. Desde que, siendo niña, estudiaste el catecismo en el colegio, has nombrado Juntos, en la lista de sacramentos, el Orden y el Matrimonio.

Acaso no te has fijado en esta relación especial entre ambos existente: el Orden es el sacramento que eleva a la persona humana a ministro de Dios para multiplicar sacramentalmente el Cuerpo de Cristo en la tierra. El matrimonio es el sacramento que eleva a la persona humana a ministro de Cristo.

¿Te convences de la grandeza excelsa del matrimonio hacia el que se dirigen tus sueños sonrosados y tus pasos vacilantes? Piensa santamente sobre materia tan santa.

Pero hay más: el santo sacramento del Matrimonio nos tan sólo la puerta de acceso al estado. Conyugal, sino también el cuño que lo troquela y le da valor para siempre.

Ya sabes cómo se acuña la moneda. El cobre, el níquel, la plata tienen su valor propio; pero los troquelan haciendo caer sobre ellos el cuño del Estado que les imprime su impronta, y quedan convertidos en moneda, cuyo valor, muy superior al propio, adquieren. Ya no son un pedazo de níquel o plata aleada, sino una moneda.

Lo mismo sucede con el matrimonio. El hombre y la mujer tienen su valor propio como seres humanos y como cristianos; pero sobre ellos cae el cuño matrimonial que les imprime su carácter indeleble y les da un valor sobrenatural.

Antes de casarse era simplemente una mujer, una buena cristiana; ahora, recibido el sacramento, es una cristiana casada, esposa capacitada para la maternidad, colaboradora de Dios. Multitud de gracias sobrenaturales residen en ella, actuando unas desde el primer momento, las otras en reserva de las ocasiones oportunas, en que las dificultades circunstanciales o la gravedad de los deberes inherentes al nuevo estado hagan necesaria su actuación. Así de providente es la misericordia paternal de nuestro Dios.

## EL NOVIAZGO CRISTIANO

Se trata de una de las grandes inconsecuencias de la vida. Se exige una preparación intensa y cuidada para ejercer cargos cuya misión es trascendental en la sociedad, y, en cambio, se descuida lastimosamente la preparación al matrimonio, del que depende esencialmente toda sociedad.

¿Qué difícil es la preparación para ser ingeniero naval o de caminos! Son estudios tan fuertes los exigidos, que corrientemente muchachos de gran valor gastan varios años en forcejeo tenaz para vencer en los exámenes e ingresar en la escuela técnica.

Más aún: para ser un simple escribiente de una oficina secundaria se requiere cierta preparación, a la que se entregan los muchachos ejercitándose en mecanografía, taquigrafía, contabilidad, etc.

Y para ser madre, colaboradora de Dios en la creación y santificación de nuevos seres, ¿qué preparación se exige?

¿Qué crees más importante: construir una casa o construir un hogar? Pues al futuro arquitecto se le obliga a estudios muy duros, y en cambio, a la futura madre no se le obliga a nada.

En el terreno religioso, ¿qué te parece más difícil, comulgar bien o ejercer bien el oficio de esposa y madre?

Pues a la primera Comunión precede una preparación cuidadosa, y en cambio, al matrimonio se va sin preparación alguna.

Es ésta una realidad triste, consecuencia inconsciente de la manera de vivir moderna.

Me dirás que siendo la misión de la mujer la maternidad y teniendo su realización importancia tan decisiva en la vida social, toda educación femenina, desde sus primeros años, ha de ordenarse a capacitarle para tan sublime y trascendental oficio.

Tienes mucha razón; pero aparte de la negligencia lamentable con que se descuida tal obligación, no dudarás de la necesidad de una preparación inmediata, más activa, directa y concreta para el estado matrimonial y para el sacramento que le sirve de puerta y de troquel, puesto que de ellos depende la felicidad propia y ajena en ésta y en la otra vida.

¡Desgraciada la chica que no acierta en su casamiento! ¡Pobres hijos los nacidos en un hogar formado al azar, porque sí, porque sus padres fueron al altar como iban a una excursión o a un bar o tomarse un *cocktail*!

El matrimonio necesita una preparación, y ésta ha de ser el noviazgo; pero un noviazgo cristiano y santo.

Te extrañan estos calificativos, ¿verdad? Y, sin embargo, los sostengo, pues si el noviazgo ha de preparar a la recepción de un sacramento y a un estado de vida cristiana en que se practique la santidad, realizando un oficio de categoría tal como el de colaborar con Dios, ha de ser santo.

Por eso me he lamentado de la falta de preparación para el matrimonio en la vida corriente.

Muchos, muchísimos, no consideran el noviazgo desde este punto de vista.

¿Es que acaso se han parado a reflexionar sobre lo que es? ¿Acaso alguno se lo ha dicho?

¡Qué poco se habla a la muchachada, en plan educativo, sobre el noviazgo!

Hay educadores que, equivocadamente, conceptúan casi como un pecado hablar de novios a la juventud. ¿Y qué consiguen con su silencio?

Que a la muchachita sólo le hablen del noviazgo, el cine, la novela, la amiga que se las da de atrevida, el amigo picaresco que se le ha cruzado en el camino...

¿Y qué le dicen? Le hablan de pasarlo bien, de disfrutar, de placeres deliciosos, de efusiones cariñosas más o menos carnales...

¡No!, ¡no!, ¡no! Esto no es el verdadero concepto del noviazgo. Entre cristianos no puedo tolerarse que se hable así. Este lenguaje es pagano, huele a carne, tiene sabor de bacanal. A quienes así hablan debe ponerse una mordaza.

El noviazgo que conduce a un matrimonio santo no puede ser eso. ¿Podrís las almas y, a veces, la sangre, como etapa previa para servir de instrumento a Dios en sus dos obras admirables de poder misericordioso? ¡Absurdo!

Entonces, ¿qué es?

Algunos lo conceptúan como una época de la vida en que un muchacho y una muchacha se dedican a conocerse y gustarse.

Este concepto es más razonable; pero, aun así y todo, resulta incompleto.

El noviazgo cristiano es más; lo he definido ya y mantengo la definición.

*El noviazgo es la preparación al santo matrimonio.*

Esta preparación encierra dos elementos. El primero es que los chicos se conozcan, conociéndose se gusten y gustándose se amen con un amor fuerte, férvido y sólidamente fundamentado, capaz de hacer de dos corazones uno solo.

El segundo, complemento de éste, es que uno y otro vayan capacitándose para el nuevo estado, adquiriendo cuanto les sea menester para en él poder cumplir los sagrados deberes impuestos por Dios, y en cuya realización, a la par, encontrarán las satisfacciones más legítimas e intensas posibles en la tierra, forjadoras de su doble felicidad aquí y allá.

El noviazgo es un verdadero noviciado del matrimonio.

Las futuras religiosas, antes de atarse con las sagradas ligaduras de los votos, pasan un año o dos —según sus reglas— preparándose en el noviciado; las que se van a casar, antes de atarse con las ligaduras también sagradas del sacramento, han de pasar una temporada —mayor o menor, según las circunstancias— preparándose en el noviazgo.

En el noviciado, la novicia estudia detenidamente las constituciones de la Religión a que aspira, las obligaciones que adquiere, los deberes que habrá de cumplir, los sacrificios que se entrega en las virtudes que habrá de eructar y cuyo práctica le es necesaria. Podríamos decir, en síntesis, que el noviciado es conocimiento, entrenamiento y austeridad.

Traslademos esto al noviazgo, y veremos la absoluta paridad.

La novia debe dedicarse a conocer la trama de la nueva vida que va a emprender, pues, de lo contrario, se expone a dar un salto en el vacío; los deberes, obligaciones y sacrificios a que se obliga; las características del que va a ser no sólo su compañero y colaborador, sino la mitad de su propio ser, cuya vida, más que enlazarse con la suya, casi se identificará con ella...

Se entrenará en el amor del ser querido pero pasará adelante entrenándose en las virtudes que le son necesarias para la felicidad matrimonial, y en las que habrá de ejercitarse, lo mismo que en las labores hogareñas y cuidados y atenciones de los familiares, en el hogar paterno, escuela y vivero del futuro hogar.

Todo esto irá saturado de austeridad, porque el amor sin austeridad se pudre, y lo podrido jamás logrará la bendición divina.

¡Ilusión! ¡Mucha ilusión! ¿Por qué no, si los novios se aman y el amor lo tiñe todo de color rosa, y pone en los labios, más aún, en el alma, sonrisas de embeleso, y excita sueños inebriantes, constructores de un porvenir halagüeño que todo lo traduce en ilusión?

Novia, sonríe con ilusión, canta tu alegría, deja que tu Imaginación retoce sobre el jardín florido de un porvenir halagador y grato, iluminado por el sol de una Providencia paternal; pero mantente en todo momento austera; no sueltes de las manos las riendas del corazón para que no se desboquen; no quites a la imaginación el freno de la pureza para que no salte a la charca; no desprendas a tu alegría de la prudencia para que no se convierta en orgía; no separes de tu conducta la modestia para que no sea excitante de bajas pasiones; no quites el amor el pudor, porque moriría la inocencia, y con la inocencia muere la ilusión.

Ilusión, mucha ilusión blanca, radiante, pura, que aletee hacia lo alto llevando a grupos la preparación; que haga repicar jubilosas las campanas del Aleluya anunciadoras del triunfo del amor; que llegue a escalar el cielo para conquistar la bendición de Dios.

## ¿CASAMENTEROS?

Luis Vives, en su *Instrucción de la mujer cristiana*, afirma que la muchacha no de enamorarse; nunca, sino que debe esperar indiferente a que sus padres la casen con quien crean más conveniente.

Esta opinión no es exclusiva del sabio humanista de nuestro Siglo de Oro, sino que la han sostenido y llevado a la práctica muchos en diversas épocas.

Nuestros literatos del siglo XVIII escribieron abundantemente poniendo de relieve sus inconvenientes y consecuencias lamentables.

A pesar de sus ataques y de la evolución de los tiempos, continué practicándose en algunos pueblos, en los que las costumbres sencillas y una sólida educación cristiana neutralizaban sus defectos e impedían sus desastres.

Un ejemplo, entre otros. Avanza la segunda mitad del siglo XIX. P... es un pueblecito pintoresco y pacífico de la montaña alavesa, colgado como un nido de águilas entre picachos rocosos, con su iglesia de macizos muros y su castillo desdentado, escalado por la hiedra y coronado de jaramagos.

Don Blas es el señor del lugar, por la prestancia de su abolengo, que proclaman los blasones de su casona, la riqueza de su hacienda, que se extiende por las aldeas lindantes, y por su interés paternal respecto a los habitantes de la región, con los que le ligan lazos más o menos remotos de sangre.

El centro de sus operaciones es el pórtico de la iglesia, donde pasea antes y después de misa.

Uno de los domingos, al salir de ésta, ha llamado a un labrador requemado por el sol, que en aquel momento atraviesa el dintel del templo colocando sobre su cabeza una boina desteñida por el uso.

—Oye, Tiburcio ven acá; tengo que hablar contigo... Estoy pensando que debes casar a tu hija Petra.

—Mucha falta me hace en casa, por que es *mucho animosa*; pero si a usted le parece... ¡Bien! La casaré.

—Si mira; ya tiene diecinueve años, y me parece que el más a propósito para ella es Crispín, el hijo de Pedro *el Templo*; Tiene una pieza lindante con la tuya y un trozo de huerta por medio con la de tu casa. Unidas resultarán dos fincas magníficas. Que Pedro le dé a su hijo una mula para trabajar, y tu le das a Petra la casa de la huerta, cuatro

fanegas de trigo y un cerdito para que empiecen a vivir, y por San Bartolomé se pueden casar.

—No me parece mal; pero si a usted no le molesta, se lo diré a Ramona, por si a ella le ocurre otra cosa.

¡Que le ha de ocurrir! Al domingo siguiente, a la salida de la misa, Tiburcio comunica el consentimiento de su mujer a don Blas.

Este realiza paralela gestiones con Pedro *el Templao*, que también Juzga inmejorable el casamiento.

Pocos días más tarde, previo convenio, las dos familias se dirigen al mercado de un pueblo próximo. En el camino coinciden.

Petra viste falda, de estameña, blusa de percal, zapatos escotados sobre gruesas medias de lana, y a la cabeza, cubriendo sus cabellos, cuidadosamente engrasados, un gran pañolón de vivos colores recién comprado. Crispín está un poco incómodo con su traje dominguero de pana, el tapabocas echado sobre el hombro izquierdo y la boina ladeada.

Ella le ha mirado a él medrosita y emocionada; él la ha contemplado con audacia, tratando de disimular su timidez y su inquietud.

—Dejémoslos solos para que hablen—ha insinuado Tiburcio.

Y los muchachos se han adelantado unos pasos.

Ella apenas se atreve a levantar los ojos del suelo; sonríe ruborosa. Ella habla mucho: de la cosecha que se avecina, de la yunta de mulas de su padre, de la bolera que hay a espaldas de la iglesia, donde no admite competencia. Lo dice todo con arrogancia, alardeando de su valer, ante la admiración estática de ella.

En el mercado. Crispín le ha obsequiado a Petra con una perra de cacahuetes y otra de almendras.

Después, el regreso en conversación parecida a la de la ida... Más tarde, por San Bartolomé, la boda ruidosa y Jaranera; y allá, por San Martín, la matanza del cerdo.

A don Blas le han ofrecido, como presente que testimonie su agradecimiento, la mejor morcilla y un trozo de lomo. El nuevo matrimonio se siente feliz.

Así se realizaron todos los matrimonios del pueblo en aquella época.

—¿Y eran ustedes felices?— preguntaba yo a los viejecitos que me lo contaban.

—Mas que los de ahora, que se casan con quien ellos quieren me respondieron a coro los dos.

¿Es posible? Sí posible, como que es una realidad.

Pueblos pequeños, de costumbres sencillas, sin incentivos pasionales, sin que viniera a excitar su imaginación, desatando apetencias, ni las novelas, allí desconocidas, ni el cine, aún no nacido.

Educados ellos y ellas en el trabajo, en el espíritu de sacrificio y en el santo temor de Dios al casarse, se entregaban tan totalmente, con tanta fidelidad y con espíritu tan abnegado, y se conformaban con tan poco, que de antemano quedaban cortados multitud de disgustos, disputas y egoísmos.

¿Que tales bodas no son tu ideal? Lo comprendo; ni son tu ideal, ni pueden serlo.

Tampoco yo las aplaudo. Las bodas han de hacerlas los mismos que se casan. El matrimonio sin amor es un desastre: y el amor no es posible imponerlo.

¿No son el chico y la chica quienes han de vivir unidos, en la mayor intimidad, sufriendose y sobrellevándose toda la vida? Pues ellos son los que tienen que elegir a su propio compañero, y todo el que pretenda meterse a casamentero corre gran peligro de equivocarse y hacer un desaguizado.

No pueden los padres imponer a su hija un determinado matrimonio; están, sin embargo, obligados a orientarla y ayudarla en ese momento crucial de su vida, poniendo a su disposición todo el caudal precioso de su experiencia y de cariño.

Has llegado a la edad núbil con toda la ingenuidad, inexperiencia, apasionamiento e impulsiva vehemencia propia de quien comienza a vivir.

La vida ofrece a tus ojos luces deslumbradoras; los caminos son nuevos y, por tanto, desconocidos y sembrados de sorpresas. Tus padres, empero, están hechos a esas luces y caminos por ellos recorridos y por los que han visto avanzar a otros muchos; saben de memoria sus obstáculos, peligros y ventajas... ¡Qué bien pueden orientarte, guiarte, ayudarte a salvar los pasos difíciles y alejarte de los baches donde el patinazo es inevitable!

Ningún consejero mejor que tus propios padres y, sobre todo tu madre.

¿Quién te va a querer más que ella? ¿Quién, sino ella, ha de tomar mayor interés por tu acierto en trascendental asunto y por tu felicidad? ¿Quién mas capacitada para iluminarte que a que aquella que hace veinte o veinticinco años se vió en el mismo trance, con el mismo problema y con las mismas ansiedades?

Te conoce desde antes de nacer, pues se conoce a sí misma y a tu padre, de quienes has heredado el complejo psíquico. Te ha visto crecer a su lado; desarrollarse tus apetitos, pasiones, tendencias y afectos.

Te conoce mejor que tú misma. Muchas veces se ha dado ella cuenta de un defecto tuyo, para ti completamente inadvertido.

¿No te parece un verdadero disparate prescindir de este guía a quien Dios ha puesto en la Naturaleza para que, después de educarte, te aconseje en tan difícil trance?

¿No recuerdas que, según el catecismo, entre las obligaciones graves de los padres, urgidas por el cuarto mandamiento está la de dar a sus hijos *estado competente a su tiempo*? Contra el mismo precepto —se dice allí— pecan mortalmente los *hijos que tratan de contraer matrimonio sin su bendición y Consejo*.

Pueden equivocarse los padres, no hay duda; pero es mucho más fácil que se equivoquen los hijos. Las imprudencias paternas han ocasionado graves desastres matrimoniales; pero muchos mayores desastres y más numerosos han causado las imprudencias de los hijos empeñados en casarse contra la voluntad de los padres.

¡Qué pocos matrimonios contraídos con la oposición paterna han resultado felices! En este momento no consigo recordar ninguno. Parece como si Dios quisiera castigar esta desobediencia filial.

En el caso de una errada oposición paterna, nacida de incompreensión, de un cariño ciego, que sueña demasiado alto y no se conforma con nada, ¿qué deberá hacer la hija? ¿Rebelarse furiosa contra sus padres? ¿Destrozar su vida y obedecer?

Ni lo uno ni lo otro; deberá acudir con más fervor a la oración para pedir al Padre de las luces disipe las tinieblas e ilumine, con claridades que no permitan el error, asunto tan importante. Acudirá también a su director espiritual para que en nombre del Señor, estudie su problema y le ayude a resolverlo. Y sólo cuando su director, o, en su defecto, personas muy sensatas se lo aconsejen, sin posturas violentas, con la mayor suavidad posible, evitando toda estridencia y dulcificando la actitud, seguirá con tesón un camino distinto del que sus padres quieren.

Pero estos casos ocurren pocas veces; lo corriente, lo general, es que los padres tengan la razón y la hija deba someterse a sus consejos.

Muchacha, cuando te llegue a ti el caso, busca la orientación de tus padres.

Ten mucha confianza con tu madre. ¿Con quien la vas a tener mejor que con ella? Sé transparente a sus miradas cariñosas: que en todo momento lea en el fondo de tu alma; que conozca todos sus rincones; que

pueda ver a tiempo el despertar de tus amores. No le ocultes nada; no seas de esas chicas de cuyas relaciones son los padres los últimos en enterarse.

¿No comprendes que de esta ocultación el mayor mal se sigue para ti?

Para ti es un mal y para ellos una ofensa. Al demostrarles poca confianza y pretender mantenerlos en la ignorancia de cosas para ti tan interesantes, prácticamente les estás calificando de ruines y descastados, o, al menos, de obtusos e incomprensivos.

Escucha al venerable y sabio obispo de Santander<sup>2</sup>: "Es cosa vergonzosa y de grande ignominia el que gentes extrañas sepan y divulguen en corrillos y tertulias vuestros propósitos de abrazar determinado estado, mientras los de casa todo lo ignoran. Pocos dolores hieren tan vivamente el corazón de los padres como el producido por semejante desconsideración y desdén. ¡No contar con ellos en asunto tan delicado y trascendental!".

## EN MANOS DE TU PADRE

Una idea quisiera yo grabar fuertemente en tu alma con caracteres luminosos, imposibles de olvidar: *Dios es tu Padre*.

Cáptala bien, ¿escúlpela en tu memoria y mantenla delante de tus ojos para que ni por un momento dejes de tenerla presente en tu empresa matrimonial: Dios es tu Padre.

No estás sola para emprender el camino; no careces de guía en las encrucijadas confusas; no estás abandonada a las orientaciones falibles de las personas humanas interesadas por tu bien, pero, al fin y al cabo, hombres sujetos a equivocaciones, a despistes y a extravíos.

Sobre ti vela amorosa y solicita la providencia de Dios, que es tu Padre...

Y ¡qué Padre! Los de la tierra no son ni sombra en comparación con Él.

<sup>2</sup> Cuantas veces se cita en este libro al Excmo. Sr. D. José Eguino y Trecu, obispo de Santander, se hace referencia a su Pastoral sobre el Sacramento del Matrimonio (17 de febrero de 1946).

"Si los padres de la tierra, aun estando llenos de defectos, saben dar a sus hijos las cosas buenas que les piden, mucho más os dará el Padre celestial lo bueno que le pidáis".

¿Te fijas en todo el alcance de esta frase de Jesucristo? ¿No es suficiente para que te entregues a la más absoluta confianza?

Medita ahora esta otra que el mismo Dios pronunció por los labios de un profeta: "¿Puede una madre olvidarse de su niño y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aun cuando ella pudiera olvidarse, Yo jamás te olvidaré".

No son meras palabras estas afirmaciones; son realidades demostradas hasta la saciedad.

¿Por qué Dios se hizo hombre y ocultó su divinidad en la figura menguada de un niño pequeño?

¿Por qué peregriné por la vida recorriendo nuestro camino lleno de abrojos y sembrando a manos llenas la verdad y el bien?

¿Por qué se inmoló en una cruz con la más espantosa de las muertes?

¿Por qué se quedó en la Eucaristía y en ella se ofrece a Dios en sacrificio y a las almas en manjar?

¿Por qué fundó la Iglesia, y desde ella desarrolla una extraordinaria providencia sobre la pobre Humanidad?

Porque es tu Padre, y busca tu bien.

Ahora dime: ¿Un Padre como éste es capaz de abandonarte cuando te hace tanta falta para decidir tu vida?

Quién murió por salvar tu alma, ¿te dejará sola en un momento crítico para tu eterna salvación?

Quién en el Sagrario se quedó para ser tu confidente, ¿te negará su inspiración cuando se la suplicas en un negocio de tan gran envergadura para la labra de tu destino?

Muchacha, confía en Dios, tu Padre. Frente a tu noviazgo. Él será la luz de tu inteligencia, la inspiración para tu corazón, el celador de tus intereses.

Tu padre de la tierra, con frecuencia, quiere ayudarte y no puede; desea acertar y no sabe. Tu Padre del Cielo es omnipotente y omnisciente; confía en Él.

¿No has oído mil veces repetir el antiguo refrán: *Casamiento y mortaja, del Cielo baja?*

Convencida de ello, pon en sus manos tu suerte, y, doblando ante Él la rodilla, dile: "Señor, estoy dispuesta a seguir el camino que Tú indiques,

segura de que, como Padre, elegirás siempre para tu hija el más conveniente. Enséñame a conocer tu voluntad y a conformar con la tuya la mía".

No quiero decir con esto que no sueñes con el amor, huyas de él o, por lo menos, lo dificultes. Nada de eso.

¡Es tan natural que tu Corazón primaveral florezca con ilusión y se sienta acariciar por las brisas tibias del amor!

Sueña, pero no te obsesiones. Sueña, como sueña la hija que confía su felicidad en su Padre.

No te parezcas a esas pobres chicas que todos los días se despiertan con la obsesión de un novio, y, para lograrlo, se lanzan a extravagancias y tratan de cazarlo a toda costa. *Toilettes*, paseos, diversiones, todo lo barajan y ponen en juego a este fin. La noche cierra sobre sus inquietudes zozobrantés sus tinieblas de desilusión. Pasan los días, los meses... el novio no llega. Acaso se han intentado e iniciado diversos noviazgos; acaso, acaso, hasta ha habido algún "patinazo" con jirones de pudor —por lo menos de pudor...—, y el amor deseado no llega a cuajar.

¡Pobres obsesionadas! No os empeñéis tercamente tras un fantasma, porque fantasma es el amor que os hace guiños y nunca llega a tomar cuerpo. ¿Por qué no confiáis en vuestro Padre celestial?

¡Cuántas se han amargado la vida y han avinagrado su carácter y se han sentido incómodas y desencajadas precisamente en el puesto en que Dios les preparaba la menguada dicha en la tierra posible!

El miedo a la soltería es un coco que aterra a muchas que no se dan cuenta de que las solteras también tienen su puesto en la vida, y puesto muy importante, como el Papa ha demostrado en uno de sus más bellos discursos.

¡Desgracia! No saben que la soledad de las solteras es muy dulce cuando Dios, su Padre, para aquel estado las ha destinado; y, en cambio, es muy triste la compañía de un matrimonio formado en contra de lo dispuesto por su Padre celestial

Dos clases de matrimonios podemos distinguir: los matrimonios según Dios y los matrimonios según los hombres.

Las que al matrimonio van siguiendo la voz de Dios, aciertan; las que siguen su propio capricho y se casan porque se han empeñado en hacerlo, prescindiendo de la voluntad divina, se estrellan.

La voluntad divina se manifiesta a través de las circunstancias de la vida que suavemente van empujando hacia su propio cauce a los que en las manos de Dios se ponen, y se dejan conducir con naturalidad sin violencias ni artificiosidades.

Instrumento suyo son los consejos de los padres y del director espiritual.

A veces, para cerrar una puerta y para abrir otra, Dios se sirve de fracasos y contrariedades. No te desalientes y confía. Si no se le obstaculiza, si no se le fuerza, el plan divino se realizará. Cuando más tarde vuelvas tu vista atrás, te verás precisada a besar la mano cariñosa de tu Padre, que te ha conducido hacia tu conveniencia.

En el ejercicio de mi ministerio sacerdotal, en el apostolado de la juventud, he podido comprobar que uno de los puntos en que más clara se manifiesta la providencia paternal de Dios es el de la elección de estado.

Multitud de matrimonios forzados, legiones de obsesionadas reducidas a forzosa soltería, por un lado, y, por otro, esa espléndida floración de matrimonios según Dios y de solteras equilibradas, con oficio de ángeles sociales, están demostrando que *casamiento, del Cielo baja*.

## EN EL ESCAPARATE

En el decurso de una conferencia por mí pronunciada en cierta ciudad española cité el anterior refrán: *Casamiento y mortaja, del cielo baja*. Como un eco de mis palabras, escuché un murmullo apenas perceptible, que termina la frase: *si se trabaja*.

¿Eres tú de las que así enuncian el conocido aforismo?

No tengo inconveniente en admitirlo en este formato: *Casamiento y mortaja, del Cielo baja, si se trabaja*.

Lo que no admito es ciertos trabajos que, además de pretender forzar la voluntad celestial, son indignos de una mujer que jamás ha de rebajarse a mendigar el amor de un hombre, sino que ha de mantenerse elevada como un valor de alta cotización cuyo logro exige gran esfuerzo, y, a la vez, ha de saber ser estímulo que aguijones a la conquista de lo que tanto vale.

No olvides que al mendigo, con facilidad se le desprecia, o pasa inadvertido; pero lo que se cotiza caro, se codicia, y lo que mucho ha costado mucho se estima, con interés se conserva y con sentimiento se pierde.

Coincido contigo en no conformarte con la interpretación literal de ese otro refrán tan sonado: *El buen paño, en el arca se vende*.

Para que el buen paño se venda encerrado en el arca es necesario que los compradores sepan que dentro del arca hay buen paño; de lo contrario, no lo pretenderán, y por muy bueno que sea, allí se quedará, entre bolitas de naftalina o entre membrillos y romero, como lo guardaban vuestras bisabuelas.

Lo saben así los comerciantes, y, como están decididos a venderlo, lo exponen en el escaparate. Los compradores lo ven, se entusiasman y lo buscan con interés.

No sé si sucedería lo contrario en los tiempos del miriñaque: pero en los nuestros, por regla general, para matrimoniar hace falta cierto escaparate, donde los chicos contemplen a las chicas, se entusiasmen, las busquen y se estimulen a la conquista de su amor.

Por eso es natural que una muchacha casadera haga vida de sociedad, frecuente el trato de los muchachos, se arregle, vista bien y procure aparecer agradable y sugestiva.

Pero todo esto se ha de realizar con prudencia, en un plan totalmente cristiano, sin peligro de avería.

Sí; es necesario evitar todo peligro de avería. ¿No has observado cómo las mercancías que están mucho en el escaparate se estropean? Para evitarlo, los comerciantes, sobre todo cuando se trata de objetos delicados, los exponen poco en el escaparate lo necesario para el reclamo de las gentes, y nada más: y aun en ese tiempo les prestan especiales cuidados, cómo poner un toldo para que no les perjudique el sol, etc.

¿Hay algo más delicado que la dignidad cristiana de una mujer? ¿Hay algo que se estropee con tanta facilidad como su pureza? Un pensamiento puede mancharla; una conversación imprudente desequilibrarla una mirada lasciva, quemarla; un galanteo inconveniente, despistarla; un amor desordenado, arruinarla; un efecto sensual, podriría....

Cuidado, mucho cuidado; escapara, sí pero sin excesos, con prudencia, con moderación.

Que alterne en sociedad, pero sin abandonar sus deberes hogareños, sin abandonar su vida interior, entonces más necesaria que nunca; sin constituir la vida de sociedad en fin, puesto que no pasa de ser un medio.

Que frecuente el trato de la muchachada pero sin ser una de esas *sosonas* que se emocionan en cuanto ven un chico, y están siempre pensando que todos las miran; o una de esas *cursis* que se le van los ojos tras de ellos y no conciben diversión sin su compañía o una de esas lanzadas que no saben hacer nada si es llamando la atención de los muchachos; o una de esas *extravagantes* que los buscan y les cortejan y

se les declaran, pasando por repetidos momentos de un ridículo muy subido.

¡Qué pena dan esas pobres tontuelas que se pasan la vida llamando a los chicos por teléfono! El comentario más favorable que de ellas hacen ellos es calificarlas de idiotas.

Para ti, los chicos no son seres superiores, sin los cuales la vida no es posible y cuya benevolencia hay que mendigar; son seres iguales muy simpáticos, muy atractivos, muy agradables, pero como tú.

Mejor dicho: tú eres más: tu feminidad te da una categoría superior, exige por parte de ellos atenciones, respetos y un trato galante y delicado, imprescindible cuando se alterna con una chica buena, aun en el siglo XX.

Que la chica vista bien; pero que no se convierta en un maniquí. ¿No te has dado cuenta de que, cuando en el escaparate se exhibe un maniquí con ricas telas, se apetecen las telas y se prescinde del maniquí?

¿De qué te sirve aparecer muy vistosa, con maquillajes exagerados, vestidos llamativos, atuendos inmodestos, si consigues llamar la atención de los apetitos insanos de un hombre que busca en ti la satisfacción de sus pasiones y no tu corazón? ¿Estas segura, de que después, cuando, en el rodar diario de la vida hogareña te vea sin esos, maquillajes, esas exageraciones y esas vistosidades, continuará queriéndote y sacrificándose por ti, y no se irá otra vez al escaparate a buscar aquello que antes le hizo fijarse en ti y ahora reclama su atención hacia otra?

Que la chica aparezca agradable y sugestiva, que procure gustar, esta muy bien, siempre que su atractivo no sea con menoscabo de tu pureza y esta se consigue únicamente cuando la muchacha cuida más la belleza moral del alma que la material del cuerpo, y a través de su elegancia corporal se refleja la finura de un alma selecta, el buen gusto de un espíritu elevado que pone su tono, muy chic, en todo lo suyo: vestidos, maquillajes, posturas y conductas.

Desengáñate; en este punto no resultan las más seductoras, las que, como individuos de reata o elementos de comparsa siguen los dictados de la moda al pie de la letra, sin iniciativa personal, sin capacidad para introducir la más leve modificación, limitándose únicamente, para llamar mejor la atención, a exagerar lo atrevido, sino aquellas otras que se sienten con gusto suficiente para modificar los figurines y combinar las líneas generales de la moda acomodándolas a lo que ellas juzgan que mejor les sienta, imprimiendo a sus *toilettes*, a su proceder, un sello personal suyo, que, como es natural, les resulta mucho más señorial.

Si estas chicas son cristianas, su sello personal será cristiano, y sabrán ser elegantes y modestas, alegres y puras, atractivas y virtuosas, transfigurando en una belleza femenina la hermosura de un ángel.

El muchacho que se sienta seducido no pretenderá apoderarse de una rosa cuyos aterciopelados pétalos se marchitarán al día siguiente, dejando tras de sí un vacío, sino ser el dueño de una perla preciosa cuyo valor y belleza perdura siempre y siempre encanta.

Escaparate, sí: con precaución; que no se convierta a campo de un ferial.

## NO CORRAS

¡Qué prisa tienen algunas chicas para entablar relaciones con los chicos y casarse! Les parece que, si para los diecisiete años no tienen un novio asegurado, se van a tener que quedar para *vestir altares*.

No se acuerdan de que, según un antiguo adagio, *no por mucho madrugar amanece más temprano*.

Es muy propio de los niños: van hacer una excursión pensando en ella no duermen: si el cansancio cierra sus ojos, a para soñar con ella; se despiertan muy pronto. Se impacientan, se levantan, se arreglan, y... luego tienen que esperar a que amanezca.

Lo mismo, exactamente lo mismo, ocurre a muchas a muchachitas que no quieren ser niñas y demuestran serlo precisamente en su impaciencia para esperar a que amanezca.

Es también el caso de aquella otras que van a hacer un viaje, y tampoco saben tener calma. Con esa mentalidad infantil, que no calibra, que no mira más que al gusto del momento, quieren emprender el viaje enseguida, y, sin esperar a que llegue la hora, se montan en el primer tren, sin preocuparse de preparar el equipaje, ni de tomar billete, ni elegir el tren más conveniente.

Y ¿qué pasa? Que como no llevan billete, ni con qué sacarlo, el Interventor les obliga a apearse en la primera estación.

¡Cuántas jovencitas que se montaron apresuradamente en el tren de unos amores prematuros se ven precisadas a apearse de él: y como no se conforman, andan montando y desmontando en una cadena larga de noviazgos chiquitos y caricaturescos!

No llevan billete. El billete es la voluntad de Dios. Pero o no se han preocupado de ella o la han falseado, queriéndolas reducir a la voluntad propia.



Algunas tienen más suerte; no les obligan a apearse en todo el trayecto. Sin embargo, ¿logran realizar su ideal? Rarísimas veces; la inmensa mayoría de ellas no lo consigue ¡Cómo van a lograrlo, si viajan sin equipaje!

No han tenido tiempo de prepararlo: habla que emprender el viaje pronto, en el primer tren, aunque fuese en uno esos lentísimos mixtos, que están más parados que andando lo interesante era montar cuanto antes en el tren.

Antes de embarcarte en el viaje del noviazgo, prepara tu maleta. Pon en ella cuanto pueda hacerte falta, pide provisiones a la Naturaleza y a la educación.

Lo primero que necesitas es conocer la vida, y la vida conoce por la experiencia que dan los años.

Lo que la novela y el cine te dicen son idealismos faltos de consistencia. La ciencia de la vida se adquiere viviendo por eso se obtiene con los altos. A los dieciséis no se sabe apenas nada de la vida.

No me digas que las jovencitas de ahora vivís muy corriendo, y en poco tiempo aprendéis más.

¡Infeliz! ¿De dónde sacas tú que corriendo se ven más cosas y se observa mejor? Cuanto más velozmente caminas, se agolpan los objeto en tus ojos, menos detalles puedes captar.

Para ver y aprender más, hace falta ir despacio.

La experiencia de la vida se adquiere con los años; la imprescindible para el equipaje de una novia suele lograrse alrededor de los veinte.

Es la edad en que se van disipando los romanticismos de la adolescencia, que se prolongan un tanto una vez terminada la pubertad. En esta época prejuvenil predomina demasiado el sentimiento, influye mucho la imaginación, aun excesivamente viva, porque todavía no ha recibido los frenazos fuertes de las realidades amargas del vivir. Se sueña con exceso, se confunden los sueños con la realidad, vuela la fantasía, se sube a las nubes... En esta época, las chicas viven mucho en la luna; y ¡cómo donde tienen que vivir es en la tierra!...

Falta todavía reflexión, ponderación para no perder el equilibrio, sensatez para juzgar, sagacidad para saber comprender a los hombres, cierta diplomacia para tratarlos, prudencia para disimular, paciencia para esperar, mano firme para frenar el corazón.

¿Un noviazgo cuando el corazón es transparente y todos los sentimientos, hasta los más disparatados, aparecen a flor de tierra sin el menor disimulo, y la nobleza se confunde con la ingenuidad, y los impulsos adquieren fácilmente carácter de hirviente vehemencia? ¡Qué disparate!

Es ponerse en el resbaladero. Lo natural es un patinazo. Lo raro sería que no cayesen.

Así hay tantas chicas llevando en su alma el escozor de una caída, fruto amargo de un amorio prematuro.

El resto de su vida es blanco; sólo tan borrón: el de su *chiquillada*.

Todavía no está completó tu equipaje. Para poder iniciar el viaje con probabilidades de éxito, te hace falta haber puesto las bases fundamentales para la formación de tu carácter y haber completado tu educación respecto a la vida en sociedad.

No hay nada que dificulte más una y otra cosa que un noviazgo precoz.

La novia, sobre todo si es demasiado joven, se deja absorber por su amor. Le sigue a todas partes, le obsesiona; en el estudio se interpone entre ella y el libro; en la clase le traslada en alas de la imaginación al lugar de la cita: en el templo le hace guiños desde las nubes de sus sueños; prolonga los paseos en perjuicio de sus deberes; busca las espaldas a sus padres se oculta a las miradas de sus educadoras, trata de lograr la complicidad de las personas que le quieren, se acostumbra a disimular, a transigir con sus propios caprichos... Los vidrios rotos los pagan su educación y su carrera.

Completa tu equipaje antes de embarcarte, y después emprende el viaje.

En toda escuela técnica se exige examen de ingreso o, por lo menos, cierta capacitación a base de estudios anteriores.

Antes de ingresar en la escuela técnica del noviazgo, has de capacitarte completando tu educación. Haz tus estudios sin prisa, y piensa luego en ser novia.

Vete despacio, no corras; ¿no ves que Dios no corre?

No te empeñes en adelantar el reloj. Deja que llegue tu hora, la que Dios te ha señalado.

¿No ves que los que mucho corren, con facilidad tropiezan, se caen y se rompen las narices?

¡Son tantas las chicas que por esos mundos van con las narices rotas! ¡Lo malo es que la sangre brota, no de las narices corporales, sino de la del espíritu, y duele mucho el alma cuando sangra!

## AMORES Y AMORÍOS

Me lo entregaron al terminar una conferencia. Un papel cuidadosamente doblado, y en él escrita a máquina esta pregunta escueta: *¿Qué es amor y qué es amorío?*

Tengo el papel sobre la mesa, y me hace la impresión de que las letras me miran con insistencia nerviosa queriéndome arrancar una contestación que preocupa.

Más aún: me parece ver tras de las letras unos ojos femeninos inquietos, en expectación ansiosa de lo que va a salir de mi pluma.

¿Quién ha escrito la pregunta? No lo sé. Indudablemente, una muchacha de mi auditorio. Acaso, antes de hacerlo, apoyada sobre la máquina, la mirada fija en el espacio, ha soñado con el amor...

¿Será amor? ¿Será tan sólo un amorío?

Pero ¿qué es el amorío?

Sencillamente, un amor, raquíto que no puede confundirse con el verdadero amor, sano, robusto, lleno de vida, de ideales, de energías...

En las personas humanas, el raquitismo procede, en ocasiones, de que han nacido antes de tiempo. Son sietemesinos; corren peligro de malograrse antes de la edad adulta; y si no se malogran, crecen raquíto y endebles. Sólo en corto porcentaje, vencida la debilidad nativa, llegan a ser individuos robustos.

Lo mismo pasa en nuestro terreno. Los amores precoces, expuestos en el capítulo anterior, no pasan de ser amoríos sietemesinos.

¿Habéis visto muchos amores de quinceños llegar a la madures? Lo corriente es que tan sólo sirvan para iniciar una cadena de amoríos, más o menos larga, a cuyo final, en el mejor de los casos, se encuentra un amor nacido ya en plena juventud.

¿Y si no llega el amor? Porque también se da este caso amargo, pero real. ¡Ya lo creo que se da, y con demasiada frecuencia!

Los que ya hemos alcanzado el mediodía de la vida conocemos muchas chicas que han doblado el *cabo de Buena Esperanza*, y están amargadas en su soltería tras de una serie de amoríos iniciados a los catorce o dieciséis años.

No es extraño que estén amargadas después de haber comido durante tanto tiempo fruta verde. Porque fruta verde son los amoríos prematuros. No han llegado a sazón, y dejan una acritud..., el amargor del desengaño,

de la desilusión..., y juntamente, con frecuencia, el escozor inquietante de una pérdida de pudor, de delicadeza en la tersura nítida de la pureza.

Mas no sólo los amores sietemesinos son amoríos; el raquitismo puede también proceder de otros conceptos. Por ejemplo: los amores superficiales nacidos de un sentimentalismo enfermizo o de un egoísmo con careta.

Hay muchos amores frívolos, ligeros, superficiales, que no calan hondo, que son la resultante necesaria de esta vida moderna de nuestra muchachada, en íntima promiscuidad, y con los corazones enfrentados sin suficiente defensa espiritual, sin la debida orientación, sin la necesaria sensatez.

Para ellos, la vida es constante diversión; hay que pasarla entre continuas carcajadas; se juega con todo, hasta el amor.

¡Mentira! Se juega con el amorío; con el amor, no.

El que verdaderamente ama, no juega; siente el amor como más serio, que ilusiona, que esponja el espíritu de alegría, que ilumina la vida con sonrisas.

Precisamente aquí está la clave: el amorío es carcajada que agita y aturde: el amor es sonrisa que ilumina y aquieta.

A veces se confunde el amor con un sentimentalismo enfermizo. El amor es siempre racional: nace del corazón, el cierto, pero el corazón tiene sobre sí la cabeza. Amores irracionales, no.

¿Eres tú de las que tienen fe en el *flechazo*? Pero ¿tú crees que cualquier sentimiento provocado en un hombre o en una mujer es amor? El amor es pasión, pero no toda pasión es amor.

Le has *flechado*, y ha surgido una llamarada imponente que, al parecer, todo lo abrasa. Es una verdadera locura... Está loco por ti... Escapas de cualquier cosa... Es todo vehemencia, fuego, sin freno...

—No hable usted de frenos al corazón. Usted no sabe lo que es amar. El amor no entiende de matemáticas, ni de límites, ni de leyes...

¡Amorío, nada más que amorío! Deja que el tiempo haga su obra, y de aquella inmensa hoguera no quedará ni el rescoldo, y si entonces hay otro *flechazo*... ¡Desgraciada la que confundió el amor con el amorío!

Como lo es también la que se enamora de un buen tipo, de la elegancia de un *dandy*, del gracejo, de un buen conversador, del atractivo, de un espíritu aventurero...

¿Y si se enamora del puesto elevado que permite pavonearse en las alturas, del sueldo pingüe que proporciona vestidos y joyas, de la posición

económica que saca de estrecheces hogareñas, del apellido ilustre, del blasón?...

¿Eso es amor o egoísmo?

El verdadero amor va de corazón a corazón, sin pasar por el automóvil o por el magnetismo de una charla sugerente. Podrá gustar todo esto; pero como accidente secundario nada más.

¿Que también las muchachas de amor interesado sienten hacia el chico *cierto amor*?

Sí; pequeño, raquítrico, endeble, enfermizo, pospuesto a lo otro. Es decir, que no es amor, sino amorío.

Lo mismo, enteramente lo mismo, que el de aquellas que entablan relaciones con un chico únicamente por no quedarse solteras, para no ser menos que sus amigas, por darles envidia, por ser la primera que se casa.

—¿Le quieres a ese chico mucho?

—Sí; por lo menos, algo ya me gusta; nos entendemos... No es mi tipo; pero, al fin y al cabo, tengo quien me acompañe, me diga cosas bonitas y me quiera o me dé la ilusión de que hay quien me quiere... Y ya sabes: *Cuando no hay más, contigo, Tomas.*

Amorío, simple amorío anémico y tuberculoso. El más leve enfriamiento puede acabar con él.

Amor robusto, firme, inextinguible, el que en las páginas de la Sagrada Escritura se yergue abriendo camino y trazando norma: *El amor sagrado da Cristo a la Iglesia.*

La amó con generosidad inigualable, y se sacrificó en el holocausto más completo para santificarla, purificarla y mostrarla radiante de gloria, sin una sombra, sin una arruga, santa e inmaculada.

La iglesia responde a este amor con esplendidez sublime. Por Cristo ha derramado la sangre de sus mártires, puesto en juego la ciencia de sus doctores, derrochado el heroísmo de sus confesores, ofrendado la finura delicada de sus vírgenes y abierto ríos de lágrimas en los ojos de sus penitentes

Todo le parece poco tratándose de Cristo: templos monumentales, retablos deslumbradores, sagrarios bien bruñidos, ornamentos preciosos, corporales blancos, almas puras, corazones limpios...

Así, dice San Pablo, se amarán el marido y la mujer.

Así, dice el sacerdote el día de las bodas, es el verdadero amor.

Ahí tiene que desembocar el amor de los novios.

*Como Cristo amó a su Iglesia.*

El amor que con él se conforma es verdadero amor.

## ¿POR QUÉ FRACASAS TÚ?

Dios, con líneas torcidas, escribe derecho, decía San Agustín. La verdad de esta frase la podemos comprobar a cualquier hora. Acaso uno de los momentos más a propósito para observarla es la elección de estado.

Ha llamado Dios a una muchacha a la vida religiosa. La chica, un tanto despistada, no ha escuchado su llamamiento y, dando rienda suelta a su corazón, le ha dejado lanzarse tras de un amor humano.

Dios le espera pacientemente y sin violentar su libertad —norma constante de su providencia—, con fracasos le va despegando de los amores terrenos para que reflexione, abra sus oídos y busque el amor divino que le llama desde el claustro.

A veces, el fracaso hace esta labor de desasimiento de lo humano, no para que se consagre a la vida religiosa, sino para que permanezca en la soltería, siendo en ese atado ángel bueno de la sociedad.

De estas chicas habla Pío XII cuando dice: "También la joven cristiana, que queda sin casarse a su pesar, pero que cree firmemente en la Providencia del Padre celestial, reconoce en las vicisitudes de la vida la voz del Maestro: *El Maestro está ahí, y te llama.* Ella responde, ella renuncia al amado sueño de su adolescencia y de su juventud: tener un compañero fiel en la vida, formar una familia. Y en la imposibilidad del matrimonio vislumbra su vocación, y, entonces, con el corazón quebrantado, pero sumiso, también ella se consagra completamente a las obras benéficas más nobles y multiformes"<sup>3</sup>.

No siempre los fracasos amorosos indican una vocación distinta del matrimonio. En número muy grande, son permitidos por Dios para apartar a una muchacha de un amor inconveniente y ponerle en ruta hacia el compañero por El destinado y que ella, por su defectuosa actuación, dejaba al margen de su vida.

En tales casos, Dios obra como el padre que, al ver a su hija caminar por un sendero peligroso, le cierra el paso para que, no pudiendo avanzar, encuentre el verdadero camino.

No es conveniente que una chica dé lugar a este proceder misericordioso de la Providencia, porque todo amor fracasado deja en el corazón una herida difícil de cicatrizar y un regusto de amargura propicio a acibarar la vida.

<sup>3</sup> Discurso a las Mujeres Católicas de Italia (21 de octubre de 1945).

Sin embargo, en porcentaje enorme, las chicas fracasan por su culpa.

¿Que no? Vamos a ver, ¿por qué fracasaste tú?

Muchas fracasan por excesivamente fáciles al amor. Parece que lo mendigan. A todos sonríen, a todos brindan sus gracias y su simpatía, a todos trata de agradar, de todos se dejan mirar complacidas, a todos reciben en su compañía, coquetean y flirtean con todos...

En cuanto uno se les dirige, lo reciben sin más; inician correspondencia epistolar con la mayor facilidad, se confían a un desconocido, tratan con él amistad; desde el primer día le permiten intimidad; sin darse cuenta, o dándosela, se hacen novios.

—¿Quién es ese chico?

—No sé; pero es muy bueno...

—¿Cómo lo sabes, si no le conoces?

—Se les conoce en seguida a los chicos. Este viene con buena intención; es muy simpático.

—¿Y qué es? ¿Cuál es su familia?

—No sé, ni me importa. Me quiere y le quiero. Es muy bueno.

Muy bueno, y, en cuanto se descuida, la deja plantada.

Fué el juguete de un verano, el entretenimiento a su paso por aquella población, la novia de turno, el número X de la serie.

De esto podría darte lecciones prácticas muy sabrosas Augusto. En su habitación de estudiante, sobre la mesilla de noche, tenía un portarretratos cuya fotografía femenina cambiada semanalmente. Algunas duraban quince días. El turno más largo fué de tres meses. Toda una serie de novias desfiló por el portarretratos, permaneciendo en él durante el efímero reinado de su amor.

Un buen día, precisamente al destronar a la que logró reinar tres meses, Augusto dijo a su amigo:

—De ese montón de fotos vamos a seleccionar las dos o tres más guapas, y las demás las quemamos. Me estorban mucho ahí. Si te gusta alguna, te puedes quedar con ella...

Estoy oyendo tu comentario: "¡Hay hombres malvados!"

Permítame te exponga el mío: "¡Hay mujeres tontas!"

¿No es éste tu caso? Pues, ¿cuál es?

Tú supiste seleccionar, tuviste vista, elegiste un chico digno de ti; pero... ¡Siempre tiene que haber un *pero!* Tú no te mostraste digna de él.

Tomaste las relaciones como cosa de juego, como una aventura juvenil; jugaste con él y él no aguanta el juego: se fué.

¿Tampoco es ése tu caso?

Tú te has mantenido siempre digna, formal y buena... Aquí el *pero* está en que eres voluble, te cansas pronto. Te daba fatiga oírle siempre hablar de lo mismo, recibir las minas oficiosidades. Te gustaba cambiar, y no tuviste en cuenta que de novio no se cambia como de vestido.

Te cuadra muy bien aquella frase de fray Luis de Granada: "No hay veleta de tejado que así se mueva a todos los vientos como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasión que se te ofrezca".

Y se te ofreció la ocasión. Otro muchacho sopló a tus oídos unas frases halagüeñas; ante tu volubilidad exhibió una conducta tanto más seductora para ti cuanto más contrastaba con el monorrítico proceder de tu novio... Giró la veleta y cambió de orientación. ¡Qué solas están las veletas en los tejados! Continuamente reciben el soplo de los vientos y con ninguno se quedan.

No te impacientes si todavía no he acertado con tu caso. Continúa leyéndome.

Tal vez estés comprendida entre aquellas de las que dice Paula Hoesl en *EL ideal del corazón*: "La ruina de tantas amistades o de tantos amores es que, luego de haber obtenido la deliciosa confesión: te amo, se cree que todo ha terminado, y ya no hay que hacer más que instalarse en la dicha".

Lo creen ya seguro, sujeto por fuertes tornillos, y se abandonan, ya no cuidan, como antes, de aparecer ante él atractivas y sugerentes: descuidan sus encantos, más los morales que los físicos; le tratan con desconsideración, que ellas llaman confianza, aunque su verdadero nombre es inconsciencia; descuidan el ir tejiendo la tupida red del amor, que es necesario siempre reforzar, si no se quiere que se rompa; y como él se encuentra poco atado, un día, sintiéndose un tanto incómodo, se suelta y se va.

Acaso seas tú de aquellas a quienes gusta el monólogo. En constante barajeo del *yo*, les parece que sólo ellas tienen derechos, y reducen al novio a un depósito de deberes, algo así como un criado de lujo o un *lulú* que ha de seguirles fielmente a donde ellas quieran, al paso que le marquen. La época de los escuderos finó hace tiempo. Jamás a un hombre le agrada ser confundido con un perro, por mucho cariño que hacia sus perros puedan sentir algunas mujeres.

Te citaré aún más casos: el de las exigentes cabecitas soñadoras, llenas de idealismos sobreexcitados por la novela y el Cine. No tan

espirituales como románticas, se han forjado un tipo de hombre utópico, de perfección consumada; y como este *mirlo blanco* no se da en las latitudes terrenas, mortifican a su novio con constantes exigencias sin suficiente fundamento, siempre con advertencias, con reconvenções, con toques de atención. Les molesta hasta que luce...

—“Si fueses como debías, no tendrías que luchar”.

Y no es que no transijan con lo que una novia cristiana tiene el deber de no transigir; no transigen ni con que tenga defectos, debilidades, caprichos; aunque haga cuanto puede por ser ejemplar.

El que da cuanto tiene en su mano no está obligado a más.

En contraste con éstas, están las demasiado condescendientes. Con todo ceden; todo les parece bien, o, por lo menos, callan: hasta cuando el novio se corre un tanto de su caballerosidad y se coloca en el terreno del villano.

Dan la sensación de no ser personas, sino meras sombras, o de estar dispuestas a todo menos a perder el novio; y muchas veces lo pierden, porque el hombre, en la mujer, busca una persona humana, su complemento, no su eco.

Las hay también blandengues y excesivamente almibaradas. Para ellas, el noviazgo es el constante paladeo de un caramelo. No se dan cuenta de que pocas cosas empalagan tanto como pasarse la vida comiendo merengues.

¿Y el caso de las incomprensivas? ¡Cuántos noviazgos se han roto porque el uno no supo comprender al otro!

Que te lo diga Ana Mari. Estaba *chiflada* por José Luis. Bueno, serio, formal, bonita carrera, un poco demasiado reservado. No era extraño. El mayor de cinco hermanos, huérfano de padre en temprana edad, hubo de aferrarse al estudio primero y al trabajo después para sacar adelante a toda la familia. Cuando terminó su obra, se encontró ya bien pasados los treinta. Debía casarse; así se lo decían. ¿Con quién?

Se fijó en Ana Mari, chica piadosa, hogareña, trabajadora, de familia muy relacionada con la suya. También ella se había visto precisada a trabajar y a vivir un tanto retirada de la sociedad. Por eso, a pesar de sus veinticinco años, nunca había tenido novio.

Aprovechándose él de las relaciones de familia, comenzó a frecuentar su trato. Se gustaron y... surgió el amor.

Todos los días ella esperaba la declaración, y todas las noches se dormía con una nueva desilusión: ni se le declaraba ni se ponía en plan.

Ella soñaba con la escena del sofá: un Don Juan con la rodilla en tierra, la mano sobre el pecho y la voz tremolada por la emoción.

No comprendía que José Luis no era ningún Don Juan; y que cuando un chico formal deja pasar los treinta sin haberse decidido, tiene un miedo enorme a dar un mal paso y no dice: *te amo*, si no se le ayuda.

Todos los días José Luis se encontraba con ella. Eran encuentros como por casualidad—¡pícara casualidad que diariamente se repetía!—. Charlaban; le contaba sus asuntos, las cosas de su carrera, las últimas noticias de la política... Le hablaba de lo mal que está un hombre sin casarse en llegando a cierta edad, de la preocupación de su madre porque permanecía soltero...

Ella no le entendía, no le daba pie para más, siguiéndole aquella conversación por él tantas veces insinuada.

El se equivocaba algunas veces, y, refiriéndose a ella, decía *mi novia, nuestra casa, cuando tengamos mucho dinero, cuando nos casemos*.

Ella seguía sin enterarse, no le satisfacía aquello; esperaba la declaración, y no llegaba.

No daba valor a aquellas palabras, que estaban esperando otras suyas que sirviesen de trampolín para dar el salto.

El chico cada vez aparecía más desalentado; sin embargo, continuaba en su asiduidad, en sus charlas confidenciales de asuntos y negocios, en sus frases equivocadas, ávidas de una pedida de explicación...

Han pasado los años. Ana Mari dobló hace tiempo la esquina de los treinta; José Luis es un cuarentón. Los dos están desencajados en sus respectivas solterías; un tibio rescoldo duerme en sus pechos esperando inútilmente la mano bienhechora que lo reanime.

Ella no le ha sabido comprender.

¿Por qué fracasaste tú?

¿He acertado, por fin, con tu caso? ¿No será alguno de los aquí expuestos?

Ya sé, y por eso de él no te he hablado, que tú no estás incluida entre esas desgraciadas que se lanzan a la caza del hombre, y suelen ser ellas las cazadas. Creen que no puede tejerse el amor si no es con hilos de sensualidad. No saben que el hilo podrido se rompe fácilmente.

Es un disparate tratar de tejer el amor con hilo podrido. Téjelo con el hilo de oro de la pureza cristiana, y jamás se romperá.

## EL AMOR ES CIEGO

Se repite a todas horas y en muchos ejemplares.

La muchacha se ha fijado en un chico con el que sostiene, algún trato. El es bueno, correcto, fino y le guarda toda clase de consideraciones, que a los ojos ilusionados de ella adquieren proporciones de manifestaciones amorosas.

Busca ella su compañía, que él no rehuye, como podría no rehuir—y acaso tampoco rehuye—la de otras muchas.

Probablemente, la chica le resulta simpática y su trato agradable; pero nada más.

Sin embargo, como ella está enamorada, y lo juzga todo a través de su amor, cada sonrisa del otro, sus miradas afectuosas, sus galanteos, aunque éstos sean de los corrientes en el trato ordinario de la muchachada, sus atenciones obligadas de persona educada, le parecen indicar que le ronda, que le quiere, aun cuando claramente no se lo diga.

Suelen estas chicas repetir muchas veces:

—Es una situación muy rara la nuestra. Nos queremos; me busca a todas horas, y, sin embargo, no nos podemos llamar oficialmente novios.

Si alguno se lo indica a él, se apresura a rechazarlo:

—¡Qué disparate! ¿Novio suyo? Ni pensarlo. Somos unos buenos compañeros de oficina; unos buenos amigos, y nada más.

—Ella cree que eres su novio.

—Pues no tiene por qué creerlo.

Cuando alguna persona, compadecida, se acerca a la chica procurando desengañarla, la ilusa le sale al paso en seguida:

—Entonces, ¿por qué esas llamadas por teléfono? ¿Por qué el día pasado me llevó al cine? ¿Por qué, cuando me ve en la calle, me espera y me acompaña hasta casa?

Y no se da cuenta de que lo mismo hace con otras muchas, o de que —es posible— ella ha sido quien le ha dado pie para obrar así.

Ocurre a veces que; al observar él lo que pasa, rehuye el trato de la equivocada.

Ni por eso cambia ella de manera de pensar. Sufre sus desvíos y trata de quietarse atribuyéndolos a disimulo, para evitar los comentarios envidiosos de las gentes; y continúa aferrándose a su idea, porque el otro

día le saludó muy sonriente, o le dijo una frase galante, o le hizo inmediatamente un favor por ella solicitado.

Y la ceguera continúa; hasta que un día se entera de que el otro tiene novia. El berrinche es *morrocotudo*. "Le ha resultado traidor. Aquella envidiosa se lo ha quitado; porque era suyo, muy suyo. ¿A ver si iba a poder dudar de ello después de las pruebas de cariño recibidas?"

Viene entonces la crisis nerviosa. se empeña en cerrar los ojos, y, cada vez más ciega, no repara ni en la licitud de los procedimientos, ni en lo ridículo de su conducta. Le busca, le persigue por todas partes, trata de comprometerle, le declara sin reparo su amor...

Yo conozco a chica que la noche víspera de la boda de él le ha llamado por teléfono para declarársele una vez más con la esperanza todavía de poderle hacer cambiar.

¡Pobres chicas! Su ceguera les ha destrozado la vida; mientras dejaban al margen amores posibles, se han obstinado en correr tras del imposible.

Esto de obcecarse con lo imposible se repite demasiado.

—Si no es con ése, no me caso con ninguno— me decía una muchacha.

—Pues ya puedes renunciar al matrimonio.

—Le advierto que tengo vocación de casada.

—Entonces, prescindo de ése.

—No, tiene que ser con ése.

¿Quién era ése?

Un muchacho que ni se había fijado nunca en ella ni podía jamás sospechar su amor.

Solían coincidir en determinado sitio. Ella se enamoró de él. Una de esas chifladuras absurdas sin motivo alguno ni apariencia de correspondencia.

—"Parece que me ha mirado"— comenta, satisfecha, y, paladeando su ilusión, aviva la llama de su amor.

Pasa temporadas largas de sombría impaciencia

—"¡Qué situación la mía! ¿Por qué no me dirá nada? ¡Lo que se lo pido a San Antonio! ¿Cómo es posible que Dios no me oiga?"

Y, como si Dios fuese responsable de los caprichos utópicos humanos, añade:

—“¿Por qué Dios ha permitido que me enamore de este hombre, si no me iba a corresponder? ¡No es posible! Cuando años lo ha consentido, es porque lo tiene destinado para mí”.

Y sufre y se desespera. De cuando en cuando, una ráfaga luminosa:

—“El otro día, al salir por una puerta, me cedió el paso, sonriente”.

Y aquella sonrisa —fórmula de educación— adquiere proporciones gigantescas hasta llegar a ser la sonrisa apasionada de un enamorado.

Después, nuevos nubarrones grises, tediosos; tormentas de impaciencia, aguaceros tempestuosos de desesperación... Nuevas alternativas de bonanza ilusionada por falaz arco iris...

Así todo el tiempo que permite la soltería del adorado tormento.

Mientras tanto, el carácter se ha ido insensiblemente avinagrando, la ilusión ha degenerado en manía, y la visión del porvenir se ha ensombrecido para siempre a impulsos de conceptos peyorativos de la vida.

Muchacha, no te ilusiones Jamás con un imposible. El corazón es ciego; hazle mirar a través de los ojos de la razón. Tu razón es joven; necesita un ayo. De varios te ha provisto Dios, tus padres, tu director espiritual. No me cansaré de repetírtelo.

## SEGUNDA PARTE

# El destinado por Dios

Para que no padezcan, pues, por toda la vida las consecuencias de una imprudente elección, deliberen seriamente los que desean casarse, antes de elegir la persona con la que han de convivir para siempre, y en esta deliberación tengan presentes las consecuencias que se derivan del matrimonio, en orden, en primer lugar, a la verdadera religión de Cristo, y además en orden a sí mismo, al otro cónyuge, a la futura prole y a la sociedad humana y civil. (De la encíclica "Casti Connubii").



## ¿CON QUIEN?

¿Qué haces acodada en el alféizar de la ventana, la cabeza entre las manos, la mirada perdida en el horizonte?

¿En qué piensas? ¿Contemplas el paisaje que no miras, o estás soñando en el porvenir?

Ante tus ojos revolotean, alegres, las golondrinas preparando sus nidos. Tú también tendrás un día tu nido, nidito blando de amor. ¿Con quién?

La pregunta te ha sorprendido la primera vez que te la has hecho. ¡Después, la has repetido tantas veces! Cuando, cosiendo, dejas caer la costura sobre las rodillas y tus ojos se clavan en el espacio lejano; cuando interrumpes la escritura a máquina, y, apoyándote en ella, buscas en lo desconocido la solución de tu enigma; cuando, en el paseo, te entrelazas en los trenzados múltiples de la muchedumbre callejera; cuando, en el templo, te arrodillas ante el Sagrario o la imagen de María y haces tu oración...

Se parece a la de Eliezer, aquel criado fiel de Abraham, que busca una novia para Isaac, el hijo de su amo.

"¿Con quién?", se pregunta también él, preocupado.



Y, convencido de que nadie mejor que Dios puede orientarle en tan difícil encargo, junto al pozo de la entrada de Harán dobla sus rodillas y hace su oración:

“Señor Dios, sé propicio en este día a mi señor Abraham. Las hijas de los habitantes de esta ciudad vendrán al pozo a sacar agua. Les pediré de beber, y la muchacha que me responda: “Bebe tú” y beban también tus camellos”, ésa es la que tienes destinada para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que has sido propicio para mi amo”.

Dios le escuchó, y el resultado lo conoces por la Historia Sagrada. La elegida por el Señor fué Rebeca, que dió de beber a Eliezer y a sus camellos.

¿Con quién, Señor, con quién?

¿Con quién sueñas tú? ¿Cuál es tu tipo?

¿Alto, delgado, moreno, de grandes ojos negros, bigotillo recortado sobre un labio fino...?

¿Grueso, rubio, cara redonda, ojos soñadores...?

Cuando el profeta Samuel, siguiendo el mandato divino, fué a Belén en busca de un hijo de Isaac para ungirlo rey de Israel al ver al hijo mayor, de muy buena presencia, se dejó impresionar por su gallardía, y se dijo: “Indudablemente, éste es el elegido del Señor”.

Pero Dios le replicó: “No mires a su presencia, ni a su gran estatura. Lo he desechado. Yo no juzgo por lo que agrada a la vista. Los hombres juzgan por las apariencias; el Señor mira al corazón”.

En cambio, cuando, después de comparecer todos sus hermanos, se presentó David, el más pequeño, Dios dijo a Samuel: “Ese es”.

No te dejes deslumbrar por el exterior. ¡Cuántas veces un cuerpo gallardo y un rostro perfecto ocultan un alma de rufián, mientras se esconde tras un cuerpo raquítrico un perfecto caballero!

Fijate en sus cualidades morales...

Dime ahora, ¿cuál es tu tipo?

—Alegre, decidor, bromista, con mucho salero en sus conversaciones.

—A mí me gusta callado, un poco reconcentrado en sí mismo, pero que, cuando se descorcha, sabe decir cosas bonitas.

—Mi tipo es mi hombre moderno, dinámico, muy metido en negocios, que sepa hacer buenas jugadas de Bolsa.

—El mío, un ingeniero o un arquitecto, que se haga célebre por sus obras.

—El mío, un labrador con esas maneras rudas de los campesinos que resultan tan hombrunas, esa placidez de la tierra en el alma, esa nobleza que comunica el contacto íntimo de la Naturaleza...

Calla, chiquilla, no te vayas por las ramas. Todo eso es muy secundario. Las cualidades morales en que has de fijarte son principalmente otras.

¿Cuáles son?

## RELIGIOSIDAD

Tu novio ha de ser, por encima de todo, bueno. Y para ser bueno ha de ser religioso.

Que se arrodille ante el mismo altar que tú: que rece parecidas oraciones; que vibre con iguales entusiasmos religiosos y crea los mismos dogmas.

La felicidad del hogar se basa en la fusión de dos corazones hasta formar uno solo.

¿Es posible que se fundan dos corazones, que en cuanto a lo más esencial de la vida discrepan y tienden hacia polos opuestos? ¿Unirse, cuando las fuerzas que les empujan son contrarias?

¿Puede sentirse feliz la mujer que ve a los dos seres por ella más amados, Dios y el marido, enemigos irreconciliables? Contempla a su marido camino de la eterna condenación: y ¿podrá vivir tranquila y satisfecha?

¿No le ocurrirá fácilmente que sus Intereses materiales, los que suponen el pan para sus hijos, estén en pugna con los intereses de Dios, desde una empresa de espectáculos, editorial, etc., de sectarismo o inmoralidad?

¿No surgirán conflictos en lo más íntimo de la vida matrimonial, en cuanto a su fin más sagrado, y ella se verá envuelta en ese horrendo crimen, muy corriente entre la gente de conciencia no religiosa, y que, cuando no llega a ser un homicidio, se parece mucho a él?

¿No llegará un día en que, dejándose arrastrar de su criterio sectario, se opondrá a la vida religiosa de su propia mujer, o a la educación cristiana de los hijos?

—¿Y si le convierto?

—¿Y si te pervierte él a ti? No sería tu caso ni el primero ni el último.

Ahí tienes a Isabel Lesseur. Conocerás, indudablemente, su historia. Se casó con un hombre Irreligioso que le había prometido respetar sus creencias y no entorpecer sus prácticas de piedad.

En un principio, así sucedió; pero con la monotonía diaria comenzó la fatiga. Se le hacia a él insoportable la piedad de su mujer. Poco a poco fué exteriorizando su discrepancia; después, vinieron los obstáculos, más o menos disimulados: más tarde, la oposición franca, la guerra abierta, el poner en juego cuantos elementos de captación encontraba a mano.

Insensiblemente. Isabel fué cediendo: abandonó sus prácticas piadosas; llegó a faltar a sus deberes de cristiana, mientras su fe se debilitaba y se colocaba al borde del abismo.

Dios misericordioso le salió al camino; con la ayuda de su gracia, Isabel reaccionó, cambió de vida y fué avanzando en rápida marcha ascensional por el camino de la santidad; pero entonces sintió clavarse en su alma una espina cada vez más dolorosa: la irreligiosidad de Félix, su marido.

Fué la gran pena que nubló su vida, y, en ocasiones, al impedirle ciertas prácticas piadosas, hirió su corazón con punzadas sangrantes.

Le dolía tanto, que llegó a ofrecerse como víctima por la salvación del extraviado. Dios aceptó su ofrenda; murió tras de larga y dolorosa enfermedad, y Félix Lesseur se convirtió, aunque después del fallecimiento de su mujer.

¿Te agradaría ser la segunda edición de alguna de las dos etapas de esta tragedia matrimonial?

No te sientas demasiado idealista y, como consecuencia, temerariamente generosa, y poniendo tus ojos en la segunda parto de la vida matrimonial de Isabel, digas que quieres imitarla constituyéndote en víctima por la salvación del alma del hombre amado.

Esa actitud, después de casada, es digna de toda loa; antes, es una temeridad, es querer manejar un arma de doble filo, con peligro inminente de herirte sin conseguir el fin propuesto.

## MORALIDAD

Los Quintero, en una de sus obras, nos presentan a Malvaloca diciendo a Salvador: "¿usted no ve que a los vivos se les quiere más que a los tontos? Y eso, ¿por qué? Porque los *piyos* son siempre más simpáticos. No le dé usted *güertas*".

Por desgracia, esta manera de pensar abunda aún entre chicas que se consideran de buen criterio. Los buenos les parecen sosos; en cambio, los malos tienen para ellas una gracia imponente, y les arrastran.

Estas pueden decir también con Malvaloca: "*Tengo er corasón en la cabeza*". Y se les puede replicar, como lo hace Salvador: "Sí, es verdad, sí; porque la *cabeza* no la tienes en ninguna parte".

Efectivamente; estas chicas, acaso en otros terrenos discretas y reflexivas, en éste obran como si no tuviesen cabeza.

Es muy cierto que los pillos, según el lenguaje quinteriano, los *pintas*, según decís las chicas de hoy, saben hacerse simpáticos, y, a primera vista, atraen; pero una mujer prudente debe tener la suficiente cabeza para pensar y ver que toda su simpatía no pasa de ser o la piel de oveja, tras de la que se oculta un lobo, o la fachada decorativa de un sepulcro, en cuyo interior se encierra la podredumbre; mientras que la seriedad, y acaso encogimiento y timidez del chico bueno, calificado por vosotras de soso, es el estuche que guarda una honradez, una hombría de bien, unas virtudes muy estimables.

Charla el pillo, y, como ni la veracidad ni la caridad son sus características, te dice cuanto te gusta, de la manera más agradable, contándote situaciones graciosas y escenas pintorescas, hayan o no sucedido, sin escrúpulo de dejar en ridículo o cargar un sambenito a cualquiera.

No cabe duda que la mostacilla picante con que sazona estas conversaciones, aun no siendo nada delicada ni digna de personas pudorosas, tiene cierto atractivo de baja calidad, que, sin embargo, no deja de agrandar a nuestra concupiscente carnalidad.

Estas conversaciones impresionan gratamente; las miradas, desenvueltas, encendidas lanzadas al fondo del alma, queman de pasión; el corazón no es de mármol, es inflamable; bajo el embrujo de aquellas palabras, de aquellos ojos, de aquellos ademanes, se enciende...

Frena, no te dejes fascinar. El azor, con sus miradas y sus revoloteos, hipnotiza a la sencilla palomita para después devorarla.

En la sociedad tundan los azores y abundan también las palomitas tontas, que no sólo se dejan azorar, sino que añoran los vuelos del ave de rapiña.

Hay que tener cabeza; sustituirla por el corazón es un absurdo. El amor es ciego, y por eso necesita ir guiado y salvaguardado por la razón.

Vaciar la cabeza para instalar en sus habitaciones vacías el corazón es un disparate que se paga caro, cuando ya la cosa no tiene remedio; cuando una realidad triste y tardía obliga al corazón a bajar a su puesto en el pecho y que la razón se instale de nuevo en la atalaya del cerebro.

Entonces no queda más remedio que ver, y se ve... la dentellada del lobo clavada en la virtud, la hediondez del pudridero, que produce náuseas o tal vez infecciona con sus miasmas pestilentes; la traición del azor de aceradas uñas y torvo pico que sujeta y devora.

¿Qué se ha hecho del señuelo de aquellas charlas sugerentes, de aquellas miradas incendiarias, de aquellos revoloteos fascinadores? Como los espejismos del desierto, se han esfumado para dar paso a la realidad.

No te fíes jamás de un Tenorio, aficionado a las conquistas, sin piedad para las desgraciadas víctimas de sus devaneos. ¿No ves que tú serás una de tantas, y que después de haber satisfecho sus afanes de conquista te dará un puntapié, como lo ha hecho con las otras? ¿Crees que quien con las demás ha sido un rufián, contigo será un caballero?

Don Juan se habla burlado de setenta y dos; ¿podía confiar en él Doña Inés?

Insensible a la virtud, al verdadero amor, a los dictados de la conciencia, se lactaba cínicamente ante Don Luis Mejía de los pocos rasgos que necesitaba para cada una de sus aventuras:

*"Uno para enamorarlas,  
otro para conseguir las,  
otro para abandonarlas,  
des para sustituirlas  
y una hora para olvidarlas".*

¡Y que haya tantas tontuelas que se dejan deslumbrar por los Tenorios, y les hacen caso y se brindan a su luego innoble!

—“¿Y si el Tenorio está arrepentido? Ha podido suceder que hasta ahora no haya encontrado una mujer que le llegase al fondo del alma y le satisficiera plenamente, y, al dar conmigo, haya dado con su mujer ideal, y cambie”.

No te dejes engañar por el corazón. Los malos hábitos adquiridos tienen fuerza de huracán, muy difícil de resistir en los que no son virtuosos.

Escucha a Don Juan, hablando con el padre de Doña Inés:

*"Su amor me torna en otro hombre,  
regenerando mi ser,  
y ella puede hacer un ángel  
de quien un demonio fue".*

¿No es ésta la situación a que tú te refieres? ¿No ha deslizado suavemente algún Tenorio esta sugerencia en tus oídos?

Atiende al drama de Zorrilla, y verás que Don Juan, al poco rato de pronunciar tales palabras, ante las incitaciones de Don Luis Mejía, cometió un crimen. Recuerda, el refrán castellano: *El que tuvo, retuvo y guardó para la vejez.*

¿No te quedas satisfecha? ¿Qué sofisma se te ocurre?

—“Mi Don Juan ha cambiado ya. A mí me habla como no ha hablado a ninguna otra. Me dice que me quiere, porque soy buena. Es precisamente mi austeridad, mi seriedad lo que le gusta”.

No seas ingenua. ¿No comprendes que, dada tu manera de ser y pensar, no podría conquistarte si no es hablándote así? Sabe que si a ti se acerca en actitud frívola le vas a rechazar y como tiene interés en tu conquista, se atempera a tu plan para lograr el suyo. Es el caso típico de Don Juan, que en la escena anteriormente citada decía:

*"No amé la hermosura en ella,  
ni sus gracias adoré;  
lo que adoro es la virtud,  
Don Gonzalo, en Doña Inés".*

¿Te convences ahora?

Tampoco has de fiarte de los *distraídos*, es decir, de esos chicos a quienes gusta tener una novia oficial y otra u otras no oficiales, con las que se entretienen y pasan el rato.

Esta mala costumbre suele ser demasiado frecuente entre los que, por su cargo, oficio o cualquiera otra razón, se ven precisados a vivir fuera de la localidad en que se encuentra su novia. Alegan aburrimiento. Sin ella, y sólo para entretenerse, según sus afirmaciones, comienzan a acompañar a otra chica, a la que, acaso, no le dan siquiera el nombre de novia, sino meramente el de amiga.

Si tú eres la novia oficial, no puedes conformarte con esta dualidad, que te roba parte del amor y de las atenciones que tienes derecho sean exclusivamente para ti. El matrimonio, cuya preparación es el noviazgo,

exige la entrega del corazón sin reserva alguna, y no es buen camino dividirlo entre una novia y una amiga.

Si de novio se acostumbra a tener en distintas localidades distintos amores, de casado continuará lo mismo, con quebranto de la fidelidad conyugal y de los santos deberes matrimoniales.

Además, suele ser muy corriente que la amiga desbanque a la novia.

Si la novia es otra, tú jamás puedes admitir el puesto de juguete para entretener los ocios de un hombre, ni puedes con nobleza aspirar a conquistarlo poco a poco, robándole el novio a otra mujer.

Sería una jugada sucia y reprobable, indigna de los sentimientos cristianos de una chica buena.

"Lo que no quieras para ti —ha dicho Jesucristo—, no quieras para los demás". A ti no te gustaría que otra chica te quitase el novio; pues no se lo quites tú a nadie.

—"Y si el muchacho me quiere a mí y no le quiere ya a la otra, ¿qué culpa tengo yo? ¿Por qué no he de aceptar este amor?"

Si es que, sin maniobra culpable de tu parte, él ya no quiere a la otra y te quiere a ti, no tienes responsabilidad alguna en el cambio, y puedes aceptar el amor que se te brinda; pero piénsalo bien antes, porque este cambio puede ser síntoma de la fácil volubilidad de un veleta, que a tantas quiere cuantas trata.

El amor no se resigna a vivir a impulsos de ráfagas de viento; si es verdadero, no puede ser fruto de un huracán o una tempestad. El amor es algo sereno, se adhiere fuertemente al corazón y aspira a la perpetuidad.

No aceptes relaciones sino con quien sea completamente libre; sin ataduras de ninguna clase. Huye, sobre todo, del que esté *atado con el lazo ilícito de un amor culpable*.

"La madre deshonrada —ha dicho muy bien el Padre Garcia Figar— y el hijo nacido reclaman la reparación del entuerto, que se hace por el matrimonio. Así se lava o aclara la honra, y el hilo tiene padre, que le da protección y apellidos<sup>4</sup>. Huye del degenerado, que sólo apetece la carne. Es el *animalis horno* (hombre animal) de quien habla San Pablo. Incapaz de percibir las cosas del espíritu, sólo atiende a la carne con sus placeres materiales. El amor, sentimiento espiritual de un ser racional, queda en él sustituido por un Instinto ciego, propio de los animales.

Tiene alma de sapo. El sapo apetece la cloaca, gusta vivir en la alcantarilla, no se encuentra a gusto si no es chapoteando entre las heces.

<sup>4</sup> Antonio García D. Fijar, O. P.: "¿Para qué te casas? ¿Con quién te casas?"

A toda mujer digna le resulta repugnante el roce de un sapo; su olor a letrina instintivamente le produce el vómito; no puede aguantar a su lado a quien está saturado de tango; le resulta intolerable la convivencia de quien pretende compartirla entre ella y la charca pútrida.

Aceptar el matrimonio con un individuo que se ha revolcado por los muladares sociales, equivale a condenarse a una probable contaminación de las taras adquiridas entre la basura, contagiosas para quien en su intimidad viva y hereditarias para la descendencia.

El estercolero moral unas veces es ruina económica, otras enfermedad y muerte, otras las dos cosas juntas, y siempre lágrimas abundantes, quemando las mejillas de la mujer desaconsejada, que se empeñó en reír tontamente y no ver la realidad, y unió su blanca mano con la enguantada, pero ennegrecida en el habitual revolver la carne putrefacta del basurero.

Es la suerte que corre también la que se fía de un borracho.

"El vino y las mujeres —dice la Sagrada Escritura— hacen apostatar a los sabios y desacreditan a los sensatos". "La embriaguez produce contiendas, ira y ruinas".

El hombre, bajo la influencia del alcohol, pierde cuanto tiene de racional, para quedar reducido a un ser animal. En el estado de embriaguez se hacen cosas que jamás se realizarían en estado normal.

Irresponsable, sin saber lo que se hace, el borracho es propicio al pecado y al crimen; su sensibilidad, sobreexcitada por los vapores alcohólicos, se desliza fácilmente en la sensualidad.

Es muy corriente que la orgía de un embriagado termine en uno de esos antros repugnantes de la carnalidad y de la desvergüenza. El borracho, por lo general, es sensual.

Es muy corriente también que el embriagado maltrate a su mujer.

Multitud de enfermedades degenerativas tienen origen en la borrachera propia o de quien le dió el ser.

Por eso resulta ana estupidez que una muchacha ría como una gracia la embriaguez de un muchacho, y no tenga inconveniente en ponerse en relaciones con él.

Sus espaldas habrán de pagar algún día lo que su cabeza no supo evitar.

Y el *jugador*, ¿puede ser el ideal de una chica sensata?

El juego embrutece, atrofia la sensibilidad y quita la delicadeza.

El hombre dominado por la fiebre del juego se hace nervioso, violento, duro. Le devora un afán incontenido de jugar; si gana, porque se siente

estimulado a buscar mayores ganancias, y si pierde, porque cree que en nuevas jugadas recuperará lo perdido.

El resultado práctico es que el hombre cambie su hogar por la sala de juego, sea áspero y violento para los suyos, arruine sus negocios y dilapide la fortuna de que pueda disponer.

La mujer que se enamora de un jugador debe saber que su destino es la desgracia.

Y antes de concluir este capítulo, quiero desenmascarar una falacia que, indudablemente, bulle en la mente de más de una lectora.

Si el vicioso cambia, ¿qué inconveniente hay en entablar con él relaciones amorosas?

Te Insisto en lo dicho, hablando de los Tenorios, y te añado este consejo: Si tal cambio es verdadero, que te lo demuestre de antemano, y sólo se atreva a acercarse a ti después de haber probado convenientemente su nueva vida de virtud.

Y aun así y todo, reflexiona antes de decidirte. ¿No estará su sangre podrida con peligro para la salud de su descendencia? ¿No habrá quedado en su alma una fuerza atávica que le lance al pasado?

Piénsalo bien; merece la pena.

## AMOR

Si la primera condición para un noviazgo cristiano, prelude de un matrimonio feliz, es la bondad, la segunda, paralela a aquélla, es el amor. Amor bilateral, sincero, profundo, generoso.

Que él te quiera y tú le quieras. Amor por un solo lado no basta. Amor mutuo, en que los dos corazones se hagan recíproca entrega.

Amor de corazones, no de intereses, que es egoísmo; no de bagatelas superficiales, que es amorío.

Cupido ha de lanzar sus dardos al corazón, no al bolsillo, ni al puesto social, ni al apellido, ni siquiera a la cara o a la silueta.

En *Amor a oscuras*, de los Quintero, Alicia, viuda, joven, con ganas de casarse, sostiene con su sirvienta este diálogo:

*Alicia.*—Mi primer marido se enamoró de mí cuando yo tenía quince años. Le cautivaban mis ojos negros, mi boca fresca, mi cabello abundante, mis manos finas y bien cuidadas, mis pies menuditos, mi cuerpo juvenil...

¡Ay! Al año de amores nos casamos..., y a los dos meses de matrimonio, ni él podía soportarme a mí, ni yo a él. Mi cuerpo, mis pies, mis manos, mi cabello, mi boca, mis ojos perdieron a los suyos todo atractivo, todo encanto... Vino primero la indiferencia, luego la frialdad, después el hastío... A aquel hombre no le había gustado yo nunca más que por fuera; aquello no era un matrimonio. Se pegó un tiro... Han transcurrido ya cinco años, durante los cuales he pensado, más de una vez, en volver a casarme, porque una mujer sola es tan triste...

*Ruperta.*—¡Ay, muy triste, muy triste!

*Alicia.*—Tengo muchos adoradores, no sólo en Guadalema, sino también en los pueblos de la provincia; y todos lo mismo que aquél: que si la boca, que si los ojos, que si la risa, que si el pie, que si él talle...

*Ruperta.*—¿Y en qué se han de fijar, señora?

*Alicia.*—Bien está que se fijen en eso; pero yo quiero que si otro hombre me lleva al altar, antes que por mis hechuras de mujer bonita, guste por mi condición, por mi carácter, por mis salidas, por mi charla tonta o discreta, por mis genialidades, por mis caprichos, por mi entera, en una palabra".

Tiene razón Alicia; el que contigo se case te ha de querer a ti, no a los encantos que en ti florezcan, y, que, como toda flor, se marchitarán con facilidad. Tu corazón no se marchitará; en él vivirá un amor: el amor a él. Si este amor no vive, apresúrate a dejarle, sin fomentar el suyo.

Excitar en otro un amor, al que no se va a corresponder, no es lícito. No se puede jugar con el corazón de nadie.

Por eso, cuando una chica se convence de que un pretendiente que la asedia con sincero amor no le gusta, debe demostrárselo cuanto antes. Entretenerle es perjudicarlo; casarse con él por no desilusionarlo es un disparato. Es cargarse temerariamente con una cruz, a la larga, abrumadora y no hecha a su medida. Sin amor, las cargas matrimoniales son insoportables.

La piedad, la compasión, si bien son amor, no son, sin embargo, el amor que conduce al matrimonio; son una forma de caridad para con el desgraciado, que nos inclina a consolarle y ayudarle.

Casarse con quien no se ama, no es prodigarle consuelo y ayuda, sino todo lo contrario; es avivar una ilusión que, a la larga, habrá de sufrir una caída vertical, cuando en el rodar de la vida íntima, en la que no caben

disimulos, se desenmascare la realidad y se encuentre con un corazón meramente piadoso, pero no amante.

Este día fatal ha de llegar necesariamente, y desde él la felicidad, acaso hasta entonces sostenida artificialmente, se hará imposible. Al sentirse objeto de compasión, se considerará más desgraciado.

El amor surge entre los iguales o produce igualdad; la compasión surge entre los desiguales, mueve la misericordia del superior hacia la miseria del inferior, pero no los iguala, excepto en el caso en que con la compasión se junte un verdadero amor.

Margarita Sinclair ha visto surgir hacia ella un amor fuerte y sincero: el de Patricio. Huérfano, ávido de cariño, de fe religiosa debilitada, que se robustece con su trato. Se compadece de él, le lleva hacia Dios, influye en su educación. Se siente atraída por aquel muchacho noblote que le adora. ¿Es eso amor?

En él, sí; pero ¿en ella?

Poco a poco se va dando cuenta de su sentimiento. Hay en ella simpatía y una dosis grande de compasión hacia el desorientado que, en su amistad, ha encontrado la luz y el camino; nada más. Sin embargo, no se atreve a desengañarle; tiene miedo a herir sus sentimientos, a hacer sangrar aquel corazón que se le entrega, a perjudicar el retorno a Dios de aquella alma. ¡Si pudiera quererle como novio!

El tiempo corre, y no logra amarle; sus afectos no pasan de una sincera amistad llena de compasión.

—“señor —pide en sus oraciones—, si queréis que sea su esposa, haced que yo le ame”.

Pero el amor no viene, y ella sufre. ¿Qué hacer? Después de una lucha prolongada, por fin, se decide:

—“He tenido la debilidad de ceder, dejando que me acompañes; pero ahora siento que ya no puedo dejar que continúen las cosas así”.

La ruptura es definitiva.

Rompe tú, si tu afecto es un mero sentimiento de piedad.

Mejor dicho, no esperes a tener que romper, que toda ruptura produce una herida en el corazón. No empieces.

Antes de empezar, analiza tus sentimientos, y, si no hay amor, no des un paso adelante, desengaña a quien te ofrece su corazón.

→ Cuando haya amor, te lo dirá tu imaginación, volando constantemente en torno de la persona amada, reproduciendo su imagen, reviviendo las escenas por ella centradas, alimentándose del recuerdo de cuanto lo atañe, soñando..., soñando los dulces sueños del amor.

Aflorarás su presencia, sus oficiosidades, sus galanteos, el encuentro de sus ojos con los tuyos, el tintineo grato de sus palabras. Sus ausencias se te harán insoportables; las charlas por teléfono, las cartas interminables serán para ti como una necesidad. Los detalles insignificantes de su vida o de su trato adquirirán para ti relieve de capital importancia.

Te han dicho que estuvo muy simpático con otra chica o que bailó con tu amiga, y te has llevado un berrinche.

¡Amor! ¡Con qué sutiles hilos atas el corazón y embriagas el alma absorbiendo una vida! ¡Dios quiera que estés siempre bien enfocado y te mantengas siempre a la debida altura!

El amor de novios no ha de confundirse con el amor de hermanos. Puede ocurrir que dos muchachos, que han crecido juntos, inseparables en sus juegos, en trato familiar, se quieran, tengan una gran confianza mutua, mucha intimidad, y, sin embargo...

Se quieren como dos hermanos; pero ese cariño no basta para que sean novios y se casen. Por eso, al llegar a la edad conveniente, sin perjuicio de la mutua confianza y amistad, él se inclina hacia otra y ella hacia otro.

El amor de novios es más ardiente y absorbente que el de hermanos. Este es compatible con otros en el mismo plano, aquél exige siempre prioridad; tiende a realizar la disposición divina: “Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a una mujer, y serán dos en una carne”.

Esto ampor se manifiesta en palabras encendidas, en promesas generosas, en galanteos; pero, sobre todo, en sacrificios.

Fijate bien, muchacha: es conveniente que este detalle importante no lo pases inadvertido, sino que, al contrario, lo tengas siempre ante tus ojos: El sacrificio es la prueba y la medida del amor.

El chico que a ti se acerque en oferta de amor, si es sincero y noble, se ha de sacrificar por ti, y cuanto más se sacrifique, más demuestra quererte.

Si te dice que te ama y no se sacrifica, no le creas. Si te ofrece pequeños sacrificios y, cuando tú le pides alguno de mayor cuantía, dentro de lo prudente, se echa atrás, te quiere poco. No te conviene.

El que no sólo se sacrifica, sino que quiere sacrificar tu conciencia y tu pureza a la satisfacción de su instinto animal, es un egoísta. Recházalo inmediatamente.

Si te ama, que te respete; y en ese respeto te demostrará su amor, tanto más grande cuanto mayor sea el sacrificio que tiene que hacer para respetarte.

Algunos muchachos pretenden que para manifestar el amor son indispensables ciertas efusiones pecaminosas o, por lo menos, peligrosas. No están en lo cierto; con tales efusiones se satisfacen así mismos y, por tanto, complacen a su egoísmo.

La verdadera prueba de amor es sacrificar sus impulsos pasionales para conservar intacta y radiante la purera de su novia. Con eso la engrandecen, la dignifican, la ayudan a perfeccionarse.

Si la aman de veras, como dicen, es precisamente eso lo que deben buscar: el bien de ella por encima del propio, cueste lo que cueste.

Y cuando cuesta mucho, mucho aman.

No lo olvides: *amor que empaña la pureza, no es amor.*

## CAPACIDAD ECONÓMICA

Mientras en lo alto del Sinaí Dios promulgaba su Ley, el pueblo escogido, sin atender a sus bondades, se entregaba a la adoración del becerro de oro. Ahora también muchas chicas, mientras Dios se preocupa bondadoso de prepararles el porvenir, ellas, volviéndose de espaldas a sus indicaciones, sin prestar oído a sus dictados, se entregan a la búsqueda y adoración de un becerro de oro, es decir, de un marido rico, que les entregue dinero a manos llenas.

Su ideal supremo es casarse con un millonario o, por lo menos, con el que por su cargo o negocios gane mucho dinero.

El cine y la novela se encargan de fomentar esta apetencia, exhibiendo ante sus ojos deslumbrados matrimonios, que verdaderamente podemos llamar de película: una mecanógrafa se casa con su jefe; una modistilla enamora al rey del acero; la hija de un modesto empleado contrae matrimonio con un multimillonario.

Y la muchachita de clase media, que ha crecido en un ambiente de estrechez, entre los equilibrios maternos para sostener el hogar con un modesto sueldo, sueña con un salto descomunal que le encarama en las alturas de ese mundo fascinador de las riquezas, donde no sea preciso hacer cálculos cada vez que se quiere comprar un vestido o acudir a una diversión. Sueña con el palacio espléndido, de ricos muebles y refinado *confort*, con el magnífico automóvil, los vestidos elegantes, las joyas deslumbradoras, los perfumes caros, las diversiones...

¡Pobres desgraciadas! No saben que los matrimonios acrobáticos, que de un salto encaraman a una mujer sobre montones de oro, resultan bien en el celuloide y en el papel, donde el autor pinta la vida como quiere y combina los acontecimientos como le conviene; pero no en la realidad.

Aun cuando el mundo proclamo: poderoso caballero es *don Dinero*, la felicidad está fuera del radio de su poder. Testigo de ello son una legión inacabable de ricos infelices.

Gog —nos cuenta en su novela Giovanni Papini—, ávida de felicidad, que no encuentra en ninguna parte, se ha propuesto realizar una nueva experiencia. Quiere poner en práctica, al pie de la letra, esa frase vulgar, que encierra la mayor ilusión de no pocas gentes: *chapotear en el oro, nadar en oro.*

Dadas las órdenes oportunas, su administrador se ha encargado de acumular en una piscina de pórfido, de ocho metros de largo, una gran cantidad del rico metal: monedas de todos los países y de todas las épocas, anillos, cadenas, exvotos, fetiches, medallas, dientes usados, broches..., así hasta veintidós millones de dólares.

Gog, haciendo grandes esfuerzos con las manos, consigue introducir su cuerpo hasta la cintura en aquella masa amarilla.

La sensación que experimenta es desagradable por demás. Se siente aprisionado; una frialdad intensa le produce escalofríos. Ni aun le queda el consuelo de recrear la vista, pues el amarillo del oro amontonado no le parece, ni con mucho, tan bello como el que la Naturaleza ha puesto en las flores o el arte ha creado en los lienzos.

¡A cuántas muchachas ingenuas que han soñado con el placer de nadar en oro, y, para conseguirlo, se han lanzado a la caza de un novio rico, con el que se han casado, les ha pasado lo mismo que a Gog!

Ya son las señoras del multimillonario A, del propietario de la fábrica B, del alto empleado de la empresa G tienen fortuna, posición, comodidades...

¿Son felices? No. Su misma situación les aprisiona. Se sienten asfixiadas en aquel ambiente, para el cual no se hallan preparadas; están desencajadas, fuera de su sitio.

Tienen preocupaciones con las que no contaban. No se ven mortificadas por la estrechez, y, sin embargo, no son felices. Disponen de abundante dinero: pero el dinero no llena las aspiraciones del corazón, no suprime las cruces; a veces, multiplica las contrariedades. Con dinero hay quien se aburre; en los palacios se enferma y se muere, abundan en los ricos salones los celos, las Intrigas, las envidias, las traiciones; las manos enjoyadas tienen que llevar también el pañuelo a los ojos.

El señor obispo de Santander, doctor Eguino, en su pastoral sobre el sacramento del Matrimonio, recuerda a estas muchachas ambiciosas una fábula griega, en la que los dioses concedieron a un rey el poder de convertir en oro cuanto tocaba. ¿Logró con ello su felicidad? No; murió de hambre y sed. "El pan que llevaba a su boca y el agua que acercaba a sus labios, se le convertían en oro, y, víctima de su codicia, sucumbió miserablemente".

¿No es ésta una imagen viva de aquellas que, en vez de casarse por amor, se casan por interés?

Se han olvidado de lo que el mismo prelado dice: "Las riquezas no son para el matrimonio un fin, sino un medio que facilita y ayuda a conseguir la propagación y educación de la prole, que es la gran ley de la unión conyugal".

Esta frase luminosa nos traza, con la autoridad de su origen, la norma a seguir.

Jamás las riquezas han de ser el móvil del matrimonio; pero nadie debe casarse sin tener resuelto el problema económico del nuevo hogar.

Corazoncitos excesivamente generosos, desprovistos del timón de una cabeza bien equilibrada, o teniendo por lazarillo una imaginación cargada de idealismos, se lanzan al mar de un noviazgo primero y un matrimonio después con un muchacho sin recursos o con disponibilidades inferiores al tren de vida acostumbrada, y naufragan.

Al principio, todo es sonreír y cantar jubiloso: hasta las mismas estrecheces, los mismos trabajos manuales, para ellas insólitos, aparecen envueltos en una capa de romanticismo delicioso.

Pero el romanticismo se cultiva en los campos de la poesía, y la vida es prosa. Sus abrojos y espinas se encargan de ir jironando el velo de color rosa, que, a medida que se complica la vida hogareña, va perdiendo sus colores sonrosados y llega a convertirse en gris y hasta en negro, con negrura de tormenta.

Entonces, entre truenos y relámpagos, entre lluvias de lágrimas, frecuentemente disimuladas, sobre todo ante quienes por aconsejar bien fueron tachados de antipáticos, se convencen, aunque tarde, de que con sólo amor no se vive.

El dinero no puede sustituir al amor ni ocupar el primer puesto en el corazón de una novia; pero el amor necesita dinero, y si no quiere morir de inanición, ha de hacer a tiempo prudentes cálculos, y, según ellos, obrar.

Todo hogar exige un presupuesto; y, a medida que van apareciendo nuevas vidas a cuyo perfeccionamiento material y espiritual es preciso atender, el presupuesto sube.

Toda mujer reflexiva, antes de pensar en el casamiento, ha de enfrentarte con este problema y buscar su solución.

La solución, dentro del matrimonio, ha de darla normalmente el marido. En el concepto cristiano de la familia, el marido es el encargado del sostenimiento económico del hogar, mientras que a la mujer le está reservada la administración y cuidado de la familia.

Porque así debe ser; en la ceremonia de la boda el marido entrega a la mujer las arras. Aquellas monedas son un símbolo de la obligación que él contrae, y reconoce, de entregarle a ella el dinero correspondiente a las atenciones familiares.

En la crisis intensa por que atraviesa en estos momentos de las postguerra la economía mundial, podrá ocurrir, no pocas veces, que los ingresos del marido hayan de ser completados con los que con su trabajo proporcione la mujer; sin embargo, éste nunca será el ideal cristiano, que quiere que la mujer casada sea, ante todo, la esposa y la madre, cuyos deberes difícilmente serán de ordinario compatibles con su trabajo fuera del hogar.

Cuando en el Paraíso, para castigar el pecado, Dios introduce el dolor en el oficio propio de cada uno de los prevaricadores, expresamente le impone al hombre este categórico precepto: "Comerás el pan con el sudor de tu rostro", mientras que a la mujer le habla de la maternidad y sumisión al marido.

Por eso, la mujer, reservándose para sí los trabajos hogareños, ha de buscar un marido que sustente la casa, a poder ser, con el sudor de su rostro, o, lo que es lo mismo, con su trabajo.

El trabajo con la virtud es lo que más dignifica a un hombre. Mejor dicho, el trabajo es virtud, y, como tal, acrecienta el valor de la persona trabajadora.

Puede un hombre llenar su misión de financiar el presupuesto familiar con las riquezas heredadas; pero lo hace mucho más dignamente cuando lo realiza con su propio trabajo.

Un hombre trabajador vale más que un hombre rico.

El vago es siempre un indeseable. Un hombre de tanta experiencia como el Padre Vilariño dice en *Caminos de vida*: "Un vago es un aprendiz de presidiario, un retoño de criminal, un vástago de infame". Y añade: "La



mayor parte de los que atraen sobre sí y sus familias la ruina, el deshonor, la infamia, han sido vagos\*.

Vagos o cobardes son los chicos que pasan sus mejores años haciendo proyectos de colocaciones ventajosas, sin decidirse nunca a nada que merezca la pena y suponga esfuerzo. A lo sumo, para librarse de las presiones de sus familiares, que les urgen para que hagan algo, aceptan una colocación provisional, de poco trabajo, en una oficina, donde, aún cuando ganan poco, les exigen también poco, y les queda tiempo para el bar, el deporte, la política y las diversiones.

Si sus novias les enfrentan con el problema familiar y les demuestran la insuficiencia de sus ganancias, se lanzan a soñar despiertos en un futuro espléndido, a base de la fortuna que piensan heredar de su tía, del cargo político que ocuparán cuando un amigo suyo, a quien proclaman su protector, llegue a ser director general, o de un reajuste de plantillas en el Cuerpo a que pertenecen, con el consiguiente aumento de sueldo, o, ¡los hay cínicos!, de que el padre de ella le coloque en sus negocios.

Pobres novias que, incautas, acceden a trabajar y conseguir una colocación para el novio holgazán, apocado o vividor! La mayor parte de las veces resultan burladas.

Se mueven con interés, ponen en juego sus amistades, la Influencia de su familia, consiguen la colocación, y él, colocado, les vuelve la espalda.

Si la colocación se la ha obtenido dentro de los negocios familiares, no la dejará; al contrario, se casará con ella, para ser así empresario, y de este modo esquivar fiscalizaciones, moverse con libertad y poder disponer... ¡en cuántos casos!, para sus propios vicios.

El novio no debe ofrecer a la mujer amada un porvenir a base de sueños o de esfuerzos de ella, sino a base de realidades logradas con el trabajo propio.

El dote de la mujer —el mejor dote que una novia puede llevar al matrimonio es su virtud y sus aptitudes— mejorará las condiciones económicas de la familia, las avalará y constituirá una reserva conveniente; nunca deberá sustituir al trabajo del hombre abandonado a la holganza.

Habla terminado él su carrera de médico; con su título nuevecito comenzó a trabajar sin dejar de estudiar para lograr especializarse.

—En cuanto pueda ofrecerte un buen sueldo, nos casamos

—le dijo a su novia.

Estudió, trabajó, ganó con brillantez unas oposiciones...

—Ya he logrado lo prometido. Cuando quieras, nos casamos. Quisiera ofrecerte aún más. ¡Si pudiese montar una clínica! Pero ¡son tan caros nuestros aparatos! De todos modos, podemos casarnos; no te faltará ni cariño ni el dinero suficiente.

Y entonces habló ella:

—Nos casaremos. A ti tampoco te faltará cariño ni la clínica donde trabajar. Papá nos dará, como dote, lo que pueda hacernos falta.

Él miró a ella lleno de noble pasión. A los dos les bailaba en los ojos el alma:

—Tenemos amor y trabajo; no puede faltarnos la bendición de Dios.

¡Es verdad!

Hay otros dos tipos de chicos indeseables para novios: el de los *tacaños* y el de los *gastadores*.

Los primeros dan muchas palabras, pero no sueltan una peseta. Constituyen una variada gama, desde el que no hace jamás a su novia un regalo hasta el que busca que le pague la merienda o el cine.

En el día de hoy, por esa fiebre de pescar novio de que adolecen tantas muchachas, abundan las que con facilidad convidan a los chicos en el bar o en los espectáculos. Ellos se dejan pagar, comen, beben, se divierten a costa de ellas, y, cuando les parece bien, desaparecen por el foro.

Hasta cierto punto, ellas lo tienen bien merecido, por *tontas*. Además, es lo menos malo que puede ocurrirles, pues, si llegan a casarse, tendrán que sufrir la ruindad de quien constantemente les pedirá cuentas, encontrará excesivos sus gastos y les dará con cuentagotas el dinero necesario.

Los otros, los *gastadores*, resultan más agradables y más peligrosos. Aparecen espléndidos, nada les duele; obsequian, regalan, pagan. Son lo contrario de los anteriores. Verdaderos manirroto, no dan valor al dinero, no guardan; lo que ingresan con la mano derecha, lo desparraman con la izquierda, y suele ser lo corriente que se den más prisa a gastar que a ganar; de donde resulta que, aun cuando disfruten de un pingüe sueldo y de fuertes ingresos, con facilidad quedan alcanzados, y sus presupuestos, desequilibrados.

Algunos, una vez casados, dejan la administración en manos de su mujer, y se sujetan; los más, acostumbrados a mil necesidades no necesarias, no tienen fuerza de voluntad para podar gastos, y con sus derroches crean situaciones insostenibles, con perjuicio de sus familias.

## COMO TÚ

La elección de novio es de trascendencia suma; toda garantía de acierto es poca: Religioso, moral, enamorado, con el problema económico resuelto, ¿es suficiente?

No; hace falta, además, congeniar.

¿No basta para esto el amor?

Hasta cierto punto, sí; pero, repito, que, en cuestión de tanta monta, no debe dejarse de adoptar garantía alguna posible.

El amor enlaza los corazones, remueve obstáculos, lima asperezas, hace flexibles los caracteres, induce al sacrificio suavizando su dureza y dulcificando su amargura; sin embargo, el amor está sujeto a vaivenes, a quiebras, a altibajos, y como el camino de la vida es largo, puede haber momentos, mas o menos duraderos, épocas enteras, en que el amor, posiblemente un poco amortiguado por una crisis de las muchas a que somos propensos los hombres, no sea suficiente para disimular las aristas agudas de un genio desagradable.

Por eso una prudencia elemental dieta que para compañero inseparable de la vida, destinado a compartir en la mayor intimidad todos sus momentos, preocupaciones y actuaciones, se elija a un hombre de carácter armónico, con quien la inteligencia sea fácil.

Por muy adaptables que sean los caracteres de los dos, a lo largo de la vida no han de faltar ocasiones en que se distancien y enfrenten, mostrándose las uñas. Entonces la obligación de una mujer buena será dominarse y sacrificarse.

Lo que resulta absurdo es dificultarse desde el principio la vida, buscándose un hombre erizado de púas, cuyo contacto hiere, o electrizado con una corriente opuesta, cuyo encuentro produce una descarga.

El sacrificio no debe desecharse ni rechazarse; pero tampoco debe temerariamente buscarse, cuando no se sabe si se tendrán fuerzas para sobrellevarlo.

Por eso, muchacha, aparta tu vista del pretendiente de carácter áspero, irritable, antagónico con el tuyo.

Hay caracteres diversos que se engranan admirablemente y se completan. Precisamente sus contrastes les atraen. Cuando el engranaje es imposible o difícil, es rechazable.

Tu novio, para ti debe ser alegre, con alegría serena y plácida; optimista, con el optimismo prudente de la primavera que baña de luces el

cielo y alfombra de verde los campos, florece los árboles, llena de trinos los espacios y deja ver en lontananza una espléndida cosecha.

Si sobre la primavera se lanzan las nubes pardas del otoño, si se pulverizan los campos con el sirimiri desapacible de noviembre, ¿qué perspectiva presentará el invierno, con sus nieves y heladas?

Si te enamoras de un neurasténico que salpica su juventud con excentricidades ¿qué aguardas para cuando la vida descargue sus amarguras sobre su frente y oxide su corazón con las rarezas inevitables de la edad?

Búscalos discretos, con sentido común.

Abundan poco las personas con sentido común; la falta de lógica en los juicios, la carencia de miras prácticas, la ausencia de ponderación son defectos hoy muy corrientes.

Cuanto más se asemeje a ti, más facilidad encontrarás para congeniar.

Parece que Dios ha querido enseñarnos prácticamente que los novios deben ser lo más parecidos posible. Cuando fué a crear la primera pareja humana, dijo que iba a hacer a la mujer semejante al hombre; y para que lo fuera más, la formó de una de las costillas de él.

Aprende esta lección, y procura que tu novio sea, en lo posible, como tú.

*Como tú en la edad.* La inteligencia es mucho más fácil entre los de edad aproximada que entre los separados por una buena porción de años.

El matrimonio de una jovencita con mi hombre ya maduro es difícil de llevar. La manera de pensar, las aficiones, los gustos, son muy distintos; su engranaje exige constante sacrificio; la confianza tropieza con graves obstáculos.

Si la diferencia es grande, se producirán situaciones anómalas, en las que la mujer dudará si está tratando con su padre o con su marido.

Las anomalías crecerán si éste es un viejo.

Cuando el marido es más joven que la mujer, el matrimonio resulta, además de anormal, peligroso.

La mujer envejece mucho antes que el hombre. Muy pronto se encuentra ella con gustos otoñales, y él en plena juventud, con ganas de diversión, de expansionarse, de dar rienda suelta a un dinamismo en contraste abierto con la afición a la tranquilidad y a cierto replegarse, característico de los años de su mujer, cuyos encantos físicos han ido languideciendo a la par que algunos de sus atractivos morales.

¡Qué peligroso resulta esto! Pues a la vez que él se siente más distanciado de ella, añorando unos encantos cuya fascinación en otros

tiempos sintió y que ahora han desaparecido, cuando todavía él los hambrea, a su lado, en la oficina, en la calle, en el ejercicio de su profesión, surgirán otras figuras femeninas adornadas de seducciones en él influyentes.

Entonces, ¿tendrá virtud suficiente para cerrar los ojos a la tentación y, dándole la espalda, adherirse fuertemente su mujer sin poner en riesgo la fidelidad debida?

Con facilidad, la tentación adquirirá caracteres de furiosa tempestad; el alma temblará, y sólo una virtud sólidamente fundamentada en Dios podrá triunfar.

*Como tú en educación.* Nada hay después del amor que tanto contribuya a acercar las almas como la educación.

Dos personas nacidas en el seno de familias iguales, con padres del mismo estilo, educadas en escuelas o colegios paralelos, con influencias económico-sociales parecidas, serán dos almas gemelas que vibrarán con los mismos sentimientos, experimentarán las mismas reacciones y tendrán criterios parejos que les permitan ver la vida a través del mismo prisma, soñar con los mismos ideales y lanzarse por los mismos derroteros.

Salirse de su natural posición para adentrarse en otra superior, sin haberse primero pertrechado con el nivel de cultura y educación que a ésta corresponde, es meterse en la aventura del gorrión que se introdujo en la asamblea de las águilas, entre las que sólo coseché desprecios, olvidos y alguno que otro picotazo.

A muchas chicas les deslumbra casarse con un muchacho de mejor posición, y no cabe duda que algunas lo consiguen, y son dichosas. En general, son aquellas que, por determinadas circunstancias, lograron una educación parecida a la del otro o que estaban dotadas de cualidades de adaptación con las que les ha sido posible, si no nivelarse, por lo menos aproximarse mucho a él.

La mayoría se encuentran un poco —o un mucho— fuera de su puesto, en situación de inferioridad respecto a su marido y respecto a la familia de éste.

El amor, sobre todo cuando se respalda en la virtud, soporta, disimula las diferencias de educación, con lo que la convivencia se hace llevadera y hasta agradable.

Pero ha de tenerse en cuenta que los enamorados son los dos: él y ella; no cada uno de ellos con la familia del otro, y, mucho menos, éstas entre sí.

Ellos salvarán con su cariño las diferencias de finura y delicadeza; sus respectivas familias, carentes de tal cariño, serán más inexorables, y la de

educación más esmerada encontrará disgusto en el trata de la otra, y desacertados ridículos y de mal gusto su criterio, sentimientos y manera de ser.

En cambio, a la de inferior delicadeza se le antojará insoportable lo que juzgará como tontería impertinente.

En medio de esa lucha de ambientes, y precisamente sirviendo de enlace, estará ella, hurgada constantemente por las humillaciones que de una parte recibe y por la incompreensión recelosa de la otra.

Busca a tu novio entre los de tu clase, educado en un hogar parecido al tuyo, cuya continuación sea el que entre los dos vais a fundar; que veas en su madre a tu propia madre, y entre sus hermanas te encuentres como entre las amigas de toda la vida; que cuando visites a sus familiares, no vayas con recelo, y, convidada en sus casas, no tengas que andar observando sus finuras para imitarlas acaso con desgana o antipatía.

No te ilusiones con un muchacho de inferior esfera.

Los tuyos le recibirán como un intruso que desdice de sus costumbres y se desplaza de su convivencia. Él, en reacción instintiva, te alejará de ellos. Tu delicadeza recibirá diariamente arañazos que, aun empeñándote en no hacer caso, te producirán un escozor constante.

No te olvides del antiguo refrán:

*"Si quieres acertar, cástate con tu igual".*

## SALUD

—A mi me gusta un chico muy bueno, que lo tengo completamente *chiflado*, y es mi buen partido en todos los sentidos. Un sólo inconveniente puede ponersele: que está enfermo. Pero a mí, ¿qué me importa, si le quiero? ¿Qué me recomienda usted?

Que no te cases con él, a no ser que la enfermedad sea pasajera.

La salud tiene mucha importancia en la felicidad de los hombres. Despierta la alegría, inspira optimismo, simplifica la vida facilitando multitud de detalles, al parecer, sin importancia, y, no obstante, cooperadores todos ellos al bienestar.

La enfermedad entristece, engendra pesimismo, crea dificultades, amarga el carácter, complica la vida familiar y produce gastos incalculables.

No es la salud la primera condición que debe tenerse en cuenta al pensar en un novio; pero no puede prescindirse de ella. Sería lanzarse inconscientemente a un mar agitado de sacrificios, contrariedades y sufrimientos, donde es fácil naufragar.

Te repito aquí lo que te he dicho respecto al carácter. Si, una vez casada, tu marido enferma, deberás sin vacilar cargar con tu cruz y subir la pendiente áspera de tu Calvario? Lo que no debes hacer es crear tú misma una cruz que no sabes si luego vas a poder sobrellevar.

¿Podrás asegurarme que, pasados unos años, y amortiguada la llamarada interna del amor que ahora te alumbraba, verás al enfermo con la misma ilusión de hoy y tendrás las fuerzas actuales para sobrellevarlo? ¿No te sucederá como a tantas otras que cerraron sus oídos a los buenos consejos, y después juzgaron insoportable su papel de perpetuas enfermeras que los obligaba a marchitar su juventud junto a una cama o entre las paredes entristecidas por quejas y lamentos?

Piensas que con la gracia de Dios tal sacrificio te será posible. Pero no te das cuenta de que Dios no tiene por qué vincular sus gracias a los caprichos humanos. Y aunque tal gracia no te falte —que Dios es misericordioso—, ¿tienes seguridad de prestar a esa gracia la cooperación heroica necesaria?

Además, si esa enfermedad es contagiosa o transmisible ¿con qué derecho expones la salud de tus futuros hijos?

Obra con prudencia, sé sensata y no entables relaciones con un enfermo. Cuando sientas que tu corazoncito se va tras de quien carece de salud, si tus padres te aconsejan la retirada, obedéceles a tiempo, frena inmediatamente tus afectos y no sigas adelante.

Si teniendo ya relaciones formales, tu novio enferma sin culpa alguna tuya, atente en cada caso al consejo de tus padres.

Cuando la enfermedad haya sido adquirida en el cumplimiento del deber o en la defensa de la patria, será un imperativo de caridad y casi de justicia que no le abandones, sintiendo legítimo orgullo de lo que para él constituye un timbre de nobleza. Este es un sacrificio que, por ser muy racional, ha de contar siempre con la bendición de Dios.

Con el que jamás debes casarte es con el enfermo por el vicio; sería llevar a tu hogar y a tus hijos taras de vergüenza, y acaso de muerte.

Al hablar de la salud, no podemos olvidar los matrimonios entre parientes, origen de tantas enfermedades degenerativas.

Por algo prohíbe la Iglesia estos matrimonios, siempre en línea recta y hasta el tercer grado en línea colateral; y si en algunos casos concede dispensas en evitación de mayores males, con esta dificultad nos está demostrando lo perjudicial de tales casamientos.

La Medicina confirma la prudencia eclesiástica. Hay predisposiciones patológicas que, o no se manifiestan, o tan sólo aparecen débilmente cuando los matrimonios son entre individuos de muy distintas familias; pero, en cambio, se desarrollan virulentas cuando los enlaces se realizan entre individuos de la misma sangre afectada por las mismas taras.

Como afirma muy acertadamente Hardy Schilgen en *El frente a ella*, "Las escuelas para débiles mentales están llenas principalmente de niños cuyos padres están ligados por el vínculo del parentesco. Una gran parte de los sordomudos y otros desgraciados provienen de tales matrimonios".

Todo esto depende, en gran parte, de la debida preparación del matrimonio, así próxima como remota. Porque no puede negarse que tanto el fundamento firme del matrimonio feliz como la del desgraciado se preparan y se basan en los jóvenes de uno y otro sexo durante los días de su infancia y de su juventud...

Acérquense, pues, los que se van a casar bien dispuestos y preparados para el estado matrimonial, y así podrán ayudarse mutuamente, como conviene, en las circunstancias. Prósperas y adversas de la vida, y, lo que vale más aún, conseguir la vida eterna y la formación del hombre interior... (De la encíclica "Casti Connubii").



## LLEVANDO PAJITAS AL NIDO

¿Cuándo debe iniciarse la preparación para el matrimonio?

Dos clases de preparación podemos distinguir: una remota y otra próxima.

Aquella ha de iniciarse en los primeros años infantiles con la educación.

Esta otra debe comenzar tan pronto como se da principio al noviazgo.

¡Con qué ilusión comienzan las chicas a preparar su *trousseau*!

—¡Sabe usted? Ya he comenzado a hacerme la ropa.

Y lo dicen rebosantes de satisfacción, dejando escapar por sus ojos y traslucir en el tono de su voz una alegría irrepresable. Necesitan comunicarlo a los demás, hacerles participantes de la orgía de optimismo que danza en su interior.

Se les ve afanosas contemplando escaparates, recorriendo tiendas, eligiendo telas, revolviendo figurines, consultando a las amigas.

Los trapos siempre ejercen en la mujer una seducción irresistible; pero no cabe duda que nunca hacen saltar su corazón con mayor placer que cuando se buscan y combinan para servir de vestido al amor.

¡Qué horas tan deleitosas las pasadas bordando una mantelería y cosiendo un encaje a una tela! Parece que cada puntada es un paso hacia el ansiado acontecimiento y que entre los hilos de la vainica queda aprisionado algo de amor.

Nuestra época, con sus prisas y sus barullos, ha impreso su huella en esta faceta de la vida como en muchas otras. Hoy no tiene tiempo la novia de prepararse el equipo, y lo encarga a una de tantas casas dedicadas a estos menesteres.

No es ningún pecado hacerlo, y, hasta en algunos casos, puede ser un deber; pero, ¿no es cierto que con ello se pierde ese no sé qué de poesía y encanto que envuelve la preparación del equipo cuando es ella quien lo hace?

Entre los pliegues de las telas, sujetos a las costuras, quedan mil sueños de ilusión, cuyo recuerdo revive dulce y placentero con el uso de las prendas.

Más tarde que la confección del equipo suele comenzarse la instalación de la casa. Una agradable excursión por almacenes de muebles y talleres de ebanistería, tiendas de objetos de adorno y casas decoradoras.

Se comenta, se discute, se compara, se elige..., todo ello entre risas y bromas, explosiones de alegría y aleteos de amor.

Muy agradable, muy bonito es esto. El sol brilla en el cenit; bajo el incendio de sus luces, los pajarillos llenan el aire con las dulces melodías de sus maravillosos trinos; raudos giros escriben en el espacio una leyenda misteriosa que sólo ellos saben sentir; y allá, en la copa de un árbol, en la resquebrajadura de un muro, en el alero de un tejado, se va formando un nido, concreción de luces, de melodías, de revoloteos, de amor.

Pero vosotras no sois pájaros. Vuestro nido es casa y es hogar. Los pájaros preparan su nido con ramas y pajitas; los hombres preparan su casa con muebles y con tela, y preparan su hogar con aptitudes y virtudes.

El hombre encierra en su cuerpo un alma espiritual; sobre las necesidades materiales tiene otras de índole superior. No le basta una casa cómodamente amueblada, ricamente alhajada, dotada de abundantes y bonitas ropas; necesita un hogar, donde, al calor de la llama, los corazones descansen con satisfacción y paz.

La llama del hogar no se alimenta con muebles y trapos; exige en sus componentes cualidades y aptitudes capaces de encender el fuego y mantenerlo vivo a través de las contingencias de los tiempos.

Durante el noviazgo, la chica, mucho antes de preocuparse del equipo material, debe hacerlo del espiritual y moral. Es mucho más laboriosa y larga su confección y de mayor importancia.

¿En qué deberá consistir esta preparación?

Dime, muchacha, ¿no vas a ser ama de casa? Debes conocer la complicada ciencia del hogar y entrenarte en toda esa variada gama de labores domésticas, cuyo conocimiento y práctica, cualquiera que sea tu posición social, algún día te hará falta.

¿Crees tú que es posible organizar bien una casa, dirigir con acierto a la servidumbre, obteniendo de ella el apetecido rendimiento, sin incurrir en injusticias, desconociendo al detalle las labores caseras? Quien las ha llevado a cabo tan sólo alguna vez, se expone a multitud de abusos por parte de la servidumbre, que al observar su incompetencia procurará sacar partido de ella.

La que no está entrenada, cuando necesita reprender o urgir que las cosas se hagan a su gusto, se ve embarazada por una ineptitud que le impide salir con su pretensión y le desprestigia ante las reprendidas o amonestadas.

¿No vas a ser madre? Debes adquirir conocimientos de puericultura que te capaciten para cumplir tus deberes maternos. Y como los niños además del cuerpo tienen un alma, los conocimientos que adquieras, relativos a la higiene y cuidado de aquél, deberán ir completados por otros psicológico-pedagógicos que te permitan atender a la higiene y cuidado del alma.

No te alarmes al leer esto, viendo en cuanto te digo un afán exagerado de complicarte la vida con estudios profundos para los que, acaso, ni tienes tiempo ni afición.

Nada de eso. Te hablo únicamente de ciertos conocimientos elementales más prácticos que teóricos, los cuales, unidos a esas intuiciones y delicadezas que en vuestro corazón femenino, esencialmente maternal, ha depositado la Naturaleza, te harán apta para tu trascendental misión.

La mejor escuela para adquirir estos conocimientos, así como los anteriores, es tu propio hogar, donde bajo la dirección de tu madre—difícilmente encontrarás mejor maestra— podrás ejercitarte en la práctica de todo lo casero, y, ayudándole a ella en el cuidado de tus hermanitos más pequeños, adquirirás la competencia deseada. Ella misma podrá después perfeccionar sus enseñanzas con media docena de lecciones prácticas cuando llegue cada caso.

Si el aprendizaje en tu propio hogar no fuera posible, su falta podría suplirse, hasta cierto punto, en esas otras escuelas del hogar, organizadas actualmente en todas las poblaciones, y donde, a la luz del Evangelio, se procura preparar a las chicas para el cumplimiento de sus deberes hogareños.

¿Basta con esto? No; aún hace falta más.

Es necesario que la novia adquiera y se entrene en la práctica de algunas virtudes, sin las cuales será incapaz de labrar la felicidad de una familia. El nido quedaría indefenso ante las inclemencias de los elementos sociales, expuesto a la acción de intemperancias tempestuosas, con peligro de desgarrarse o dé enfriarse.

Vamos a verlo en los siguientes capítulos.

## ESTAMOS DE VUELTA

Si, gracias a Dios, estamos de vuelta. Después de varias generaciones de despiste, hemos vuelto a la realidad; nos hemos dado cuenta de que nos hablamos equivocado.

No sé cómo pudimos caer en este engaño, cuando nuestra misma razón, libre de prejuicios, podía ver la verdad claramente.

He dicho libre de prejuicios y aquí está la clave. El siglo pasado, con todo el lastre de sus prejuicios pesaba sobre las generaciones equivocadas.

Habían llegado a creer que la piedad era patrimonio exclusivo de las monjas, de las aspirantes al claustro y de las que por su voluntad o por fuerza permanecen en la soltería.

La novia y la que sueña con un matrimonio más o menos próximo no necesitaban vivir la piedad; les bastaban ciertas prácticas de devoción un poco superficiales

¡Qué disparate! Ha sido necesario recoger el fruto amargo de tan sofisticado pensar para que haya surgido una reacción hermosa.

Todavía quedan muchos rezagados, con mentalidad del siglo pasado, grata siempre a las conciencias laxas, que juzgan la piedad y el noviazgo como algo antagónico; y aún se dan padres que se alarman en cuanto su

hija comulga con frecuencia, temiendo que va a huir de la coyunda matrimonial para encerrarse en un convento.

Esto no obstante, nos encontramos ante una realidad espléndida, apreciable en un porcentaje enorme de casos.

Los novios —ellos y ellas— no sienten repugnancia por la piedad; frecuentan los sacramentos, buscan en la vida devota un apoyo y una protección para su noviazgo, creen encontrar luz y probabilidades de acierto en la dirección espiritual, hacen de Cristo el centro de sus relaciones y apoyan su amor humano en su amor divino.

Los que no conciben la piedad como una de las virtudes propias del noviazgo, no saben lo que es el amor, ni conocen las debilidades del corazón humano.

Es muy fácil hacer surgir el amor entre dos corazones inflamables; una llama deslumbradora se levanta hacia lo alto, iluminándolo todo de vivos resplandores.

¡Qué bonitos son los jugueteos del llamear, qué bellos los cambiantes de luz que proyecta!

Pero pasa el tiempo y, si no se quiere que la llama se apague, hay que alimentarla. La inflamabilidad del corazón se gasta con la edad, la costumbre, el trato revelador de defectos e imperfecciones. ¿Con qué se alimentará?

—Con ilusiones; el amor vive de ilusión. Cuando una se acaba, le sustituye otra.

La ilusión es como la yesca, que por un momento reaviva la llama, acrecienta su resplandor, le hace temblar de alegría.

Pretender mantener el fuego con yesca es un absurdo; supone un trabajo enorme y provisiones en cantidad exagerada.

Además, la yesca desarrolla pocas cabrias; no son suficientes para fundir.

Quando se quiere que la llama se mantenga viva y a la par la temperatura sea elevada, se emplea en los hornos leña dura de encina o roble, o carbón de buena calidad. La una y el otro, mientras se consumen en lenta combustión producen buena llama y calor.

La llama del amor ha de alimentarse con combustible fuerte, de muchas calorías. No hay otro como el sacrificio que, consumiéndose, arde y quema hasta fundir los corazones. Como que no hay verdadero amor sin sacrificio. El alimentado con la yesca de la ilusión no pasa de ser un amorío.

¿No te has dado cuenta de que el sacrificio es menos costoso con la piedad?

Cuando se hace centro de la vida el sacrificio divino del Calvario, se encuentra muy natural sacrificarse; el que diariamente besa la cruz de Cristo, fácilmente abraza su propia cruz; el que contempla a su Dios inmolándose por nosotros, siente la necesidad de inmolarse por los demás; porque el siervo no puede ser de mejor condición que su Señor, y, si Él se sacrificó por los que amaba, cuando a una persona se ama de veras, hay que inmolarse por ella.

La rumia habitual del Evangelio connaturaliza con el sacrificio por amor y hace sentir la necesidad de ahogar el egoísmo bajo los imperativos de la caridad.

Hay altos hornos en que para obtener temperaturas elevadísimas, difíciles con combustión vegetal y mineral, se utiliza en gran escala la fuerza eléctrica.

Desengáñate: si quieres obtener un amor abrasador, capaz de realizar una fusión total de corazones, lo mejor que puedes hacer es aplicarles la corriente de alto voltaje sobrenatural que procede del Corazón de Cristo y que se comunica por la oración y los sacramentos.

“He venido a traer fuego al mundo, y ¿Qué quiero sino que arda?” —decía Jesús—. Y San Juan, describiéndonos la categoría de este fuego amoroso, decía que el Salvador había amado a los suyos *in finem*, “hasta el exceso, hasta lo más”. Prohászka lo traduce en el lenguaje humano vulgar: “hasta la locura”

¿No había dicho Él mismo que la mayor prueba de amor posible es dar la vida por las personas amadas? Pues esta prueba la dió Él con toda clase de agravantes.

La Esposa de los Cantares decía que el amor es fuerte como la muerte; pero Jesús nos demostró que su amor es mucho más fuerte que la muerte.

Pues bien; con ese amor tan ardiente quiere Jesús abrazar el mundo, y quiere incendiar de manera especial a los que se casan, los cuales han de realizarlo, según San Pablo, a base de un amor semejante al de Cristo para con la Iglesia.

Los novios, si quieren proceder con sensatez, deben quemar su amor —si la frase vale— en el fuego amoroso de Cristo, y para ello diariamente han de rendir sus almas ante el Tabernáculo, en súplica humilde de amor sólido y perseverante.

Deben unirse a aquella oración de Jesús en la Última Cena, repetida incesantemente desde el Sagrario: “Te ruego que sean una misma cosa, y

como Tú, ¡oh Padre!, estás en Mí y Yo en Ti, con identidad de naturaleza, ellos por amor sean una misma cosa en nosotros”.

¡Qué bonita oración! Únete, novia, a ella; pero no te unas tú sola; acostumbra a tu novio a rezar contigo por vuestro mutuo amor. Están en lo cierto las chicas que diariamente visitan con su novio el Santísimo o con él rezan el Rosario.

¡Cómo se robustece el amor en presencia de ese otro Amor divino, constante e inalterable en sus veinte siglos de Eucaristía!

Se fortalece y se purifica. El chico que ante su Dios se arrodilla junto a su novia para pedirle la bendición de su amor, tiene que ser muy ruin si, mostrándose ella dignamente, no le respeta como debe.

Reciente todavía la impresión de su aleteo angelical en la plegaria, no es posible pretender convertirla en cómplice de una pasión carnal.

En cambio, cuando se prescinde de Jesús, cuando Él no está en medio de los dos corazones, ¡qué fácil es que el amor se envilezca y quede convertido en un impulso del instinto animal!

La carne se rebela, impone sus apetitos desordenados y reduce al espíritu a una vergonzosa esclavitud.

Ante la dificultad de mantener viva la llama del amor y ante la inconsistencia de las ilusiones como combustible, se apela a la satisfacción de los gustos y caprichos de la vida de los sentidos.

Los desahogos sentimentales, las efusiones pasionales, las licencias sensuales, los desbordamientos carnales, van poco a poco adueñándose del terreno, y el amor se apaga para dar lugar al egoísmo. Ya no se busca el bien del amado, se busca tan sólo satisfacer a la propia pasión.

Entonces es cuando se opina como Leonardo en Malvaloca, de los Quintero: “El amor es pasión egoísta”.

Pero tú, muchacha cristiana y buena, no opinas así; tú te revuelves contra esta afirmación y repites la réplica dada a Leonardo por la hermana Piedad: “Cuando es grande el amor, es pasión generosa”.

Tu amor, muchacha, es de los grandes: es generoso, es verdadero amor. Para que los vapores de la carnalidad no lo ahoguen, cobijale bajo la cruz de Cristo; ella lo guardará al socaire de la austeridad cristiana.

Lee lo que Julián Ayuso, mártir de la A. C. de Asturias, escribía a su novia:

“Para encontrar un cimiento sólido a mi cariño, no tengo más remedio que buscarlo en el Sacratísimo Corazón de Jesús Allí es donde espero que tú también me quieras y así no tendremos nada que temer. Nuestro cariño será lo suficientemente puro para pasar sobre los más repugnantes



lodazales sin contaminarse lo más mínimo y será lo suficientemente fuerte para desafiar a todo el odio del mundo.

"En fin, rapaciña, pidámosle mucho a Dios, encomendémosle con absoluta confianza al Corazón de Jesús y pongámosle de intermediario a nuestro Santín, el bendito San José, que ha de ser patrono de nuestras relaciones y de nuestro matrimonio..."<sup>5</sup>.

Si, cuando en estrecho abrazo se unen el amor a Dios y el amor a la persona querida, qué fuerte se hace éste! ¡Cómo se agranda! Adquiere los caracteres de lo sublime, esponja el corazón, llena satisfactoriamente el pecho y le arranca el canto jubiloso del *zortzico*, grito triunfal de un amor santo que a todos los comprende:

*"Alienta, pecho mío;  
en ti tiene un altar,  
con ella y con mi madre,  
el Cristo del lugar".*

## EL SACRAMENTO DE LOS NOVIOS

Te he visto muchas veces acercarte al comulgatorio en actitud recogida, y luego, ajena a cuanto te rodeaba, replegarte en tu interior en conversación íntima con tu Dios, real y verdaderamente presente en ti.

Te he visto arrodillada ante el Sagrado con el alma asomándose a tus ojos en grata confianza con Jesús sacramentado.

Te he visto con tu novio llegarte hasta la baranda del presbiterio y arrodillarte allí, como si quisierais acercaros más a la puertecita que oculta a presencia del Señor y llamar a ella en busca de algo para los dos.

Te he visto, y me he explicado la frase que, según Raúl Plus, en *Jesucristo en la familia*, una muchacha escribía a su novio invitándole a comulgar juntos con la mayor frecuencia posible: *La Eucaristía es el sacramento de los prometidos y de los esposos, porque es el sacramento del amor.*

¿Habías reparado en ello? Por lo menos, prácticamente, sí. Tu formación piadosa te había hecho intuir la relación íntima que existe entre la Eucaristía y el Matrimonio.

<sup>5</sup> Ignacio Iparraguirre, S. J.: "Un mártir del apostolado".

Este es el sacramento del amor humano; aquél es el sacramento del amor divino. Esto es el término hacia el cual caminas por la actual etapa de tu vida; la Eucaristía es el sacramento que ahora te dispone para recibir el Matrimonio y después te ayudará a vivirlo en paz y gracia de Dios.

Los dos son sacramentos del amor; no los separes jamás.

Tú no los separas; por eso frecuentas la misa, el comulgatorio y el Sagrario.

El noviazgo es esencialmente amor: sin él no tiene razón de ser; hasta en el lenguaje vulgar a los novios se os llama enamorados.

¿Modelo de tu amor? Ahí tienes el amor de Jesús en la Eucaristía. Es continuación y reproducción del amor en el Evangelio. Este inmediatamente no lo puedes palpar; el sacramental, sí, y con facilidad.

En la Eucaristía, Dios, que por el amor a los hombres se ha hecho como uno de ellos y por ellos ha muerto, parece querer superar a sí mismo —hablamos con lenguaje humano— y, juzgando poco el sacrificio de la Encarnación, el de su vida en constante Inmolación, el de su dolorosa Pasión, busca algo que los perpetúe y los exceda. ¿Qué? En la Encarnación se hizo hombre; en su vida, servidor de los hombres; en su Pasión, el último de los hombres y su Redentor...; en la Eucaristía se ha hecho el pan de los hombres.

¿Piensas lo pequeño que es un pedazo de pan? Pues tu Dios, el inmenso, a quien los cielos y la tierra no pueden contener, se hizo un pedazo de pan.

Hablando con propiedad, no se hizo Él pan, sino que transformó el pan en Sí mismo, pero conservando los accidentes de pan, de manera que ante nuestros sentidos Él aparece como un pedazo de pan.

¿Conoces otro amor como éste? No hay quien lo iguale, ni tampoco Quien se le parezca.

Es el amor sobre todo amor: el Amor de los amores le llamamos en nuestro himno eucarístico.

Así debe ser vuestro amor. Te hablo en plural, porque me refiero al amor de vosotros dos.

Amor que no piensa, egoísta, en beneficios propios, sino en el bien del amado; amor que no se detiene ante el sacrificio; amor sin regateos. El que dice: "Ya es bastante", ama poco; el que dice: "Me he vencido mucho para respetarte; ahora ya basta, condesciende tú", es un mezquino.

El amor de Jesús en la Eucaristía nunca dice basta. Todos los días se inmola. Con el sol camina la misa sucediéndose hora tras hora a través de la tierra.

El amor de los novios debe aspirar a ser como la misa: un perpetuo sacrificio que se suceda sin interrupción.

"Ayer me sacrificué yo; hoy sacrificate tú". No es éste lenguaje correcto en quien imita el divino amor. Hoy como ayer, y mañana como hoy, y siempre como mañana; y así mientras dure la vida sobre la tierra. Esta es la lección de la misa.

¡Y cómo se robustece el amor humano, cuando los corazones por él enlazados se estremecen en profunda adoración ante la Hostia blanca que se eleva en las manos del sacerdote!

Hinojado en tierra, reverente, Sumiso el amor humano; levantándose sobre él, recibiendo su homenaje, el amor divino.

Para que la Hostia sea Dios Amor, ha sido preciso que muchos granos de trigo hayan sido triturados en el molino y hayan perdido su propia sustancia, convirtiéndose en Dios. Para que el amor de los prometidos sea una hostia acepta a Dios, es necesario que esté hecho con multitud de vencimientos propios y que pierda su propio yo para convertirse en amor cristiano.

La Hostia santa es blanca y se eleva por encima de los hombres; el amor humano ha de ser blanco y ha de elevarse por encima de las ruindades humanas.

¡Maldito el que con mano pecadora profana la Hostia eucarística!

Maldito el que con mano pecadora profana la hostia matrimonial

En el altar nupcial, en la misa de esponsales, se encontrarán las dos en recepción oficial: la Hostia eucarística continuará, como siempre, blanca, porque es pura, santa e inmaculada. ¿La hostia matrimonial será también blanca? ¿Será pura? ¿Será santa? ¿Será en proporción inmaculada?

Lo será; para eso acudís los dos a la misa, y ante la Hostia del Amor divino prometéis y, a la par, suplicáis la conservación de la blancura de la hostia de vuestro amor humano. La Eucaristía no sólo es sacrificio; es también entrega.

El amor se da en celestial banquete. No se limita a inmolarse; Quiere nutrirnos. Se nos da con la entrega más absoluta, la del alimento que introducimos en nuestro interior y asimilamos, transformándolo en nuestra propia vida.

"Lo que el manjar corporal hace al cuerpo, eso hace al alma que le recibe dignamente la sagrada Eucaristía", nos dice el Concilio de Trento.

Aquí otra coincidencia: la Eucaristía es el sacramento de la vida. Coincide, pues, con el Matrimonio hacia el cual caminas. Los dos son sacramentos transmisores de vida: por la Eucaristía se multiplica la vida divina; por el Matrimonio se multiplica la vida humana.

¿Tan sólo se multiplica por el Matrimonio la vida humana? ¡Qué disparate! Se multiplican las dos vidas: la divina y la humana.

Ya lo hemos dicho: el fin del matrimonio no es criar hijos, sino *criar hijos para el cielo*. "Por él, los padres, además de cooperadores de la creación, lo son también de la santificación. Luego transmiten vida divina.

Por eso se ha dicho muy bien que la Eucaristía multiplica el Cuerpo de Cristo sobre la tierra, y el Matrimonio multiplica los miembros del cuerpo místico de Cristo sobre la tierra.

Pero en la comunión hay otro punto de enlace entre los dos sacramentos. Ambos son sacramentos de unión.

Respecto al Matrimonio, Dios ha dicho: "Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a una mujer, y serán dos en uno solo".

Respecto a la Eucaristía, ha dicho Dios: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mi mora y Yo en él. Así como mi Padre vive y Yo por el Padre, así, quien me come, vivirá por Mi".

¿Quieres que tu corazón sea uno solo con el de tu novio? ¿Qué permanezcan siempre unidos sin que nada los separe? Comulgad los dos. En Cristo los encontraréis unidos. Mientras Él permanezca en vosotros y vosotros en Él, tenéis la seguridad de hallaros afectivamente juntos. La comunión es un nudo sagrado con que los novios cristianos saben atar su amor.

¿Y la presencia sacramental en el Sagrario?

¿Pero acaso concebimos el amor sin presencia? Cuando se impone la ausencia, el teléfono o el correo procuran suplir la falta, y proporcionan al enamorado algo que supla a la persona querida.

Dios, infinito en su omnipotencia, para satisfacer las exigencias de su amor, ha inventado su maravillosa presencia en el Sagrario, donde constantemente cita a las almas. Allí espera, recibe, habla, aunque con lenguaje sin palabras..., y cuantos acuden a las citas amorosas, de allí salen más espiritualizados, más ennoblecidos, más elevados.

¿Cómo se desarrollan las citas de vuestro noviazgo? ¿De vuestras entrevistas sale él más espiritualizado? Cuando por las noches, después

de haberos divertido juntos, os despedís, ¿se retira él más ennoblecido y elevado o, por el contrario, con el alma más carnal y ruin?

¿Qué pensamientos suscita él en ti y tú en él?

No dudo que el enemigo, sirviéndose de la viveza de vuestra imaginación, tratará de sacar partido de vuestras relaciones, sugiriéndoos en no pocas ocasiones pensamientos torpes y deseos innobles que es preciso no consentir. Por lo mismo, vosotros debéis evitar cuanto sea excitante de la sensualidad y pueda servir de punto de apoyo a tales imaginaciones o apetencias.

Vuestro trato ha de desarrollarse en un plan de delicadeza y de altura de miras que os permita elevaros por encima de tales miserias sin mancharos con ellas. En este camino ascensional habéis de ser mutuamente apoyo el uno para el otro.

Nadie rectamente dispuesto se acerca a la Eucaristía sin contagiarse de Dios. Tu trato ha de contagiar de Dios a tu novio.

Si frecuentas la Eucaristía, si la vives, arderás de amor a Dios, y quien continuamente está contigo sentirá las irradiaciones de tu fuego interior y crecerá en el amor de Dios.

## MARIA Y LA NOVIA

¿No se te ha ocurrido nunca pensar por qué María se prometió, primero, y contrajo matrimonio, después, con San José, si estimaba tanto la virginidad y Virgen se había de conservar siempre?

Entre otras muchas razones hay una, para ti muy halagüeña, fruto legítimo de la paternal providencia de Dios:

Era necesario que las novias y las casadas tuvieseis en Ella un ejemplo práctico a imitar.

Muchacha, dobla tu rodilla y da gracias a Dios. No te ha olvidado; no te ha dejado en situación de inferioridad respecto a la religiosa, a pesar de ser ella objeto de especiales predilecciones divinas. Te ha dado el mismo modelo que a Ella.

¿Una santa? ¿Un ángel? ¿La suprema de todas las jerarquías angélicas?

Vuela más alto, mucho más alto, más arriba, muchísimo más. Llegate al trono de la Divinidad; junto a él esta tu modelo: María, la Madre de Dios, la Virgen intacta, fué casada y antes fué novia.

Se casó con San José, y primeramente, siguiendo las costumbres judías, estuvo desposada con él, es decir, fué su prometida.

¿Te das cuenta de lo que esto supone? ¡María novia! Tu modelo.

Un amor puro, resplandeciente, de blancura incontaminada, enlazó por disposición divina los dos corazones.

Lee en el Evangelio aquella escena delicadísima de las ansiedades del santo Patriarca ante el misterio de la Encarnación, realizado en su casta esposa, y te quedarás asombrada.

Pureza, y pureza virginal; eso media entre los dos. Amor, amor puro, amor virgen, amor sin sombra de carnalidad.

Ahí tienes el modelo a imitar. Para que tú pudieras poner en él tus ojos y copiarle, lo colocó Dios en el camino de la vida humana.

Cuantas novias avancéis por él, deberéis pararas ante ese modelo y copiarlo en vuestra conducta.

Examínalo. ¿Qué ves en él?

El Evangelio te la presenta en su humilde casa de Nazaret. Está ya prometida a San José; dentro de unos meses será la boda; Dios, que la ha escogido para Madre suya, salvará con un milagro su virginidad para que pueda ser Madre y Virgen. San José será su marido, pero respetará su virginidad.

Un ángel se le aparece para anunciarle en el nombre de Dios la Encarnación y pedirle su consentimiento para su realización.

María escucha de sus labios el piropro más bonito que ha estremecido corazón femenino:

"Dios te salve, la llena de gracia; el Señor contigo; bendita tú entre todas las mujeres".

Muchacha, reflexiona. Es un galanteo que se le hace en nombre de Dios, que hasta en esto se acomoda a nuestra condición humana.

La frase, como divina, debe ser reflejo fiel de la realidad; y nos encontramos con que María, la novia modelo, es llena de gracia, el Señor está con Ella, y sobresale, por su virtud, entre todas las mujeres.

Siendo tu modelo, tú debes copiar esas tres cualidades tuyas e imitarlas.

También tú debes ser *llena de gracia*. No me refiero a la gracia corporal y terrena de la que os preocupáis a veces demasiado las novias, sino de la gracia sobrenatural.

Las novias debéis ser santas. No te asombres al leer esto.

Te admiras porque, a pesar de ser piadosa, pesan sobre ti algunos de los prejuicios del siglo pasado aludidos en un capítulo anterior.

La novia, ¿no es la futura madre? ¿No es el ideal santo de la maternidad el que le guía? ¿No hemos dicho que la madre es la colaboradora de Dios en la creación y en la santificación? ¿Es posible desarrollar dignamente esta colaboración sin la santidad?

No creas que te hablo de la santidad del canonizado estoy hablando de la unión íntima con Dios por medio de la gracia.

Ahora, eso sí, a mi tē me parece suficiente para una madre una vida sobrenatural lánguida.

Cuando María iba a ser Madre, el ángel la llamó como con nombre propio "la llena de gracia".

Toda madre debe ser llena de gracia, es decir, tener una vida sobrenatural intensa. ¿Y será posible que la madre adquiera de repente esta plétora de gracia, si de novia no se ha entrenado en ella?

Dios puede hacer milagros; el sacramento del Matrimonio comunica al alma multitud de gracias...

Es cierto, pero no lo es menos que Dios ordinariamente acomoda la actuación sobrenatural a la natural, y que las gracias sacramentales dependen de la cooperación que les presta el alma, y son tanto más abundantes cuanto mejores son las disposiciones.

Si la novia languidece en la tibieza, difícilmente su alma estará bien dispuesta para una plenitud de gracias.

Tienen un concepto muy bajo de la maternidad las que no se dan cuenta de que la madre tiene que ser santa.

Con qué gusto lo decimos todos los hijos: "Mi madre es muy buena, es una santa".

"Mi santa madre...", se recoge con frecuencia de los labios de un descreído o de un inmoral. El no se preocupa de ser bueno; pero le parece natural que su madre sea santa.

Y, efectivamente, es lo natural. La madre está destinada a colaborar con Dios en la santificación de la familia. No puede limitarse a santificarse ella sola, como puede hacerlo en justicia —no en caridad— la no casada; ella tiene obligación de santificarse a sí misma, a su marido y a sus hijos.

Más aún: tiene igual obligación de santificar a su marido y a sus hijos como a sí misma.

Por eso no le basta una gracia cualquiera, sino que necesita estar llena de gracia para, sin variarse ella, rebosar sobre los suyos y santificarlos.

¿No aparece ahora bien patente lo equivocados que están quiénes juzgan que la novia no tiene que preocuparse de la piedad o que puede pasar con una piedad cualquiera, superficial y tibia?

Precisamente ella, porque el día de mañana será madre, tiene que acudir a las prácticas piadosas en busca de esas gracias sobrenaturales de las que ha de irse llenando para poder comunicar a los suyos.

No le basta una gracia propia de una soltera; necesita una gracia sobreaundante con la que comience a influir santamente en su novio, como preludio de la influencia que, a partir del matrimonio, ejercerá en su marido y, más tarde, en los hijos.

En *El evangelio de la madre he definido a ésta diciendo que es un acumulador de amor divino*.

El acumulador eléctrico se carga previamente de la energía que ha de comunicar a los demás. Y si se encienden las bombillas o se mueven los motores, es porque el acumulador está cargado de electricidad.

Si tú has de comunicar santidad, tienes que llenarte primeramente de ella, y así encenderás las inteligencias de tus familiares con la luz de Cristo y moverás sus corazones con la fuerza del amor divino.

Pero ten mucho cuidado de no perder la carga sobrenatural de que debes estar llena; no te suceda lo de los acumuladores eléctricos, que, a medida que comunican la energía a otros, ellos se descargan. Para que así no sea, no puedes perder el contacto con la máquina productora de energía. Esa máquina es el Corazón sagrado de Jesús, con quien debes permanecer siempre en contacto.

Por eso, otra de las cualidades que la novia ha de imitar en María es que se le pueda decir siempre: *El Señor, contigo*.

En tus pensamientos ha de estar el Señor constantemente.

Su presencia es antídoto para los pensamientos desordenados.

Si su recuerdo te acompaña a todas partes, y en cualquier sitio te sientes bajo su mirada divina, no te atreverás a pecar, ni flaquearás ante posibles cegueras pasionales de tu novio.

Si a los ojos de éste apareces como quien lleva consigo al Señor, entonces te podrá decir, en cierto sentido limitado, lo que, sin límite

alguno, se dijo a la Madre de Dios: *Bendita eres tú entre todas las mujeres.*

Para él serás la mujer más grande de cuantas conoce, el ideal soñado, la encargada de hacerle feliz.

## TU MADRE TE GUARDARÁ

Jamás darás suficientemente gracias a Dios por el beneficio inmenso de darte a su Madre por modelo en tu noviazgo; repara, sin embargo, que tienes otro motivo poderoso de agradecimiento, porque te la ha dado como protectora.

Cuando lees la historia delicada y bella de la boda de Tobías, el joven, con Sara, piensas qué bien te hubiera venido a ti un San Rafael que, como a aquéllos, te aconsejase y protegiese.

A ti Dios te ha dado a su Madre. No necesito demostrártelo. Desde niña, aleccionada por la mujer buena que te dió el ser, le has llamado siempre Madre, y como a tal has acudido a buscar amparo y defensa en cuantos peligros te has visto en la vida.

Eres piadosa; en tu memoria está grabada con caracteres indelebles la frase sagrada de tu Dios, transmitida por el Evangelio: "Ahí tienes a tu Madre".

Es tu Madre, y lo es especialmente en tu noviazgo.

¿No has observado cómo las madres terrenas lo son mucho más cuando sus hijos corren graves peligros, y, sobre todo, si a esos peligros están sometidos por cumplir con su deber?

Un gravísimo y constante peligro es el noviazgo, como lo veremos en otros capítulos de este libro; a él te sometetes por cumplir con el deber de prepararte para el matrimonio. Necesitas proceder con mucha prudencia; es fácil dar un traspies y caerte; corres el riesgo de que las pasiones, viles salteadores del espíritu te salgan al camino, te acometan y te despojen del tesoro rico de la pureza.

¿Te podrá abandonar tu Madre? No: en ese peligro. Ella será más Madre que nunca. Te acompañará, te cubrirá con su mano, te defenderá con tesón.

Una de las más bellas comedias de Tirso de Molina, *La prudencia en la mujer*, nos presenta a la reina Doña María de Molina, viuda, defendiendo

con Coraje a su hijo, Fernando IV, a quien los Infantes y nobles quieren arrebatar el trono.

En una de las escenas aparece la puerta de la habitación del rey niño, que está enfermo; sobre la puerta, como Protegiéndola, hay un retrato de la reina madre, Doña María.

Los traidores han ganado al médico, un judío, para que con una medicina le envenene. El malvado se dispone a hacerlo, y, con un vaso que contiene la ponzoña, va a penetrar en la habitación real. En el momento mismo en que intenta abrir la puerta, cae de su sitio el retrato y cubre la entrada.

Ahí tienes una imagen de lo que contigo sucede.

Tu inocencia y tu virtud son como un niño candoroso, que enemigos traidores quieren destronar de tu corazón, para que luego no puedan reinar en tu futuro hogar.

María, tu Madre, lo defiende con tesón.

¡Qué insidiosas son las pasiones! ¡Cómo intrigan y tienden lazos! Llegan en su maldad a deslizar la ponzoña en el vaso del amor para que, al intentar beberlo, envenene tu alma y muera tu inocencia. Y cuando va a realizarse, María se interpone.

No la retires. No obres con tanta ceguera que quieras apartarla cuando con un acontecimiento, un reparo, un remordimiento de conciencia, un imprevisto, se interpone entre tu inocencia y la ponzoña sensual.

Al contrario, cuando surja la tentación, cuando el cielo de tu alma se nuble y palabras dulces, pero insidiosas, deslicen vientos de tormenta en tu alma, cuando una imprudencia, una condescendencia insensata desencadene la tempestad, haz un esfuerzo, acógelo a tu Madre, cúbrete con su manto y serás salva.

En la Edad Media, si un perseguido, aun siéndolo por la Justicia, quería librarse de sus seguidores, se acogía al seguro de un noble, colocándose debajo de su capa. Desde aquel momento se le consideraba como algo unido al aristócrata, y debía ser dejado en libertad.

Colócate bajo el manto de María: colócate con tu novio; colócate cubriendo bien con él tu amor.

Ya sois los dos algo propio de María; los enemigos no os podrán dañar. Bramarán a vuestro lado, acecharán el momento en que, descuidados, os salgáis de debajo del manto protector; tratarán de seduciros para que abandonéis su seguro maternal... No los atendáis; asíos más fuertemente al manto de la Virgen.

Muchacha, cuando te arreglas para salir con tu novio, no te olvides del arreglo de tu alma, encomendándote a María.

Cuando temes, porque le conoces, que te va a proponer ir a donde no debes, donde está el resbaladero, donde es fácil el "patinazo", prepárate para no ceder, rezando tres Avemarías.

Cuando, en el arrullo del amor, la pasión serpentina se filtra solapadamente y adviertes, aunque en confuso, su presencia, levanta tu espíritu a lo alto y llama a María.

Cuando tu alma tiembla, la voluntad flaquea y te parece imposible no ceder; un esfuerzo; pide socorro a María.

Cuando quieras elevar el tono de tu amor, visita con tu novio el santuario de María; acostúmbrale a rezar contigo el Rosario.

¡Qué estupenda práctica ésta, adoptada por no pocas novias! Al atardecer, los dos juntos se postran ante el altar de su Madre, la de los dos.

En la tierra cada uno tiene la suya; en el Cielo tienen los dos la misma. Un mismo corazón maternal late por los dos, unos mismos ojos les envuelven en sus miradas cariñosas.

¡Y qué lenguaje tan bonito hablan esos ojos maternales a los novios arrodillados a sus pies! Lenguaje de pureza, de ilusión blanca, de ideal supraterrano.

Ojos que ven esos ojos, nunca pueden olvidarlos: siempre sienten la necesidad de ser puros para agradecerlos a ellos.

El doctor José Mejer ha publicado, halo el título *María en la vida de los Jóvenes*, un interesante libro formado con trozos de cartas de muchachos.

Resulta una magnífica colección de testimonios muy abundantes de chicos que encontraron en la Virgen la salvación de su pureza.

Los unos han conservado la virginidad perpetua, los otros se han mantenido incontaminados hasta el matrimonio; otros, caídos, se han levantado, y levantados permanecen.

Algunos han sido fuertemente zarandeados por las pasiones: la sensualidad les ha perseguido con saña, taras heredadas han querido esclavizarles; pero han acudido a María, y en Ella han encontrado luz, protección, fuerzas y el triunfo definitivo.

Lee estas dos citas espigadas al azar:

"Puedo considerar como favor, el más señalado de María, el haberme preservado de pecado mortal, a pesar de los duros combates que diariamente hube de sostener".

"He luchado y combatido. Pero zozobraba nuevamente. Estaba completamente aturdido... En medio de este estado caótico, iba hojeando las conferencias de los ejercicios, y tropecé con la última, la referente a María.. La leí..., luego me arrodillé y supliqué a María que me ayudase. Desde entonces me he salvado de los peligros y me he vuelto más fuerte. No estoy seguro todavía. Pero si por la mañana prometo fidelidad ante la imagen, siempre logro pasar el día sin pecar".

Lo que otros han podido, puedes tú y puede tu novio. Si multitud de muchachos de tu época se han conservado puros por la devoción María, por el mismo medio lo conseguiréis también vosotros.

No olvides que si pones los medios y te encomiendas a María, tu Madre te guardará.

## DOMINA TU GENIO

El día de hoy eres una chica soltera; más o menos libre en tu vida hogareña, profesional y social: mañana, acaso en un mañana muy próximo, serás una señora casada. Unida íntima e indisolublemente con el hombre amado, habrás de vivir con él en la más grata armonía.

Para eso tienes que prepararte. No creas que es fácil; antes al contrario, es muy difícil.

No te puedes dar cuenta de la cantidad tan enorme de matrimonios desgraciados como pueblan el mundo moderno.

Nosotros, los sacerdotes somos los encargados de recibir las confidencias de todas las gentes, de ver las llagas morales y aplicarles las medicinas del Evangelio.

En el ejercicio de este ministerio, todos los días recibimos nuevas sorpresas. ¿También éstos? ¿Esos, que parecían tan felices, tampoco se entienden? ¿Entre esos esposos, por otra parte, tan buenos, hay roces que se irritan y enconan?

Los ves en la calle sonrientes y amables, y entre los dos hay una espina que les mortifica con constantes punzadas.

Esa es la realidad.

Y ahora yo te pregunto: ¿Por qué hay tantos matrimonios desgraciados y tantos otros que, sin llegar precisamente al nivel de la desgracia, no son felices?

Porque abundan mucho las mujeres casadas que no saben callar, ceder y sonreír.

—Ustedes echan siempre la culpa a las mujeres— dices.

No te irrites sin motivo, y escúchame.

De mis muchas intervenciones en desavenencias conyugales, he sacado esta conclusión: el noventa y nueve por ciento de los disgustos familiares, aun de aquellos en los cuales el hombre ha cometido una grave falta, la culpable es la mujer. Y cuando llega el momento de intentar el arreglo, la que más dificultades ofrece, por lo común, es la mujer.

En el hombre he encontrado, en general, menos amor propio y más facilidad para olvidar todo lo pasado e iniciar una vida normal. Ella, en cambio, se ha mostrado dura, inflexible, intransigente.

—¿Por qué he de ceder yo siempre? Que ceda primero él... No tengo por qué callarme después de lo que me ha hecho... No puedo sonreír tras de lo pasado... Puesto que usted se empeño, transigiré; pero primero le tengo que leer la cartilla..., y que no me exija amabilidades. ¡Creerá que puedo olvidar lo que me dijo!...

Por esto camino es imposible la felicidad conyugal. No es esto el papel que corresponde a la mujer.

—A nosotras nos toca siempre lo peor, ¿verdad?

A vosotras os toca triunfar por el camino que Dios os ha señalado para el éxito. Y convéncete: el camino del éxito no lo encuentra la mujer en el genio intemperante, en el gesto duro, en la actividad agresiva...

Dios ha dado al hombre la fuerza de los puños, y en compensación, ha entregado a la mujer la fuerza de la sonrisa; y cuando la mujer se empeña en abandonar las armas que le corresponden y utilizar las del varón, le pasa lo que a David cuando fué a luchar con el gigante Goliat y le vistieron con una armadura militar que no le dejaba moverse, un casco que le pesaba enormemente y una espada que sólo le servía para tropezar.

Al instante se convenció de que con tal impedimento no podía vencer, y optó por vestirse con su propio traje pastoril y utilizar las armas propias de los pastores. Así derribé al gigante.

Desengáñate. Al hombre no le vence la mujer con procedimientos masculinos, sino con las armas de la feminidad, que son la feminidad y la dulzura.

Quando el hombre ve que la mujer se lo pone enfrente y a sus palabras gruesas contesta con otras más fuertes, y a sus gritos responde gritando más, se enfurece y no cede.

El hombre, si es hombre, jamás consiente que le pise su propia mujer.

Y no creo te ilusione casarte con un afeminado; supongo que presumes de que tu novio es muy hombre.

Pues ya lo sabes: cuando estés casada, jamás te enfrentarás con él, ni opondrás a su genio tu genio y a su intransigencia la tuya. Cuando se enfade, callarás; cuando grite, bajarás la cabeza sin replicar; cuando exija, cederás, a no ser que tu conciencia cristiana te lo impida. En este caso, no cederás, pero tampoco te opondrás directamente; esquivarás el golpe, te harás a un lado, y dejarás que pase el tiempo.

A sus modales ásperos responderás con tu delicadeza, y a su cara hosca con tu sonrisa.

¿Te has dado cuenta de la fuerza que tiene la sonrisa de una mujer?

Un ejemplo te servirá para comprender tu posición frente a las intemperancias masculinas.

Si arrojas con gran energía un cuerpo duro contra otro igualmente duro, tiene lugar un choque violento, rebota el objeto lanzado y se produce una melladura, a veces, en los dos cuerpos entre los que se ha verificado el choque; por lo menos en el más frágil, que es el que lleva siempre la peor parte.

En cambio, si lanzas con la misma energía el cuerpo duro contra otro muy blando, por ejemplo, un montón de arena o una superficie acolchada, el choque será poco fuerte, no habrá rebote, ni tampoco melladura.

¿Verdad que ahora comprendes tu situación?

Si cuando el marido arroja con furia su genio fuerte contra su mujer, ésta le recibe dura e inflexible, se produce un cheque violento, el carácter del hombre rebota sobre el de la mujer en altercado furioso y se produce una herida moral, unas veces en los dos, otras en ella sola, y siempre ella, como más frágil, es la que lleva la peor parte.

Pero, si cuando el marido desata su genio fuerte, tropieza con la blandura de la amabilidad, de la dulce transigencia, del silencio de ella, allí se para el golpe, todo termina, como la piedra dura en el montón de arena, sepultando la intemperancia del genio en la dulzura femenina.

Es la arena blanda la que domina a la piedra en olla enterrada; os la debilidad de la mujer la que domina la fiereza del varón, hundida entre sus delicadezas.

¿No merece la pena que la muchacha aprenda este camino que la ha de conducir al éxito y le ha de evitar constantes desequilibrios en su futuro hogar?

La inmensa mayoría de los disgustos conyugales son por tonterías, pequeñeces insignificantes, que no conducen a nada.

Lope de Rueda tiene una breve comedia de las llamadas *pasos*, titulada *Las aceitunas*.

Toribio, para complacer a su mujer, ha plantado un olivo. Ella, Agueda de Turégano, echa a volar su fantasía, y seña con que, dentro de seis o siete años, se podrán recolectar cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y de allí a veinticinco o treinta años tendrán un olivar hecho y derecho. Su hija, Mencigüela, llevará las aceitunas al mercado, y las venderá a dos reales castellanos el celemin.

—¿Cómo a dos reales castellanos? —le dice Toribio—. ¿No veis que es cargo de conciencia?... Basta pedir a catorce o quince dineros el celemin.

Ella replica agresiva defendiendo su punto de vista; él se mantiene en el suyo. La discusión se acalora. La hija recibe de su madre un par de golpes por decir que obedecerá a su padre.

Un vecino interviene para restablecer la paz. Los ánimos están tan acalorados, que no se encalman.

Ahora la discusión deriva por otro lado. Según la mujer, las aceitunas son grandes como nueces; según el marido, son pequeñas como piñones.

Por fin, el vecino, tras grandes esfuerzos, consigue hacerse oír, y averigua el estado de la cuestión se están discutiendo unas aceitunas que no existen, ni se sabe si llegarán a existir, pues acaba de plantarse el olivo.

Así son la mayor parte de las discusiones matrimoniales, pequeñeces insignificantes que el amor propio agranda y avinagra.

Lo que con un breve silencio hubiese pasado completamente inadvertido para los mismos protagonistas, acaba en una tormenta desatada que arruina la armonía hogareña.

“Evitad contiendas de palabras, porque de nada sirven sino para pervertir a aquellos con quienes se tienen”—escribía San Pablo a su discípulo Timoteo, y a Tito le repetía—: “No seáis pendencieros, sino trataos con la mayor dulzura posible”.

Atiéndeme, muchacha. ¿Eres novia? Pues antes de casarte vence el genio. El carácter violento incapacita a una chica para el matrimonio. La que no sabe frenar su amor propio y pisarlo, si es preciso, lleva muchas probabilidades de ser desgraciada en su casamiento.

¿No hemos dicho muchas veces que el matrimonio consiste en la fusión de dos corazones?

Luego es preciso quitar de antemano cuanto pueda impedir que esos dos corazones se acerquen, se unan y fundan.

Un impedimento grave para este acercamiento y enlace son el genio intemperante y las particularidades del carácter de cada uno.

Es necesario, por tanto, que tú, antes de casarte, remuevas este impedimento venciendo las intemperancias de tu geniecillo y quitando las particularidades de tu carácter.

Más aún: como no está en tu mano quitar este mismo impedimento por parte de él, si has de fundir tu corazón con el suyo y has de mantener esta fusión, es imprescindible que pases por encima del genio y de las rarezas de él, soportándolas.

Soportar. Esa es la fórmula. Por eso ha habido quien ha definido el amor, diciendo: *Amar es soportar*.

Soportar las intemperancias, las genialidades, las particularidades, las rarezas de él.

Soportándolas cumplirás con tu deber, y tu vida será mucho más feliz.

Cuando dos superficies con agudas aristas se rozan, se hieren; pero si una de las dos, a fuerza de lima, se convierte en cilíndrica, el roce es suave como el de una caricia.

Maneja la lima del vencimiento propio, vete reduciendo las aristas de tu carácter.

No es operación de un momento; es labor muy larga; se necesita, a veces, años de constante vigilancia sobre sí misma y en continua intransigencia con el amor propio.

El carácter violento no se frena de una vez; hay que sostener lucha fiera con él. Al menor descuido levanta la cabeza, y hay que sujetarle; vuelve a desatarse, se le vuelve a encadenar, una y otra y mil veces, hasta que se acostumbre a reconocer el dominio de la mansedumbre.

Cuando a este punto se llega, es cuando una muchacha esta capacitada para casarse, con probabilidades de éxito por esta parte.

Muchacha, ya lo sabes: uno de los entrenamientos a que has de someterte durante el noviazgo es el dominio de tu genio, la conquista de la mansedumbre. Entrenamiento difícil y largo, sobre todo si en la educación infantil y de la primera juventud se ha abandonado, defecto muy corriente en nuestros tiempos.

Este entrenamiento en general no podrás practicarlo con tu novio, con quien si bien puedes y debes ceder en algunos puntos, en otros muchos te



has de mantener con la Intransigencia de la virtud. Tu campo de aprendizaje es tu hogar; ya te lo dije en otro libro, y no lo he de repetir aquí.

Permíteme únicamente que te recuerde que cuanto más soportes en tu casa a tus familiares y más sonrisas y amabilidades derrames sobre ellos, más garantías de felicidad adquieres para la dicha de aquella otra familia que, a base de tu amor, se ha de fundar.

## “LA ESPOSA DEL ALARIFE”

Mi se titula una bonita leyenda toledana relacionada con uno de los puentes de la ciudad imperial<sup>6</sup>.

Allá, en la lejanía del siglo XIV, cuando la catedral primada iba levantando hacia el cielo sus piedras de maravilla, el arzobispo, don Pedro Tenorio, encargó a su arquitecto favorito. Alvar Gómez, la construcción de un puente sobre el Tajo.

Alvar Gómez, que en aquellos momentos se hallaba enfrascada en levantar la fábrica de los claustros catedralicios, puso manos a la obra con todo su entusiasmo y competencia.

EL puente estaba ya casi terminado, cuando un día el alarife se dió cuenta de que se había equivocado en los cálculos, y, una voz desmontada la cimbra, el arco central, excesivamente apuntado, fallaría, y con él se hundiría su prestigio como arquitecto.

El alarife, después de comprobar Varias veces su error, se entregó a la desesperación, furioso contra sí mismo.

Su mujer, Agueda, trataba en vano de consolarle. Todo era inútil; Alvar Gómez, cada vez más excitado, se retorció en su desesperación, viéndose ya privado de la protección del arzobispo y encerrado en una cárcel.

La noche ha comenzado a tender sus tinieblas sobre la negra desgracia del alarife. Aprovechando su oscuridad, una mujer se desliza ligera por las estrechas calles, y sale al exterior por la puerta próxima al puente en construcción, en cuyas inmediaciones se oculta.

<sup>6</sup> Recogida por Antonio Delgado en "Leyendas de la ciudad del Tajo".

Es Agueda, la mujer de Alvar Gómez, que va a intentar salvar a su marido.

La campana de San Martín ha dado el toque de queda, la puerta de la ciudad se ha cerrado; Agueda espera impaciente el momento oportuno.

La tormenta que desde el atardecer venia amagando se desata violenta. Los relámpagos iluminan con luces siniestras el puente; los truenos retumban terroríficos en el profundo barranco del río, de declives escarpados y duros; comienza a descargar la lluvia.

La esposa fiel, empapada de agua, se ha arrodillado para implorar la ayuda de la Virgen de la Bastida. Después, serena, sin titubeos, sacando de debajo de su manto una antorcha embreada que traía preparada, la ha encendido, y con ella ha trepado por el andamiaje de la cimbra. Sobre una de sus plataformas ha descubierto arrollada una maroma de grandes proporciones. Ha introducido la antorcha entre la cuerda, y, al comprobar que ardía, se ha retirado precipitadamente, dejando al viento tempestuoso el encargo de hacer lo demás.

Un momento más tarde, la campana de San Martín tocaba a rebato. Las gentes acudían presurosas a la voz ce "¡Fuego!". Era tarde; el armazón de la cimbra, convertido en hoguera, se desplomó sobre el río hundiéndose en sus aguas las piedras mal calculadas. Se había salvado el prestigio del alarife.

El arzobispo, suponiendo, como el pueblo, que el incendio se debía a la tormenta, encargó a Alvar Gómez la construcción de otro puente, que resultó magnífico.

En su inauguración, Agueda contó al prelado la verdad de lo sucedido, y éste, al decir del vulgo, quiso perpetuar aquel ejemplo de abnegación conyugal en la figura femenina esculpida en una de las clavés, en la que la imaginación popular ve representada a la esposa del alarife.

¿Te gusta la leyenda? A pesar del egoísmo de los tiempos actuales, abundan en los hogares cristianos las mujeres abnegadas al estilo de la de Alvar Gómez. Con sus sacrificios ocultos, con sus renunciaciones a multitud de gustos, con sus trabajos y esfuerzos, van tejiendo la felicidad de su marido, y no pocas veces los triunfos y éxitos de éste se deben a la colaboración callada, opaca, perdida en la penumbra, de la esposa buena, que, con tal de verle a él feliz y prestigiado, no tiene inconveniente en sufrir, imponerse trabajos penosos y arrastrar momentos difíciles y peligrosos. Demuestra con ello un amor verdadero y un proceder cristiano.

En contraste como éstas hay otras, cada vez en mayor cantidad, incapaces de sacrificarse por quien dicen amar. Son consecuencia lógica de la educación moderna.

Para el heroísmo de la esposa abnegada, capaz de todo por el bienestar de su marido, y que cifra su mayor felicidad en verle a él satisfecho y contento, no es buen camino el de la condescendencia con los propios caprichos, la persecución de toda clase de gustos y placeres y la huida de cuanto supone trabajo o mortificación.

La chica Bilmada, acostumbrada a no vencerse, a no abstenerse de un paseo, de una diversión, a no renunciar a sus propios proyectos para dar paso a los de los demás, de casada no suele ser fácil a anteponer el interés del marido al propio.

La abnegación es otra de las virtudes imposibles de improvisar; hay que iría forjando poco a poco en un entrenamiento lento y constante.

Se logra a fuerza de decir repetidas veces *no* al propio *yo*, de eclipsarse para que otro luzca, de poner las espaldas como buen Cirineo a las cruces de los seres amados, de abrazarse con lo áspero, con lo arduo, con lo difícil.

La mujer abnegada no tiene inconveniente alguno en repetir la frase de San Juan Bautista, refiriéndose a Jesucristo: "Conviene que yo me amengüe para que "Él crezca". San Juan hablaba así porque, dotado de las luces del Espíritu Santo, amaba al Redentor por encima de sí mismo, y buscaba gustoso el éxito mesiánico a costa del propio.

La mujer verdaderamente enamorada, de corazón grande y generoso, goza y disfruta cuando ve crecer a su marido, mucho más que si ella creciese, y por eso no teme amenguarse, con tal de lograr su encumbramiento.

La madre cristiana no reconoce dificultad ni se detiene ante obstáculo alguno, cuando se trata del bien de sus hijos, de labrarles un porvenir, de educarlos y ponerlos en el camino de la virtud. Su felicidad es la de sus hijos, su alegría verlos triunfar, su orgullo contemplarlos ocupando un buen puesto, aun cuando ella haya de verlo desde un rincón oscurecido o un puesto de trabajo. ¡Y qué satisfacción tan intensa embriaga su alma al comprobar que son virtuosos y escuchar alabanzas de su proceder!

Estas satisfacciones es incapaz de comprender, y, por tanto, de gustar, la muchacha egoísta, siempre pendiente de sí y atenta únicamente a sus conveniencias.

Me da frío oír a algunas chicas decir:

—No quiero sacrificarme.

Tú no querrás sacrificarte; pero la vida te impondrá el sacrificio, y si te revuelves furiosa contra la cruz, queriéndola arrojar de tus hombros, no conseguirás sino aguzar sus aristas, agravar su peso y acrecer sus amarguras.

—Sacrificarse es de tontos— se oye frecuentemente por el mundo.

Convéncete: De tontos es estrellarse contra, lo inevitable. De tontos es pretender convertir en realidad una utopía imposible. De tontos es renunciar a un elemento de subido valor.

Si te casas, vas a emprender una vida de ininterrumpido sacrificio. Piénsalo bien: el matrimonio es un continuo sacrificio. A los padres yo los defino diciendo que son el *sacrificio amoroso constante*.

Casarse, soñando en pasarlo bien, gozar mucho y no sufrir nada, es desconocer en absoluto la vida. Los acontecimientos se encargan de desenmascarar la realidad mostrando las espinas que se ocultan bajo las flores.

Por eso las personas blandengues, acostumbradas a lo fácil, a que todo se lo den hecho, a no luchar, a no renunciar a nada, a no sufrir, cuando se casan y chocan con la realidad, se encuentran desentrenadas, se estrellan a cada paso, y suele ser frecuente que, como solución más en conformidad con su educación inadaptable, se lancen por la calle de en medio: huir, en lo posible, del marido y huir de los hijos, hacia quienes sienten miedo.

¿Quieres el día de mañana ser una esposa fiel y abnegada, como es tu obligación?

Endurécete en la vida; llevarás por delante una ventaja enorme.

Acostúmbrate a lo arduo, a superar lo difícil, a la lima de lo áspero, a la poda de la mortificación de los sentidos, al ejercicio de la negación de los caprichos, al vencimiento del yo.

Acuérdate de la frase de Cristo, que no puede dejar de aparecer en este libro como en los anteriores, porque traza el programa del cristiano: "El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga".

Delicioso es un buen concierto de piano. ¿Sabes cómo se produce tanta belleza? A fuerza de golpes de los mazos de las teclas sobre las cuerdas bien tensas.

Tenso el espíritu por la austeridad cristiana, cuando los sacrificios golpeen en él producirá notas delicadas que, mezcladas con otras iguales de los demás familiares, darán por resultado el más delicioso concierto hogareño. Pero si el espíritu está flojo, el golpe inevitable de la contrariedad resonará desafinado. Y si la nota dominante del concierto — que eso es la madre— está desafinada, ¿es posible la armonía y la belleza musical?

Comienza desde ahora a templar las cuerdas de tu espíritu; no te duela ponerlas tensas. Acepta los sacrificios inevitables de la vida, los

necesarios para la práctica de la virtud, los convenientes para el mayor bienestar del hogar en que creces, los que puedan redundar en ventaja para tus semejantes. (Imponte sacrificios voluntarios). Es imprescindible que llegues bien afinada al matrimonio, y las notas vibrantes y limpias sólo pueden producirlas las almas endurecidas en la abnegación y en la generosidad para darse por Dios a los demás.

En cuanto lo logres, podrá comenzar el concierto.

Las armonías inundarán la casa; sus dulzuras embriagarán las almas queridas, y sobre su melodía una voz celestial cantará la canción evangélica: "El reino de Dios se alcanza a viva fuerza, y sólo los esforzados se apoderarán de él".

## LO QUE GASTA UNA CHICA

Da miedo pensar en el presupuesto de gastos de una de estas chicas *modernas*, más o menos lanzadas, que circulan por nuestras calles.

Mejor dicho, tales chicas viven sin presupuesto alguno, y gastan sin medida, sin pensar en cómo se les va el dinero, sin detenerse siquiera a averiguar si pueden hacerlo.

A impulsos del cine y de la novela, y como consecuencia de una equivocada educación muelle, en la que el sacrificio es algo incomprensible, se ha despertado en ellas un afán incontenido y desordenado de vestir, comer, divertirse y vivir en medio del mayor bienestar material.

Si este afán estuviese frenado por la prudencia cristiana y bien encauzado por las posibilidades de cada una, podría ser bueno. Pero no sucede así; no se fijan en lo que da de sí su situación económica, en lo que corresponde a su clase en lo que pueden; sólo piensan en lo que quieren, y quieren siempre imitar a las de más arriba. Jamás se les ocurre fijarse en las de su propio nivel.

Si atendemos tan sólo al exterior, muchas veces nos será muy difícil distinguir a una señorita de su criada, a una dependienta de la hija de su jefe, a una oficinista de la muchacha millonaria. Los mismos vestidos, el mismo corte las mismas telas, los mismos adornos, los mismos accesorios: medias, zapatos, bolsos, guantes, alhajas más o menos auténticas..., y hasta el mismo maquillaje.

A esto hemos de añadir las mil complicaciones con que se ha sobrecargado la vida social. A todas encontramos en los mismos espectáculos y diversiones, en los mismos bares, ante los mismos brebajes raros, que beben sin pestañear, aun no gustándoles, para hacer la tontería de pasar como más modernas, y hasta con la misma ridícula insulsez del cigarrillo entre los labios pintarrajeados con el mismo tono de color.

¿Es que todas cuentan con el mismo dinero? ¿Es que todas pueden hacer los mismos gastos?

Ese es el problema..., y problema alarmante. Cuentan con diversos ingresos y hacen los mismos gastos. Algunas cuentan con muy pocos ingresos, y pretenden hacer gastos excesivos.

¿Resultado? Que en muchas hay déficit.

¿Déficit? Sí, déficit de dinero; pero también, en multitud de casos, déficit de vergüenza y de conciencia.

¿Cuántas veces esta carrera desenfadada de lujo, placer y bienestar desemboca en vergonzosas transgresiones del sexto y séptimo mandamientos!

¿Cuántos pecados, cuántas bajezas, cuántas miserias, cuántas inmoralidades de toda índole por este incesante y desmedido gastar femenino!

A complicar el problema, en vez de solucionarlo, ha venido la empleomanía, que, a partir de nuestra guerra, se ha apoderado de las muchachas españolas.

Yo encuentro muy natural que una chica se lance a buscar una colocación para con su producto poder atender al presupuesto de su hogar, desequilibrado por la carestía actual o por otras circunstancias particulares, para asegurarse un porvenir con una independencia económica que le permita mirar con tranquilidad el día de mañana, para ayudar a la carrera de sus hermanos, para aliviar de alguna manera a sus padres.

Lo que yo no puedo admitir es que una chica se lance al campo del trabajo sin más ideal que poder disponer de abundante dinero para sus gastos, para su vanidad, para sus vicios.

Y hay padres —¡desgraciados!, ¡vaya porvenir que preparan a sus hijas!— que encuentran muy natural que éstas cobren sus sueldos y se los gasten tan bonitamente, sin darles cuenta a ellos de nada.

—Ahora ya tienen para sus gastos— dicen tan tranquilos—; que no nos pidan dinero; Que se vistan y diviertan con lo suyo.

La consecuencia inmediata es fatal. La chica se acostumbra a no contribuir al sostenimiento de la casa ni a nada serio; a que puede disponer de unos cientos de pesetas mensuales para tonterías y cosas superfluas; a crearse necesidades sin las cuales podía pasar muy bien.

Cuándo se case, ¿qué va a suceder? ¿Tendrá entonces dinero de sobra para sus vanidades? ¿Sabrá pasar sin satisfacer sus caprichos? ¿Tendrá la fuerza de voluntad necesaria para podar lo superfluo y acomodarse a una nueva vida más económica, de mayor sacrificio y abnegación?

¡Qué difícil es! Pero, si no lo hace, ¡pobre hogar! No podrá haber en él equilibrio ni material ni espiritual, que el uno influye en el otro.

En estos tiempos, en que las chicas gastan tanto, hay muchos hogares desequilibrados; hogares con deudas y trampas, con constantes intrigas de la mujer para arrancar a su marido dinero, con codicias malsanas y negocios sucios del marido para cubrir los despilfarros de su mujer...

En estos hogares, ¿puede haber felicidad? ¿Su ambiente será favorable para el amor? ¿Se podrá formar en ellos una generación con alma sana?

Modera tus gastos, muchacha. Hazte un presupuesto en conformidad con tu posición y tus necesidades, y no lo sobrepases.

No gastes cuanto ganes. Tu sueldo jamás debe ser para caprichos y bagatelas; tu trabajo debe tener un fin más noble, y su producto debe ser destinado a contribuir a cosas más serias.

Si tus padres no necesitan tu ayuda económica, ahorra para el día de mañana, en que puede hacerte falta; para cuando, constituido un hogar, seas madre y tengas necesidades o conveniencias en que emplear útilmente el fruto de tus sudores juveniles.

Aun cuando tu posición económica sea muy desahogada y te sepas heredera de un bonito capital, acostúmbrate a la sobriedad y a la economía, murallas defensoras de la virtud y elementos muy valiosos para la buena marcha de un hogar.

¿Adónde irás a parar en esa marcha desbocada por el despilfarro?

Si ahora gastas tanto en vestir y lucir, ¿cuánto gastarás cuando, por ser la señora de un título o de un alto cargo, ocupes un puesto brillante en la sociedad?

Eres casi una chiquilla y vas cargada de alhajas valiosas, propias de una persona mayor; cuándo lo seas, ¿qué te vas a poner?

Tendrás todo el dinero que quieras; pero dime, ¿al mismo tenor que en ti gastarás en todos tus hijos? Y si son muchos, ¿podrás sostener el

presupuesto sin que sufra quebranto la posición económica que de ti hereden?

El porvenir no está en tu mano, e ignoras lo que Dios te tiene preparado para mañana.

La acostumbrada a la sobriedad, fácilmente se acomoda a toda clase de vida: estrecha o amplia; la habituada a derrochar, no sabe estrecharse cuando llega la necesidad.

La falta de freno en los gastos lleva insensiblemente a la vanidad, frivolidad, molicie y a una carrera vertiginosa de apetencias imposibles de saciar, enemigos todos del equilibrio hogareño.

Desengáñate; no puedes gastar lo que quieras, sino lo que debes.

¿Quieres una garantía más para la felicidad de tu matrimonio? Encuadra tus gastos en el marco de tus posibilidades económicas.



## ¡MENTIRA!

Nunca me cansaré de repetírtelo poniendo en los puntos de mi pluma toda la energía de mi alma.

Mienten los que te dicen que todos los hombres son inmorales; de donde resulta imposible encontrar un hombre puro.

Mienten los que te afirman que ningún hombre sabe respetar la pureza de la mujer que ama.

Mienten los que pretenden que el amor puro, sin deslices carnales, es imposible.

Mienten los que se te acercan diciendo que, si no cedes en lo ilícito, no amas de veras.

Mienten cuantos sostienen que no hay noviazgo blanco, que todas las relaciones amorosas, a la corta o a la larga, se manchan.

¡Mentira! Nada de esto es verdad.

A quienes así hablan se las puede replicar con el refrán castellano: *Cree el ladrón que todos son de su condición*. O también con aquel otro: *Todo es del color del cristal con que se mira*.

“Prometed a María ser una Juventud pura. El secreto de la indestructible fuerza de vuestro pueblo en otros tiempos fué la madre, la madre cristiana... En ella se abría y encontraba su perfección natural la flor de un Juventud incorrupta... Solamente la frente casta es digna y capaz de ceñir la diadema donde resplandecen las perlas de la fidelidad conyugal y del heroísmo maternal”. (Pío XII en su discurso del 12 de mayo de 1946).

El sapo que chapotea en las heces llega a creer que no hay más mundo que el de la alcantarina; el acostumbrado a llevar gafas verdes todo lo ve verde.

Que salgan de la charca, que se quiten las gafas, y se convencerán de que también fuera de la alcantarilla se vive, y con vida más perfecta; de que no todas las acciones humanas son verdes.

Se convencerán de más: de que los hombres son tanto más perfectos cuanto son más hombres, y jamás pueden ser considerados como prototipos humanos los que tienen alma de sapo, se arrastran por el cieno y apetece la inmundicia del estercolero.

Lo que sucede es que, en el barullo del mundo moderno, como en todo mar revuelto, sobrenadan las heces; y lo que llama la atención de nuestros ojos no es lo normal, que, siendo natural, pasa inadvertido, sino lo anormal, que, por su estridencia, choca y atrae hacia sí las miradas.

Circulan por la calle diversas parejas de novios; unas proceden con la formalidad debida, y nadie se fija en ellas; van otras de manera escandalosa, y son blanco de todos los ojos y objeto de todos los comentarios.

Cruzaste por un salón ordenado y limpio, y te encontraste a gusto; pero nada te llamó la atención; te asomaste tan sólo a otro en cuya alfombra se habla vertido la letrina, y la mancha se te quedó grabada y te dió materia de conversación.

Gracias a Dios, en el mundo moderno, no obstante la paganía que se filtra por todos los resquicios, abundan los muchachos a quienes la vida sonríe, y ellos también sonríen con ilusiones blancas, con sueños puros, con ideales sublimadores, sin que para tener alegría experimenten la necesidad de chapotear en la charca.

Hay muchachos que se sienten hombres, muy hombres; y saben demostrarlo terminando con brillantes notas su carrera, ganando unas oposiciones con gallardía, compitiendo en el deporte con soltura, vistiendo con elegancia, desempeñando un cargo con competencia, escalando las alturas por su propio esfuerzo y valer, enamorando a una chica a quien se consideran capaces de hacer feliz, y todo eso lo realizan sin deslizarse por la pendiente cenagosa, sin arrastrarse por el barro, sin manchar de lodo.

Hay muchachos que cuando la carne se les rebela, saben sujetarla con firmeza; y si se los desmanda, la castigan con duren.

A pesar de la frivolidad, ligereza y tontería de muchas mujeres modernas, existen en el día de hoy chicas sensatas, equilibradas, puras, blancas, con la blancura bella de la virginidad.

Existen chicas, verdaderos ángeles en carne humana, que saben hacer de la vida escala para trepar a las cumbres de la virtud, y de sus encantos punto de apoyo para influencias benéficas.

Existen chicas que saben alternar en sociedad, haciendo buen papel: que en oficinas y talleres derraman feminidad y competencia; que visten con elegancia y tienen exquisito trato; que saben enamorar a un chico volcando sobre su alma tesoros de bondad y cariño; y para eso no han necesitado mancharse con las salpicaduras de la charca, ni acercarse a la cloaca, ni descender a procacidades, ni quemar las alas de su espíritu en los fugaces y falaces fuegos de un flirteo, ni someterse a la tiranía de la inmodestia.

Existen chicas que discurren por salones y paseos llevando debajo de un vestido de corte impecable un cilicio que clava sus púas en su carne inocente para expiar e inmunizarse de los excesos de la carne pecadora.

No toda la juventud está podrida, no.

Contamos todavía con una juventud espléndida, de costumbres blancas, de moralidad pura, con anhelos de santidad, que constantemente aumenta como fruto de la formación que a la muchacha se da principalmente en la Acción Católica y en las congregaciones marianas.

Su resultado magnífico y esperanzador es el alimento creciente de noviazgos blancos, en los que los novios tejen su amor sin inclinarse hacia la tierra, con las frentes levantadas a lo alto, la mirada fija en ideales puros, los pechos hirvientes de castidad, y en sus labios la canción de la alegría escrita sobre el pentagrama del servicio de Dios.

¡Y qué satisfacción experimentamos los sacerdotes cuando en el día de la boda, en nombre de Dios, recibimos el juramento de amor eterno y la entrega generosa de sus personas que se hacen mutuamente estos novios cristianos, llegados al pie del altar por el camino de la pureza virginal! Parece que el vestido blanco de ella brilla como la nieve y el atuendo de caballero adquiere en él un empaque de mayor prestancia, y, a imitación de la transfiguración del Señor, el amor brilla como un sol a través de sus figuras corporales, y hasta la voz del sacerdote parece cobrar sonoridades divinas al decir: "Y yo, de parte de Dios omnipotente..., os desposo y este sacramento entre vosotros confirmo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

¿Quién te ha dicho que los hombres más hombres son los que tienen alma de sapo?

¿Quién te ha dicho que el amor no es más que un instinto animal?

¿Quién te ha dicho que no es posible amar sin deslizarse?

¿Quién te ha dicho que no existe el noviazgo blanco, que todo amor, necesariamente, para madurar, ha de podrirse?

A quien tales disparates te ha dicho, apartándote prudentemente, replícale con toda tu energía:

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

## ANGÉLICAMENTE PURA

Entre los asistentes a la reunión, mis palabras cayeron como una bomba.

Me miraron con asombro, como diciendo: ¿Sabe éste lo que dice?

Una muchacha fué la que rompió el silencio:

—Eso no puede ser. ¿A que ninguno de estos señores opina como usted? Jamás había oído yo tal cosa.

¿Qué había dicho yo, que tan mala acogida obtenía?

Pues, sencillamente, que la misma pureza ha de exigirse a la que se casa y a la que se va monja. Virgen ha de ser a muchacha que, con mano trémula por la emoción, golpea el aldabón de la puerta de un claustro, y virgen ha de ser la que, al pie del altar, une su mano temblorosa con la de su elegido.

Esta afirmación suena a extraña en los oídos de los mundanos, que, no sé por qué, conciben la pureza de la novia como una pureza de precario, con zurcidos y sombras, como uno de esos vestidos de boda que antaño se alquilaban en tiendas de viejo. Se limpiaban un poco, se planchaban y servían para la ceremonia.

La pureza está manchada y desgarrada entro los abrojos del noviazgo, pero se limpia y recose en la confesión sacramental; y vale para arrodillarse ante el altar.

No es ésta, la pureza que Dios quiere para el matrimonio, sino la pureza incontaminada, cuidadosamente conservada y abrigada con cuantos sacrificios sean necesarios, para ser ofrendada el día de la boda a Dios y al ser querido.

La pureza propia de la novia es la virginidad.

No lo digo yo: es el Papa, intérprete de la voluntad divina, quien así lo declara.

En su discurso a las jóvenes de la Acción Católica Italiana, el 24 de abril de 1943, les decía:

“Educad la juventud femenina católica en aquella elevada y santa dignidad que constituye una franca y sólida defensa de la *integridad física y espiritual*. Esta virtuosa e indómita altivez y valor es una gloria del espíritu que no se deja reducir a esclavitud, que robustece el vigor moral de la mujer, quien, *intacta, no se da más que a su esposo, para la fundación de una familia, o a Dios*”.

Y el 12 de mayo de 1946, dirigiéndose a las mismas jóvenes, les repetía:

“A vosotras os toca, amadas hijas, hacer surgir a vuestro paso una nueva generación de juventud femenina *que presente intacto e inviolado al Creador, sobre el altar de las nupcias o en el lecho de muerte, el tesoro de su pureza*”.

El lenguaje del Papa es bien claro: el tesoro de la pureza ha de conservarse hasta el casamiento o hasta la muerte, intacto, sin dilapidación alguna en concesiones licenciosas, en frivolidades infeciosas, en efusiones sensuales.

Y es natural que así hable, toda vez que en la Iglesia católica jamás se ha admitido el dilema o pureza o impureza; sino que, legítimamente, se ha exigido en todos los tiempos o pureza virginal para los no casados o castidad matrimonial para los que con este sacramento están ligados. Los viudos, en la práctica, están equiparados a los solteros.

Legítimamente, no hay más términos; y cuantos no se conforman con este dilema, pecan contra el sexto o noveno mandamiento.

Entre la novia y la novicia sólo una diferencia puede admitirse: que la virginidad de la novia cesará con el matrimonio, mientras que la de la novicia se perpetuará hasta la muerte.

¿No te has detenido a pensar por qué en las bodas la novia vistē de blanco o lleva en su ornato flores o algún otro adorno blanco, y blanca es la ornamentación del altar y las vestiduras sacerdotales?

Pues te lo diré yo. La Iglesia quiere envolver la celebración de este sacramento en un ambiente de pureza incontaminada: por eso todo es blanco. El vestido blanco de la novia está simbolizando la blancura de su virginidad.

De aquí que, cuando la novia llega al altar con la virginidad perdida, con el alma contaminada por la deshonestidad, sea una hipócrita que al exterior simula una virtud esencial, de la que carece en el interior.

Como hipócrita sería el novio que con ella se emparejase con empaque de caballero no conservando la pureza intacta. La caballerosidad es el culto a la dignidad de la mujer nacida de la religión.

El caballero, de suyo más fuerte, se siente obligado por sus creencias religiosas a ser el defensor y apoyo de la dignidad femenina. No puede perjudicarla, hacer nada que sirva para amenguarla, realizar acto alguno que la manche, que la profane, que la deshonre.

El novio tiene, por tanto, que ser el que más respete la pureza de su novia y la defienda con su trato cortés, y la sostenga con su conducta intachable, sin jamás ponerla en quiebra, sin permitirse rebajarla en lo más mínimo.

La pureza es un tesoro rico depositado en el alma y en el cuerpo de la mujer amada, es la belleza que más la hermosea, es un valor de cotización sobrenatural, es algo que no se compra con dinero, y que, cuando se pierde, es imposible recobrar.

¿Qué mejor puede, pues, hacer el novio para engrandecer y dignificar a su novia, que respetar, guardar y valorizar, en la medida de sus fuerzas, ese tesoro?

Cuando un muchacho no respeta la pureza de su novia, cuando se atreve con acción aleve a profanarla más aún: cuando en sus pensamientos osa mancharla, deja de ser un caballero para obrar como puede proceder cualquier villano o un rufián.

Muchacha: no toleres que nadie te hable de amor tratando de robarte la joya de tu pureza: para en seco al atrevido o ciego que pretenda, con disculpa de manifestarte cariño, desgarrar tu virginidad.

¿Te ama y te quiere robar? ¿Te podrá demostrar amor lo que destroza el valor más rico de tu alma?

Es un absurdo fiarse de un ladrón; es una insensatez dejarse a sabiendas robar.

Precisamente porque le quieres a tu novio estás cultivando para él el regalo más rico de tu boda: tu virginidad. Esa flor bella, tan maravillosa, que Dios no quiso le faltase jamás a su Madre, y para conservársela realizó un milagro portentoso.

Es algo sublime, que engrandece, que eleva a la persona humana a regiones superiores, a una categoría mucho más alta.

Integran nuestro ser dos elementos constitutivos de nuestra personalidad. Uno, el más bajo, es el cuerpo común a nosotros con los animales. El otro, el más sublime, es el alma común a nosotros con los ángeles, e Imagen y semejanza de Dios Nuestro Señor.

Cuanto más predomina el cuerpo sobre el alma, tanto más bajos y carnales somos, y más nos asemejamos a los animales que en la tierra nacen, crecen, desarrollan sus actividades y desaparecen completamente.

Cuanto más domina el alma sobre el cuerpo, tanto más espirituales somos y más nos asemejamos a los ángeles y nos acercamos a Dios Nuestro Señor.

Pues bien: el predominio del alma sobre el cuerpo, sujetándole y haciéndole participante de sus más bellas cualidades, es lo que se llama pureza.

Podemos definirla diciendo que es la subordinación y enfreno del cuerpo al espíritu con la consiguiente supresión de los placeres carnales vedados.

Cuando esta sumisión es tal que se consigue evitar todo placer carnal opuesto a la Integridad corporal, entonces se llama virginidad, y reclama, como complemento, la integridad espiritual que tiene su asiento en el mundo de nuestras facultades internas, intelectivas y volitivas.

¿Te das cuenta de la grandeza de la virginidad? Es la sublimación de nuestra naturaleza, que llega a codearse con los ángeles, que se aproxima más a Dios, que refleja con mayor perfección la belleza por esencia del Creador.

Y esa flor de maravilla, de exquisita delicadeza, de hermosura fina y sutil, enraizada en tu propio corazón, bañada con las luces de Cristo, oreada con las brisas que dimanan de la inmaculada siempre Virgen, María, alimentada con la savia de la gracia sobrenatural, la cultivas con cuidadoso afán, para en el día de tu boda regalársela en el búcaro rico de tu persona, como obsequio del amor, al hombre amado, a la vez que la inmolas en el altar del matrimonio para cumplir el deber que Dios a los dos os ha impuesto

Santa pureza, virginidad angelical, aroma fragante que perfuma el amor, flor de la novia cristiana, regalo el más preciado para las bodas! ¡Cómo engrandeces, enriqueces y haces generosas a las almas! Los que contigo llegan al altar se entregan completamente; la nueva vida se abre ante ellos como una vía triunfal del amor.

¡Qué felices son los que así lo comprenden, y cómo se disfruta pulsando el palpito encendido de sus corazones castos!

Es un trozo de vida real. Se trata de unas notas halladas en el cuaderno de un estudiante de Medicina, que tomo del libro de Raúl Plus, *Hacia el matrimonio*.

"Para descansar un poco, voy a divagar, durante unos minutos, sobre mi esposa imaginaria. ¿Imaginaria? La palabra no resulta exacta.



Porque, en realidad, existe; pero ¿dónde?

Sí; existe ya. Mientras yo garabateo, ella sueña, sin duda, en sus ilusiones: en flores, en ángeles, en cunas. A lo largo del día, juegas y ríes, cariño mío; y no piensas que el otro trabaja de firme, es decir, prepara su porvenir y tu vida futura.

Algunas veces me desanimo, pero ella ilumina al punto mi mente con el pensamiento fortalecedor de mi deber. ¿Acaso no personificas tú misma ese deber, nada gentil, de mis diecinueve años? ¿No es por ti, por tus hijos futuros, por los que yo ahondo en la enojosa Física y desgasto mis escalpelos disecando bestezuelas sin interés? *¿No es por ti por quien yo he guardado hasta hoy, gracias a Dios, esta virginidad de que me enorgullezco?* Porque no has de dudar un punto de que tú eres la razón de mi existencia y el motivo de que sea un muchacho formal. *Yo quiero darte un cuerpo inmaculado y un alma ardiente...*

Dios te proteja y te ayude, amor de mi corazón, porque *quiero darme a ti regimiento, todo nuevo, robusto de cuerpo y con entereza de voluntad.* Te aportará mi corazón, todo mi corazón..., sin distraer la más mínima partecita, para alegrar mis sentidos con peligrosas y demasiado disipadoras fantasías".

Muchacha, apoya tu frente en las manos, cierra los ojos y medita.

## SERÁS MADRE

La pureza es la virtud natural de la madre. No hace falta mucha literatura para demostrarlo. Está en el convencimiento de todos. Nos lo dicta nuestro propio corazón.

Preferimos ser huérfanos a hijos de una madre impura. No hay desgracia que tanto escozor y vergüenza produzca como la de la deshonra materna.

Es que nuestro propio corazón eleva la figura de la madre sobre el pedestal de la virtud y la envuelve en un halo radiante de pureza.

Queremos a nuestra madre santa, de conducta intachable, y alma de ángel. El mero pensamiento de que así no sea, nos repugna y nos subleva; la duda nos hace daño. El insulto mayor que puede hacerse a un hombre, por malvado y degenerado que sea, es llamarlo hijo de una mujer que perdió la pureza.

Dentro de cinco, de ocho, de diez años, te verás rodeada de unos angelitos lindos y bellos, como escapados de un linazo de Murillo, de cabecitas rubias como los trigales, o negras como los cabellos de la noche; unos ojitos azules como pedacitos de cielo se clavarán en ti, unos bracitos tiernos se trenzarán en torno de tu cuello, unos labios en capullo besarán tus mejillas y unas vocecitas argentinas, eco de la inocencia, repetirán acariciadoras: "Mamá, ¡qué buena eres! Eres muy buena".

Tu alma se esponjará sumida en la satisfacción más embriagadora... Pero si no fuiste pura en el noviazgo, ¡qué horror!, la voz de tu conciencia ahogará la sonrisa del alma, y en tu interior resonará una voz de réplica: "Si vosotros supieseis..., y con el que hoy es vuestro padre...".

No, no lo sabrán; te cuidarás mucho de ello; pero tu alma tiembla acongojada. Como temblará también acongojada el día en que te enfrentes con tus hijos, que han llegado a la puerta de la juventud, y empiezan a percibir los primeros reflejos fascinadores de algo que puede ser amor.

¡Cómo pasa el tiempo! La imaginación corre; el tiempo se lanza tras de ella y llega un momento en que la alcanza.

Llegará un día en que tus hijos ocupen tu puesto y tú el de tu madre. Y querrás aconsejarles, como la tuya lo hace contigo. Tus ojos maternos se hundirán en la mirada juvenil de tus muchachitos; los de ellos, ávidos de luz y de vida, se clavarán en los tuyos y querrán beber en sus destellos la verdad de lo que les dices. Si no fuiste pura en tu noviazgo, ¿podrán tus ojos sostener la mirada de tus hijos? ¿Una forzada firmeza de palabra disimulará el temblor de tu alma? ¿La inocencia de aquellos ojos tan queridos no se erguirá en tu conciencia lanzándote el grito siniestro: *hipócrita?*

Muchacha, no te expongas a tan cruel tortura. Sé pura en tu noviazgo. No te incapacites para la maternidad.

¿Será posible que quien se arrastró por el lodo sensual y condescendió con lo grosero, tenga la delicadeza suficiente para plasmar, mediante la educación, las tiernas almitas de sus niños?

La que de chica se acostumbró a ceder con el capricho y, por no sacrificarse, condescendió con la pasión, y no tuvo energías suficientes para decir *no* a quien pretendía arrebatarle lo más sagrado de su alma, ¿estará capacitada para formar caracteres firmes, voluntades fuertes, espíritus rectos?

Lo que hace grandes a los pueblos y ennoblece la sociedad, más que los centros culturales, las organizaciones industriales y el comercio bien montado, son los hombros de carácter firme, voluntad fuerte y espíritu recto. Sin ellos, los otros elementos pueden convertirse, y de hecho se

convierten —testigo es la historia de nuestros días—, en instrumentos de descomposición, degradación y ruina.

Esos hombres son el fruto de la virtud de sus madres. Los gobernantes, los sacerdotes, los militares, los profesionales, los patronos, los obreros, todos proceden de la madre, y de ella reciben influencia definitiva. ¿No merece la pena que las novias os sacrificuéis cuanto sea preciso y os capacitéis para la realización de obra tan sublime y trascendental?

Muchacha, vas a ser madre. Tienes que ser pura, con todo el esplendor de la castidad.

Díselo a él cuando, en un momento de ceguera pasional, quiera salpicarte de barro. Obras así por él. Es un favor grande el que le haces: quieres que sus hijos tengan una buena madre; que jamás encuentren en ella motivo de vergüenza.

—No me quieres —te dirá—, puesto que no cedés. El cariño ha de manifestarse.

—Porque te quiero —le dirás—, soy intransigente. Mi intransigencia es la mejor manifestación de mi cariño. La madre de tus hijos no puede ser una cualquiera, tiene que ser una mujer virtuosa, de cuya bondad se puedan enorgullecer. Ayúdame tú a realizarlo. No me pongas zancadillas para que caiga y perjudique a tus hijos; tú tienes que ser mi mejor colaborador en empresa en que tanto te va. Porque te amo, cueste lo que cueste, seré pura por ti y por tus hijos.

## AVAL NECESARIO

Me gustó mucho la frase, reveladora de un sentido común poco corriente hoy entre las chicas mundanas.

Desde luego, la que así me hablaba no era mundana, sino cristiana, aunque sí muy hecha a la vida de sociedad.

Me contaba la lucha tenaz que sostenía contra un ataque de ceguera pasional que por aquellos días padecía su novio.

—No cedas— le dije.

Y ella, con gran sensatez y cordura, me contestó:

—No, padre, no cederé, porque no quiero que después me la juegue.

La frase es gráfica y llena de realismo.

El muchacho que se acostumbra a satisfacer sus desenfrenos pasionales a costa de concesiones y transigencias culpables de su novia, va adquiriendo un hábito de pecado que llega a constituir en él como una segunda naturaleza, empujándole a dar al apetito cuanto le pide; y como el apetito nunca se sacia, cada vez le pide más, y él se siente impelido a dárselo, sin poderse contener. Su conciencia se embota y se acostumbra a pasar por encima de los intereses de la persona amada, que cada vez pesan menos en la balanza de su corazón, cuando se trata de sus desórdenes sensuales.

¿Quién podrá frenar al caballo desbocado? En pleno desboque camina su pasión; no hay quien le detenga. Está casado ya, pero su pasión ha perdido las riendas, y se sale del matrimonio para lanzarse tras de un amor criminal. Si el amor de la novia no lo contuvo, ¿cómo le va a contener el de su mujer?

El que no respetó la pureza de su novia en sus primeras deshonestidades, tampoco respetará la santidad del matrimonio, cuando el vicio está ya contraído.

Amordazó la conciencia pecando con aquélla; ahora no teme sus voces, que le llegan con sordina.

Si una muchacha no quiere que, después de casada, su marido se la juegue, ya sabe cómo debe obrar: no cediendo jamás con el novio en materia de pureza. El camino de la infidelidad son las relaciones salpicadas de sensualidad.

En cambio, el noviazgo blanco es garantía de fidelidad. El chico que se ha acostumbrado a frenarse, a contener su pasión, tirando fuertemente de las riendas cuando se quiere desmandar, a tener a raya su carnalidad, poniéndola a los pies de la inocencia de la mujer amada, después de casado encuentra su fidelidad salvaguardada por un fuerte hábito de dominio propio y de sentido cristiano de la lealtad; su conciencia, robustecida por el pasado honroso, se opondrá tenazmente a cualquier desvío, y su conducta será en todo momento la del perfecto caballero, marido ejemplar.

De donde resulta que la pureza en las relaciones es, además de garantía de fidelidad, aval de felicidad, toda vez que ahuyenta del matrimonio la más horrible causa de sufrimiento.

¡Pobres señoras, que lloran entre las ruinas de la ilusión perdida la viudedad del amor! ¡Cuánto darían por no haberse casado y ahorrarse tantas fatigas y tantas lágrimas!

En la variada gama de señoras desgraciadas en horrible tortura de soledad afectiva, en sangrante agonía de corazón traicionado, a mí me dan mucha pena las que, en su trágico purgatorio, expian los pecados del noviazgo. En la lista nefanda de humanos demonios tentadores del vicioso, uno de los primeros puestos lo ocuparon ellas. El que ahora le aherroja con cadena de pecado no pasa de ser un sucesor suyo.

¿Y los hijos? ¿No son los hijos un pedazo del corazón materno? ¿Puede una madre ser feliz sabiendo que ha labrado la desgracia de sus hijos?

Los hijos del vicioso suelen nacer llevando sobre su alma una tara moral y sobre su cuerpo una herencia degenerativa.

El que peca pudre su cuerpo y pudre su alma, y una y otra podredumbre transmite de modo diverso, aunque parecido y no menos real, a los hijos.

No he de detenerme a hablar de esta doble herencia, de la que ya traté espaciadamente en *¿Águila o sapo?* Los sanatorios abundan en hijos de impuros; e hijos de éstos son también muchos de los que dan trabajo a los educadores, por su tendencia agudizada hacia el pecado, heredada de alguno de sus progenitores.

Se habla mucho de eugenesia, de sus ventajas, de su necesidad.

No seré yo quien me oponga a una eugenesia bien entendida; pero creo que la mejor eugenesia es la que se basa en la pureza.

Que los muchachos lleguen al matrimonio puros; que se entreguen mutuamente unos cuerpos intactos, fuertes, con las reservas de energías que da la continencia, y no unos cuerpos macilentos, estragados en el vicio, agotados por la bochornera pasional, debilitados en la sangría de la impureza, minados por degeneraciones psíquicas o fisiológicas.

Con la práctica de la pureza es como principalmente contribuyen los padres a tener hijos sanos y robustos.

Infelices los que con sus desbordamientos carnales labran la desgracia de sus hijos. En ellos adquiere realidad la terrible frase del profeta Ezequiel: "Nuestros padres comieron agraces, y nosotros sufrimos la dentera".

No creo, muchacha, que haya necesidad de insistirte más en esta materia. Tú amas la pureza y estás dispuesta a defenderla a toda costa como el mejor aval de tu matrimonio. Sin embargo, son tan fuertes las corrientes paganas que circulan por la sociedad, abundan tanto los conceptos confusos, que me ha parecido oportuno exponerte las razones precedentes para brindarte argumentos con que blindar tu convencimiento y responder a los ataques de que puedas ser objeto.

Para ello te servirá también meditar un poco las siguientes frases de Pío XII, en su discurso del 12 de mayo de 1946, a las jóvenes de la Acción Católica italiana:

"Esta incontaminada pureza era hasta hace poco la regla dominante de la juventud femenina italiana. Deberemos ahora, en cambio, ver con dolor los cuadros de este jardín de Dios pisoteados por el enemigo. Dondequiera que él avanza con la potencia del mal, pisando la flor de la juventud, en seguida la majestad de la esposa pierde su esplendor; la ternura de la madre, su perfume; sobre el fango sembrado de pétalos ajados, voces siniestras exaltan el triunfo del divorcio sobre el matrimonio indisoluble y de la esterilidad voluntaria sobre el amor fecundo".

## ¡PRECAUCIÓN!

Cuando en las carreteras se acerca un paso peligroso, una señal indicadora lo advierte, para que los conductores de carruajes adopten la precaución necesaria.

En el paso de la vida en que te encuentras, yo quisiera colocar una señal de alarma que no resulte para ti inadvertida: "¡Precaución! El paso que vas a atravesar está lleno de peligros; son muchas las víctimas de catástrofes lamentables. ¡Cuidado! ¡Precaución!"

Hemos quedado en que amas la pureza y tienes un propósito decidido de no perderla. Por lo mismo, quiero advertirte para evitarlo un accidente.

Las desgraciadas víctimas de una catástrofe automovilista amaban su vida, estaban decidida a no perderla, pero perdieron, y todo fijé por falta de precaución.

Hace algunos años, dos muchachos se paseaban solos en automóvil por una buena carretera. Él guiaba y ella iba a su lado. Con la conversación, él se distrajo, cogió mal una curva y se estrellaron contra un árbol. Los dos resultaron heridos.

Son muchas las parejitas que cogen mal una curva del noviazgo y se estrellan contra un tropiezo inadvertido. La pureza de los dos queda herida.

La cita es un poco larga; pero dada la autoridad y experiencia sacerdotal de su autor, doctor Eguino y Trecu, me agradecerás te la transcriba entera:

“Si ellos presuntuosa y temerariamente buscan ocasiones y peligros, caerán, pues Dios, en el orden de la gracia, no está obligado a hacer milagros; y milagro extraordinario de la gracia hace falta para que un joven y una joven, enamorados, aunque sean santos, no sucumban si andan con modales y formas y en lugares y sitios que yo no acertarla a describir, “¿Sois de piedra? ¿Sois de hierro? De carne sois, y de carne que se enciende con la concupiscencia más fácilmente que la estopa con el fuego”. Así diría yo, imitando a San Juan Crisóstomo, a ciertos chicos y chicas que, abusando del tiempo de relaciones, que debe ser tiempo santo, lo profanan con impúdicas andanzas, indignas del cristiano. Cuando al pasar por las plazas y las avenidas de la ciudad y por las carreteras y caminos de la provincia veo esas parejas de enamorados, en parajes solitarios, lejos de la vigilancia paterna, sin testigos que acechen su conducta, creo ver en sus frentes aquellos síntomas mortales que veía San Jerónimo en algunos jóvenes de su tiempo. *Moriturae virginitatis indicia*. Síntomas fatales, señales anunciadoras de la pronta calda y muerte de la virginidad”.

¿Qué te parece? Ya lo sabes, aun cuando fueses una santa, deberías evitar ciertos “modales, formas, lugares y sitios” peligrosos; cuanto más estando, como estás, muy lejos de la santidad.

¡Precaución! El noviazgo es un camino resbaladizo, propicio a los patinazos, por el que es preciso caminar con pies de plomo.

—Entonces —dices—, ¿usted cree que debe huir del noviazgo, puesto que en él hay tanto peligro?

No pretendo nada de eso. Si fuese posible el matrimonio sin el noviazgo, te lo recomendaría: pero como para ir de manera razonable al casamiento hay que pasar por el noviciado del noviazgo, no te queda más remedio que atravesar este paso tan difícil. Hazlo con precaución.

La primera precaución será huir de cuanto pueda ser peligro. ¿Conoces la frase del Espíritu Santo: *El que se pone en peligro perecerá en él?*

El peligro lo encontrarás en los lugares extraviados, ocultos, oscuros, solitarios. No vayas: ya sabes que por ahí es muy difícil atravesar sin dejar algún jirón de inocencia. La pasión que es cobarde, se envalentona cuando las miradas de los hombres no la frenan.

En todas partes está Dios, y sus ojos divinos ven en la mayor oscuridad: ni el más disimulado gesto puede pasar inadvertido a su vista. Si los novios se diesen cuenta en todo momento de que Dios los mira, no se atreverían a deslizarse pero ¡es tan fácil olvidarse de la mirada divina entre los arrullos del amor! Por eso se hace necesario acudir al freno de los ojos de los hombres.

Muchacha, sigue mi consejo apremiante: no estés jamás con tu novio donde nadie te vea.

Acaso sintáis la tentación a dar un paseo por caminos extraviados, por entre la espesura del bosque, por lo escondido del parque, por la oscuridad de calles solitarias... No vayas ¡jamás!

Es un apólogo antiguo: El lobo vió a un corderito paciende tranquilamente en una verde pradera, separada de él por un riachuelo. No pudiendo el lobo cruzar éste, porque la orilla de la parte donde el cordero estaba se encontraba más alta, le invitó a beber agua. ¡Estaba tan fresca! Podía muy bien llegarse hasta ella desliziéndose por una pequeña barrancada.

Al inocente cordero le gustó la invitación del lobo. ¡Qué simpático! Quería hacerle pasar un rato agradable bebiendo agua fresca. ¿Por qué no darle gusto? No hay nada malo en ello.

Bajó, pues, hasta el regato, y cuando, ingenuo, se abandonaba confiado a la compañía del lobo, éste le arrojó la garra y le devoró.

La moraleja huelga.

Ya escucho tu protesta.

—Mi novio no es ningún lobo.

No, no lo es. No me permito creerte tan desdichada que aceptes como novio a uno de esos lobos humanos, tan abundantes por esos mundos.

Tu novio no es un lobo; pero la pasión que ruge en su pecho lo es. Y esa pasión le traicionará mil veces.

Evitando la ocasión, tu novio será un perfecto caballero, pero puesto en el peligro... ¿No has oído decir mil veces que la ocasión hace el pecado? Pues evita la ocasión; de lo contrario, deberás llorar el pecado.

¡Qué ingenuas sois las muchachas! Les creéis a ellos como vosotras. No os dais cuenta de que son más pasionales; su carne se rebela con más facilidad y mayor fiereza; acciones y acontecimientos, para vosotras indiferentes, son para ellos estímulo de sensualidad.

En la fiebre del amor os convertís fácilmente el uno en tentación para el otro pero con una diferencia a tu favor: por regla general, eres tú mucho más tentadora para él que él para ti.

Por eso debes cuidar con sumo esmero las circunstancias que te rodean, ya que éstas pueden aumentar tus cualidades de seducción pecaminosa, y, de rechazo, poner lazos a tu virtud.

La soledad y la oscuridad son peligrosas; pero lo es también el barullo de ciertas fiestas, en las que la luz, el holgorio, la música, el nervosismo

de las gentes, los vestidos, los perfumes, el alcohol, el tabaco, forman una atmósfera de sensual embriaguez, estimulante de malos deseos.

Si el barullo y la soledad se combinan, el peligro sube de punto.

Hay fiestas de sociedad fatales para la pureza. Son muchos los novios que, en la sobreexcitación de un baile, pierden la cabeza.

## EL "PASO DE LA MUERTE"

Habla en cierta población un paso a nivel que, por las víctimas de accidentes allí ocurridos, era conocido con el nombre del "paso de la muerte".

Para evitar las desgracias, había la correspondiente barrera, que se cerraba al aproximarse un tren; pero la gente, poco paciente, se la saltaba, y el accidente sobrevenía.

En vista de ello, las autoridades determinaron tapar aquel cruce, impidiendo la circulación de carruajes y peatones, los cuales debían dar un pequeño rodeo para atravesar un puente próximo.

Las gentes protestaron contra esta determinación, ocasionadora de retrasos y molestias, y entonces los municipales construyeron sobre el antiguo paso a nivel una pasarela, con la cual el problema quedaba solucionado, y cuantos peatones querían, podían circular libremente sin peligro alguno.

La evolución de los tiempos modernos ha creado en la moral pasos a nivel, en los que no ha resultado práctica la barrera prohibitiva, porque los individuos se la saltaban y el accidente sobrevenía. Les cuadra muy bien el nombre de *pasos de la muerte*. Sus víctimas son incontables.

Cerrar a cal y canto la circulación por ellos es crear a los buenos cristianos, fieles cumplidores de los mandamientos, una situación difícil, en algunos momentos sólo con grandes esfuerzos sostenible, y siempre molesta.

¿Cómo solucionar el problema? Tendiendo una pasarela, por la que los individuos puedan atravesar suficientemente elevados, sin peligro de atropello para sus almas.

Al circular los novios por la vida encuentran varios *pasos de la muerte*. Vamos a estudiar brevemente los más notorios y a tendones la correspondiente *pasarela*.

*El cine:* Es un *paso a nivel* a donde se llega apenas iniciado el noviazgo.

La solución más bonita sería que nunca fuesen solos, sino siempre en compañía de otras personas. Mi debe de ser, y esto es lo normal.

Lo malo es que las amigas y hermanas de la novia carecen de espíritu de caridad, no se quieren sacrificar, les parece que eso es *llevar la cesta*, lo cual a ellas, muchachas modernas, se les antoja ridículo, y se niegan a ir.

Juzgo una gran tontería considerar como un sacrificio, o como cosa cursi, sentarse en las butacas inmediatas a los novios en vez de hacerlo en otras localidades.

Tampoco me convence la disculpa de que entonces el novio tendría que pagarles la entrada a todas, con perjuicio de su presupuesto. Esto podría ocurrir en ocasiones extraordinarias, pero no habitualmente en que es suficiente combinarse para sacar las localidades inmediatas, pagando cada uno como lo harían si fuesen separados.

Quando los intentos de llevar compañía hayan fracasado, o por alguna circunstancia razonable no se muestren factibles, los novios pueden ir solos, cuidando no colocarse en localidades sospechosas, sino donde resulten bien visibles.

La selección de las películas debe ser más delicada.

*Las excursiones:* Otro *paso a nivel*. ¿Cómo se salva?

Las excursiones a solas nunca pueden justificarse, excepto el caso de que tanto el término de la jira como el trayecto sean tan frecuentados, que, en realidad de verdad, resulten acompañados.

Sería deseable que a las excursiones no fuese exclusivamente la gente moza, sino que también los padres u otras personas mayores participasen en ellas.

Pero atengámonos a los hechos, y éstos son que hoy día a estas excursiones tan corrientes y frecuentes sólo acude la muchachada.

No hay inconveniente en que así lo realicen con tal dé que adopten las medidas conducentes a evitar el peligro.

Y son éstas que la muchachada vaya siempre junta; es decir, sin perderse de vista, ni separarse las parejas metiéndose por la espesura de la arboleda, o tras murallas de rocas, de modo que, prácticamente, los novios resulten solos o extraviados.

Otra medida elemental es que no se pernocte fuera de casa, ni el regreso se convierta en un trasnocho indelicado.

¿Algo más? Sí. Es muy interesante en las excursiones seleccionar las compañías y cuidar los vestidos, posturas y juegos, porque en todos estos detalles el campo suele poner ocasiones de pecar.

La bicicleta constituye también otro paso a nivel, por esa manía que les ha entrado a algunos novios de utilizarla para alejarse.

La *bicicleta* no tiene la virtud de cambiar la moralidad por tanto, todo aquello que está mal a pie, lo está cuando se va en bicicleta o en cualquier otro vehículo.

No puede tolerarse que la novia vaya montada en la misma bicicleta o moto que su novio, y, además, para evitar inmodestias, deberá llevar el conveniente traje de *sport*.

*El auto*: Esta costumbre es peor, y con ella no puede transigirse. Dos novios solos en un auto, jamás. Serán muy buenos y muy formales...

Todos somos buenos hasta que comenzamos a ser malos, y ese comienzo lo puede determinar una ocasión.

Entonces ¿en este paso a *nivel* no es posible tender una *pasarela*?

La única posible es que en el mismo coche vayan otras personas.

*Entrada en la casa*: ¡Malditas costumbres modernas que con tanta facilidad abren las puertas de la casa de un enamorado al otro! ¡Cuántos patinazos se han dado en estas visitas! ¡Cuántos pecados cometidos casi al lado de quienes están constituidos por Dios en defensores de la inocencia de sus hijos!

Téngase en cuenta lo dicho en el capítulo anterior, y se comprenderá en seguida cómo en estas visitas se multiplican los peligros.

La subida a la casa, la estancia en ella, las despedidas en la puerta son peligros sobre peligros.

Cuidado, mucho cuidado. En este aruco, tan propicio a resbalar, sólo puede tenderse una *pasarela*, la misma del caso anterior: que jamás los novios estén solos.

¡Qué triste es la ceguera de las mamás que encuentran muy fácil salirse de la habitación, donde ellos se hallan, con cualquier pretexto

—No es más que un momento, para acudir al teléfono, para dar un recado a la chica, para tomar un libro...

—Padre —me decía una novia arrepentida—, para pecar basta unos segundos.

En unos segundos se produce el accidente. En él ha muerto el alma por el pecado.

Y dicen que los moralistas somos exagerados y unos pesimistas, porque queremos evitar que ciertos cruces de la vida se constituyan en el paso de la muerte.

## HAZTE RESPETAR

“Si quieres que te respeten, hazte respetar”, reza una máxima heredada de cien generaciones de antepasados.

¿Quién tiene la culpa de que los chicos sean tan atrevidos en el trato con las muchachas?

En la mayoría de los casos, ellas, que no se hacen respetar.

“Los hombres se atreven rara vez a faltar al respeto a una mujer, por joven que sea o por sola que se encuentre, si ella se les muestra siempre digna y distinguida” —dice el conocido libro de formación, *Camino del matrimonio y de la maternidad*.

Juega un papel muy importante en esta materia el vestido.

No pertenece a la dignidad de la persona; pero contribuye a prestigiarla o a degradarla.

El vestido inmodesto, ligero o por alguna razón provocativo, hace aparecer a la mujer como una muñeca a propósito para la diversión.

El hombre se siente inclinado a jugar con ella, y la trata sin respeto alguno.

¿Quién respeta a un juguete? ¿Qué consideración merece una muñeca?

Viste con dignidad cristiana, muchacha, si quieres que tu novio te respete. No te presentes a él con atuendo estimulante de sus bajas pasiones.

Es muy natural que procures agradarle, aparecer a sus ojos bella y atractiva.

No te aconsejo que te dejes llevar de la vanidad pues con ello abres una brecha en la fortaleza de tu alma por donde puede ser atacada.

De la vanidosa a la muñeca no hay apenas distancia. La vanidosa, en el mejor de los casos; no pasa de ser un *bibelot* de porcelana muy mono, muy decorativo, muy admirado; pero tan frágil, que al primer golpe se rompe.

Arréglate como sabes que le vas a gustar, teniendo siempre cuidado de utilizar con la debida discreción lo estético y evitando con esmero lo excitante.

Que te encuentre él bella, sí; que te encuentre provocativa, no.

Una belleza de merengue, de escenografía, de bambalina, no; la belleza del arte, sí; que el arte es espíritu, y en sus líneas y módulos refleja un ideal.

Tú eres espíritu, tu ideal es el de Cristo; tienes que poseer el arte del cristiano, que en su persona, en sus modalidades, en su conducta va plasmando el ideal sublime de su Maestro.

Por eso tu belleza corporal, realizada por tu *toilette*, debe ser fruto y reflejo de la belleza moral de tu alma.

No es la belleza del maniquí, de la muñeca, de la figurita de *biscuit*, sino de la belleza de la *señora*, a quien por su Juventud y delicadeza se llama *señorita*, y que, como ejerce el señorío sobre sí misma, por él se encuentra, naturalmente, elevada a la categoría de señora de quien bien la quiera y sobre quien sabrá ejercer en todo momento un suave y delicioso señorío.

A la señora se la respeta: su prestancia frena todo intento de desliz, y ante una plebeyez cualquiera se yergue digna e intransigente; una distinción atractiva fluye de ella y le da superioridad.

El hombre que la contempla la respeta. Si sabe comprenderla, se siente atraído por la hermosura de su alma buena; y cuanto más hondo cala en su virtud, tanto más se enamora y más rendido —jamás atrevido— se encuentra hacia ella.

¡Qué ingenuas y equivocadas esas pobres chicas que buscan en los excesos de su *toilette*, en sus posturas provocativas, en su trato desenvuelto, estímulos para enamorar o nuevos lazos para sujetar al enamorado! No se dan cuenta de que con ello no se enseñorean de un hombre que se entrega al servicio de su felicidad, sino que sobreexcitan las pasiones de un hombre, que será muy bueno, pero que con sus estímulos sensuales se siente desequilibrado, y no ve en ella la mujer ideal, virtuosa, cuya imagen nunca debe desaparecer de su vista, sino, antes al contrario, un objeto de placer al servicio de la satisfacción de su apetito.

—No me respeta. No sé quiénes creen los hombres que somos las mujeres.

¿Cómo quieres que te respete, si no apareces respetable? Puede, sin embargo, ocurrir que, aun mostrándote tú digna de respeto, en algunas crisis pasionales, él se sienta tentado a faltarte.

Hay momentos en que el amor le produce como una fiebre pasional. La fiebre, cuando es alta, trastorna la cabeza y hace delirar. En el delirio se ven fantasmas absurdos y se dicen los mayores disparates.

Los chicos, a veces, en el trato con su novia, bajo la influencia de la calentura amorosa, pierden la cabeza; en su delirio, no ven a la novia como es, sino un fantasma absurdo creado por su imaginación calenturienta, y pretenden verdaderos disparates.

No cedas; muéstrate intransigente, mantente más elevada que nunca. Ni la más mínima concesión.

—Es una pequeñez.

No importa; las grandes caídas han comenzado por pequeñas faltas; la ruina de edificios monumentales tuvo por origen una pequeña gotera; el fuego que abrasó toda una barriada comenzó por una chispa.

Ya lo dijo el poeta latino Ovidio, a pesar de ser pagano:

*"Principiis obstal Sero medicina partatur,  
Cum mala per longas convaluere moras".*

"Oponte a los principios. El remedio llega tarde, cuando el mal se ha hecho fuerte por haber condescendido con él durante largo tiempo".

—Si no es malo. Dicen que no es ni pecado...

Efectivamente, hay ciertas manifestaciones de cariño que *de suyo* no son malas, pero muy fácilmente pueden serlo, en el momento mismo en que se mezcle la pasión: y ¡es tan fácil, tan excesivamente fácil, que la pasión se mezcle en estas manifestaciones de cariño y las cargue de sensualidad!

Y aun en los casos en que no son pecado, no debes ceder. Son una puerta que abres al pecado, una facilidad para él, colocarte en el borde mismo del resbaladero... Aquí no resbalo. Un pasito más... Aquí, tampoco... Ni aquí... ¡Ay! ¡Ya has resbalado!

Es el caso de todos los días.

"Un pequeño vaso de alcohol no produce la embriaguez, pero hace que se coja el gusto para el segundo y el tercero, y viene la embriaguez. Lo mismo pasa con las caricias y besos".<sup>7</sup>

Aquello no era pecado; pero le tomaste el gusto y te predispuso para el pecado. No transijas.

—¿Con...?

—Con nada. No transijas si no quieres caer.

<sup>7</sup> Abbé Jean Duchêne, "Vous et les jeunes filles".

—Una vez, una sola vez

—Ninguna. Hoy será una vez, y mañana, otra, y otro día, la caída.

—No pasaré de ahí.

—Si no quieres pasar, no empieces. No se verían muchos atados por férrea cadena, si no hubiesen forjado el primer eslabón.

—Entonces, ¿los novios hemos de caminar uno junto a otro, fríos, rígidos, con empaque de extrañeza?

—Nada, de eso. Con tu novio muéstrate simpática, alegre, bromista, atractiva, *charmant*. Que vea en ti interés y cariño.

Pero exige un respeto absoluto a tu persona. Eres intangible. Tu cuerpo es sagrado. Para él mucho más sagrado que los de las demás chicas, aun siéndolo éstos también. No se puede tocar.

¿Juegos de manos? Intolerables. ¿No dice el refrán que *juegos de manos, juegos de villanos*? No son, por tanto, dignos de una señorita y un caballero. No insultes a tu novio, consintiéndoselos sería llamarle villano.

Lee lo que San Francisco de Sales escribe en la *Introducción a la vida devota*: "Jamás permitas, Filotea, que te toque alguno incivilmente, ni por ruego ni por caricia, porque aunque tal vez puede conservarse la castidad entre unas acciones más livianas que maliciosas, siempre padece con ellas algún detrimento y pérdida la frescura y flor de la castidad".

¿Ir del brazo? Peligroso ¿No te das cuenta de que es empezar? ¿No ves que comienzas a dejar de ser intangible?

No empieces, que no sabes dónde vas a terminar.

Envuelve a tu novio en los hechizos de tu conversación graciosa; bromea con él, charla con sal. Pero que tu sal y tu gracia sean blancas, sin que la mostacilla de lo picaresco salpique vuestras palabras, ni lo grosero las manche, ni segundas Intenciones hagan levantarse en vuestras imaginaciones nubecillas tormentosas de sensualidad.

Hazte respetar; muéstralo digna, señorita virtuosa. No olvides tu propósito sincero de llevar al altar tu pureza intacta, lo cual sólo podrás lograr con una prudente y firme Intransigencia.

—¿Y si se enfada?

—Que se enfade. Más vale que se enfade el novio que no Dios.

—¿Y si me deja?

—Que te deje. Más vale que te dejen de novia que no de casada.

—¿Y si no me caso?

—Que no te cases. Más vale no casarse, que casarse mal.

## INTRANSIGENCIA

No tienes que contarme lo sucedido. Sé muy bien lo que pasó.

No cediste con una de esas pretensiones insensatas que en momentos de delirio tienen algunos novios; él se puso tonto y os despedisteis enfadados.

Tú te quedaste muy triste; hasta lloraste cuando te viste sola en tu habitación.

¡Pobres novias! ¡Con qué facilidad os llenáis la vida de amargura!

No te preocupes, y espera.

Si él es malo y por eso te deja, alégrate; más vale que lo haga cuanto antes. Te hace un favor. Sería horrible que te llegases a casar con él.

Si es bueno, cuando se haya pasado la bochornera de la pasión, reflexionará, verá que tuviste mucha razón, y, en adelante, te considerará mucho más.

El fruto de tu intransigencia será una mayor consideración hacia ti. Te verá más virtuosa y elevada que él, y experimentará veneración grande por aquella chica buena que, cuando él se tambalea, permanece firme, y, mientras él pierde la cabeza, continúa serena, con la mano en el timón, sin marearse.

A poco que lo piense, se dará cuenta de lo que a ti te cuesta mantenerte en tu puesto y el sufrimiento con que desgarras tu alma en sus desvaríos. Tu valor subirá, se cotizará mucho más alto desde este día.

¿Sabes la ventaja que supone para una mujer ir al matrimonio como superior en el concepto de su novio?

La superioridad económica o de educación ni es siempre posible ni con frecuencia resulta bien; mas la superioridad de la virtud pone en manos de la mujer una influencia decisiva en el hombre, el cual sentirá la presión de su prestigio, la respetará y atenderá su opinión. "Al fin y al cabo es mejor que yo", es la frase recogida de labios de muchos maridos.

En cambio, si cedió, pasada la embriaguez carnal, al volver la reflexión, ¡qué pequeña aparece a los ojos del chico la muchacha caída! Se le antoja un juguete. El juguete, mientras es nuevo y bonito, entretiene y gusta; cuando ha perdido la novedad o aparece desconchado, cansa, se le da un puntapié y a la basura.

Son muchos los casos en que un hombre arrebatado por la pasión, ha puesto en juego todos los resortes para hacer pecar a una chica, y,



cuando la ha visto caída, ha experimentado repugnancia por su víctima, y la ha abandonado

¿Criminal? Todo lo criminal que quieras; pero el premio de sus condescendencias y transigencias ha sido para muchas desgraciadas éste.

Cedieron, porque no querían dejar escapar el novio, y lo que ellas juzgaron un lazo que lo ataba más fuertemente fué la causa de su pérdida.

No es nada nuevo tal proceder. Si has estudiado los clásicos, Cervantes te habrá contado los amores de Dorotea con don Fernando.

Dejóse ella deslumbrar, como otras incautas, por las promesas y juramentos del hilo del duque; por sus insistencias y ruegos, cedió, ofendió a Dios gravemente y perdió al novio, que, a partir de aquel momento, no volvió más.

Su condescendencia le costó muchas lágrimas y amarguras, a las que Dios quiso poner fin con el arrepentimiento del malvado.

Me dirás que todo es una novela inventada para entretener.

Novela es, desde luego, aunque tomada de una triste realidad.

Varios casos concretos e históricos riñen en mi cabeza tratando de descender al papel. Prescindo de ellos, y te brindo esta cita de Hardy Schilgen en *Ella frente a él*.

"Un joven que estaba de novio se encontró un día con un amigo, a quien manifestó que su noviazgo habla terminado, porque unos días antes pecó con su novia.

¿Y a causa de eso ha roto ella sus relaciones contigo?

—preguntó el amigo.

—No —contestó el joven—; fui yo quien las rompí. Me había hecho el propósito de hallarla inocente frente al altar nupcial; pero resulta que hace unos días me emborraché, y me dejé llevar de la pasión. Pero el modo como ella accedió a mi proposición me produjo una repugnancia tal, que ya no me siento capaz de casarme con esa mujer".

Esta conducta será todo lo criminal que quieras; pero es el castigo merecido por quien no sabe ser fiel a su Dios.

## FRENA EN SECO

¿Has comenzado a ceder? ¿Has transigido con lo indebido? ¿Te has dejado salpicar de barro? ¿Has llegado a faltar?

Frena en seco. Hasta aquí has llegado y aquí se corta. Ni un paso más; no cedas ni un milímetro de terreno, Desde este momento vira en redondo.

¿Te fijas en la frase? Desde este momento.

¿Desde los ejercicios espirituales que vas a practicar? No.

¿Desde la fiesta de María, que está ya próxima? No. ¿Desde la semana inmediata? No.

¿Desde el día en que te confieses? No.

Desde hoy; desde este mismo instante.

El infierno está lleno de buenos propósitos incumplidos.

Quedan sin realizarse muchos propósitos porque se dejaron para luego, y ese luego no llegó.

—Por esta vez, cedo; pero que conste que es la última.

Al día siguiente vuelve a repetirse lo mismo, y al otro, y al otro...

Siempre es la última vez, y nunca se termina.

Corta en seco. Desde ahora ya no más.

—Una vez; nada más que ésta, y ya nada más.

No; todo ha terminado. La última fué la pasada. Ya no hay más.

No te limites a proponértelo en el secreto de tu corazón; afronta la cuestión con él, y manifiéstale, con todo el cariño que quieras, pero con una energía indomable, que no estas dispuesta a ceder ni una sola vez en lo más mínimo.

Háblale de adoptar las medidas convenientes para evitar la repetición. Si es posible, traza, de común acuerdo con él, el plan a seguir en adelante. Si él se revuelve y no se aviene, traza tú el plan e imponlo.

Te ayudarán mucho en estos momentos los consejos de un buen director espiritual. Porque has de sufrir vacilaciones, dudas de sí exageras, temores de equivocarte o perjudicarte, ataques fuertes de tu corazón zarandeado por un amor impulsivo, tentaciones de transigir como otras...

Si tu novio tiene cultura, con la elocuencia propia de la pasión te colocará una serio de rollos que te dejarán hecha polvo. No sabrás qué

contestarle: te parecerá que tiene razón; casi, casi te convencerás de que tú eres quien le falta a él por no transigir.

En estos momentos necesitas una mano que te conduzca, aun cuando tú no veas claro; unos ojos que vean por ti, sin deslumbrarte; unos brazos que te sostengan para que no desfallezcas en tus decaimientos.

Todo eso encontrarás en los consejos de un director.

No lo busques de mera fórmula, como espantapájaros de las caídas más graves, porque te han dicho que tiene una manga bastante ancha por donde se cuelan muchas cosillas.

Búscalo comprensivo, de manera que pueda hacerse cargo de tus diversas situaciones; discreto, de forma que juzgue con prudencia en cada caso; enérgico, para que, sin condescendencias ni equivocadas compasiones, te urja el cumplimiento del deber y te pida cuentas de tu conducta; santo, para que te transmita el fuego del amor de Dios.

Búscalo tal, que para ti sea *otro Cristo*, y en nombre de Él te hable, te ilumine, te reprenda o te bendiga, te exija y te proteja.

Algunos novios, con ribetes más o menos intelectuales, tienen la pretensión de ser ellos los directores espirituales de sus novias.

—Entre los dos —dicen— no debe haber nada oculto. Tú me lo cuentas todo, y todo te contaré yo a ti. ¿Para qué más director? ¿No confías en mí? ¿No te fías de mi cultura? Si yo fuese un paleta... Además, ¿no vas a ser para mí? ¿Por qué no te he de hacer a mi gusto? Déjame modelar tu alma.

Y hay novias que se deslumbran y acceden. El resultado... catastrófico.

Ya lo dijo Jesucristo: *Si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en la hoya.*

No conozco un solo caso de éstos en que no se hayan precipitado en el abismo.

Al llegar aquí, tal vez te aflija una idea agobiante.

—Estoy dispuesta a frenar desde este momento y dar un viraje en redondo; pero ¿y lo pasado?

¡Qué misericordioso es Dios! ¡Cómo olvida lo pasado ante un arrepentimiento sincero! Como Padre amantísimo, sale al encuentro del hijo pródigo, que, contrito, regresa a la casa paterna, y le tiende los brazos por medio de la confesión.

Lloras porque manchaste el vestido blanco de la pureza. Ya no podrás acercarte al altar cubierta con él.

Consuélate. ¿Te acuerdas de aquel vestido blanco que en una fiesta se te manchó? Lo creías estropeado para siempre; pero lo llevaste a la tintorería, y lo limpiaron tan bien, que parecía nuevo.

¿Has manchado el vestido blanco de tu pureza? Jesús tiene en el sacramento de la Penitencia una tintorería espiritual donde las manchas más repugnantes y rebeldes quedan completamente limpias.

Arrepiéntete, confiésate, y de la confesión saldrás con el vestido de la pureza blanqueado de nuevo y dispuesto para la boda.

A los pies de Jesús, María, la pecadora, recuperé la vestidura de la gracia, y se hizo digna de gustar de la fiesta de la Resurrección.

“Es una idea halagüeña —pensará alguna—. Dios me perdonará; en la confesión recuperaré la vestidura blanca perdida. Puedo pecar, condescender con los ímpetus pasionales de mi novio; después me confieso, y, vestida nuevamente mi alma de blanco, me acercaré al altar del matrimonio”.

No puedo creer en ti tal mezquindad. Tú no eres tan ruin que pretendas abusar de la misericordia divina y no te dejes mover por el amor del Señor.

Tú amas a Dios sobre todas las cosas, y estás dispuesta a perderlas todas antes que ofenderle; tú te has conmovido multitud de veces ante los dolores de su Pasión, y estás firmemente decidida a no pisotear con tus pecados la sangre tan generosamente vertida.

¿No dejó Jesús rasgar cruelmente sus carnes para expiar los excesos de la carne pecadora? ¿No consintió que las espinas punzasen su cabeza para purgar los pensamientos obscenos de las malas cabezas? ¿No quiso que su cuerpo fuese descoyuntado y clavado en una cruz para reparar la podredumbre moral de tantos cuerpos viciosos?

Tú lo sabes, y no puedes permanecer insensible. Tú no renovarás, como tantas novias inconscientes, la Pasión del Señor. Serás pura. Si has faltado, no volverás a caer.

Por si la tentación te hurga, reflexiona.

¿Por qué las viudas, por muy santas que hayan sido en su matrimonio, cuando vuelven a casarse no se visten de blanco?

Porque no son vírgenes. Si una chica no llega al altar virgen, aunque se haya confesado, no tiene derecho a vestir de blanco. A los hombres engañará; ante Dios su conducta será hipócrita.

¿Y si no llegó a perder la virginidad, sino que tan sólo la mancha o ensombreció?

Habrás observado que cuando se va a pintar ciertos objetos con colores delicados, sobre todo si han de estar expuestos a la intemperie, primeramente se les cubre de una pintura roja, sobre la cual va el color definitivo.

Toda mancha de pureza, para recuperar la blancura perdida, ha de ser primeramente cubierta con el color morado de la penitencia, y solamente sobre éste podrá fijarse la blancura de la inocencia recuperada. La penitencia incluye arrepentimiento sincero y propósito decidido de no pecar, el cual supone el de evitar las ocasiones.

María, la pecadora, se nos muestra encaramada sobre los altares, y la liturgia se viste de blanco: pero tras de su nombre no aparece, la palabra de albura inmaculada *virgen*, sino la que dentro de su nitidez incluye reflejos morados, *penitente*. Su flor no es la azucena, la flor de María Inmaculada; es el cardo, la flor de Eva, que se rehabilita recorriendo un camino de abrojos y espinas.

Además, los pecados contra la pureza, no sólo son mancha, sino también desgarrón. El vestido desgarrado se zurce, y queda como nuevo; pero toda tela zurcida pierde valor, si los zurcidos se multiplican, da mal resultado. ¡Pobre el que herede un traje zurcido! De poco le servirá.

La confesión zurce las desgarraduras de la pureza, pero no suprime las consecuencias que podríamos llamar naturales del pecado. Uno y otro pecador, más él que ella, quedan con una propensión a la deshonestidad, tanto más aguda cuanto más se multiplicó el delito, que puede un día desarrollarse en infidelidad, como queda expuesto en otro capítulo. Los hijos heredan estas tendencias, y a veces también otras taras anejas.

Aun cuando Dios, en su infinita misericordia, perdone los pecados, ¿podrá en su infinita justicia igualar el noviazgo de albura incontaminada con el de pureza llena de zurcidos y de repetido pasar por la tintorería? ¿Podrá bendecirlos de la misma manera?

—Entonces —dirá alguna con conciencia turbada—, ¿ya no puedo recuperar lo perdido? ¿No habrá un medio de volver a conseguir la ilusión de ese amor blanco que sublima, embellece y atrae sobre un hogar nuevo la felicidad? ¿Jamás seré digna de oírme llamar por mis hijos la mamá buena, la mamá santa?

La virginidad perdida es imposible de recuperar. Sin embargo, la penitencia y una vida austera de pureza pueden crear un sustituto de virtud y de mérito que encumbra, incluso, a mayores alturas de santidad.

Los hábitos pecaminosos engendrados en las caídas pueden llegar a neutralizarse por una nueva conducta de vencimiento sin condescendencias. Él *sí* se borra con el *no*; y cuanto más fuerte ha sido el *sí*, tanto más fuerte ha de ser el *no*.

Aprende a decir que *no* a la pasión, a las insinuaciones de tu novio, a sus empujones hacia la pendiente, a su palabrería mareante.

Has cedido con la sensualidad, has resbalado, has caído.

No estás en buena disposición para casarte. ¿Quieres capacitarte para una buena boda?

Desde este momento sé intransigente con lo deshonesto, aléjate del resbaladero, mantente derecha sin inclinarte jamás, cualesquiera que sean los cantos de sirena que lleguen a tus oídos, y cuando con este proceder hayas adquirido un hábito fuerte de pureza, acércate llena de ilusión al altar de tus nupcias, sin recatar tus ojos a los ojos de Dios, sin temor las miradas de inocencia de tus futuros hijos, Sin escrúpulo alguno. Con la gracia de Dios, en virtud de los merecimientos de Cristo, tu vestidura, antes ensombrecida y rasgada, ha quedado no sólo blanqueada y zurcida, sino también reforzada en su albura y en su fortaleza, con derecho a las predilecciones más generosas del Corazón de nuestro Dios.



El matrimonio cristiano es un acontecimiento penetrado sin duda de santa, alegría, cuando se ha, contraído con las disposiciones requeridas...

Tres son los momentos en los que mayor relieve tiene aquel acto conmovedor y de expresivo rito sagrado. El primero, el esencial, es el consentimiento mutuo que, manifestado por la palabra de los esposos y recibido por el sacerdote y por los testigos, viene a ser como confirmado y ratificado por la bendición y entrega del anillo, símbolo de entera e indefectible fidelidad (Pío XII en su discurso del 5 de Julio de 1939).

## LA PETICIÓN DE MANO

La realización del ideal se aproxima. La Ceremonia definitiva tiene su prelude en la petición de mano.

Las familias se reúnen en casa de la novia; una comida constituye el acto central. Hay alegría, holgorio, intimidad. Los novios se cambian regalos. Son los primeros regalos oficiales que se hacen. Sus familiares se cruzan también sus obsequios.

Cuando los novios son realmente cristianos, ese día comulgan. ¿No van a dar un paso más hacia la más íntima unión? Entonces. ¿Por qué no unir más sus almas con la atadura eucarística?

Juntos van a la iglesia, se arrodillan ante el mismo altar y reciben ante el mismo altar y reciben en sus al mismo Dios, pidiendo por la misma intención.

Desde este día ante la sociedad quedan obligados, no con lazo jurídico, pero sí con una atadura moral de formalidad y seriedad.

No es serio romper las relaciones después de dar este paso, si no es por una razón muy poderosa.

Atiéndeme, novia, y reflexiona.

En estos días tú y tu novio habéis visitado las joyerías para elegir las joyas con que os ibais a obsequiar.

Tú has elegido un anillo precioso, y has sentido una ilusión enorme al entregárselo.

¿Te has acordado de obsequiarle con otra clase de joyas? ¿Me preguntas de qué joyas se trata?

Tu novio tiene un alma espiritual capaz de enriquecerse y engrandecerse con valores espirituales.

¿Te has preocupado de entregar a esa alma una influencia benéfica que tienda a perfeccionarle?

Haz un poco de examen. Este día de tanto barullo y tanto holgorio es día propicio para la reflexión. Si los acontecimientos de la jornada te embarullan tanto que no te dejan un momento libre para meterte en tu interior y pensar, hazlo al día siguiente.

Examina tu noviazgo, Tu novio, desde que te conoció, desde que inició tu trato, desde que comenzó el noviazgo, ¿es mejor que antes? ¿Es mejor cristiano? ¿Más religioso? ¿Mejor cumplidor de los mandamientos? ¿Piensa mejor? ¿Su amor ha ido elevando el tono o, con el tiempo, se ha ido rebajando y materializando? ¿Con tu trato se ha hecho más espiritual o más carnal?

Y tú, a medida que vuestras relaciones han ido avanzando, ¿has ido madurando en las virtudes de la mujer cristiana? ¿Para él eres más ángel o más... demonio?

Me cuesta escribir esta palabra, y, sin embargo, responde a una triste realidad. Hay chicas que, a medida que se aproximan a la boda, son más demonio para su novio. Con su irreflexión y con un concepto pagano de la pureza y del pudor, le tienden lazos en los que cae.

Quieren ser seductoras y emplean la seducción del pecado.

Creen que ya no tiene nada que ver, puesto que dentro de unas semanas o de unos días serán totalmente el uno del otro.

No saben esperar. Se dejan dominar de la impaciencia de la última hora. Ignoran la importancia que tiene para su autoeducación el vencimiento de estos impulsos desbordados de la impaciencia instigada por el instinto.

Es una pena que por unos días de falta de fuerza de voluntad algunas desgraciadas echen a perder todo un noviazgo blanco y esterilicen los sacrificios de muchos meses o de años. Construir un bello edificio y cuando ya se está colocando el tejado prenderle fuego, es una insensatez.

No se fijan que el mérito no es de los que empiezan bien, sino de los que terminan bien.

Desde luego, en los días finales del noviazgo, los peligros aumentan, la pasión se desata con mucha más facilidad. Con el trato ha crecido la familiaridad, la confianza, la intimidad. ¿Qué se ha de hacer? Adoptar mayores precauciones, acudir más a buscar la ayuda de Dios por medio de la oración y tener más cuidado de examinarse y no transigir.

Cada vez son más las chicas reflexivas que, como preparación próxima al matrimonio, en los últimos meses del noviazgo practican los Ejercicios espirituales, de donde salen saturadas de espiritualidad y con ansias de realizar en toda su grandeza, sobreponiéndose a las ruindades humanas, el santo ideal del matrimonio.

Las tandas especiales de Ejercicios espirituales para novias se empiezan a generalizar, lo cual es indicio de que el número de las sensatas se multiplica.

Como crece también el número de los chicos que paralelamente a sus novias, por insinuación de ellas o por propio impulso, se retiran a Ejercicios, con lo que el resultado es mucho más fructífero.

## FRAGMENTOS DE DOS CARTAS

La princesita María de las Mercedes de Orleans se va a casar con el rey de España, Alfonso XII. Es una boda de amor.

Mercedes tiene diecisiete años, es bella, piadosa, sencilla, atrayente. Vive días de ilusión. La vida se abre ante ella como un sueño de hadas.

La alegría no le cabe en el pecho; necesita comunicarla a sus amistades. Coge la pluma y escribe a la madre María Eugenia de Jesús, a la que tantas confidencias hiciera en su época de colegiala en la Asunción de Auteuil. Una alegría saltarina retoza por los renglones de la carta:

"Me es grato comunicarle, llena de regocijo, que se abre ante *mí* un porvenir radioso de venturas inacabables y dichas sin ocaso, en una alianza que no está inspirada en razones de Estado, sino que obedece a la elección hecha, libre y espontáneamente, por el corazón hidalgo del joven monarca".

¡Pobre princesita española! ¡Cómo le engañaba el amor, haciéndole creer en un porvenir de "venturas inacabables y de dichas sin ocasiones"!

¿Es posible en este mundo una ventura inacabable? Aquí todo se acaba, por grande y venturoso que sea; no hay un día sin ocaso, aun cuando sea un día tan radiante como el del amor.

Una ventura sin fin sólo es posible en el Cielo; el día de la gloria es el único sin ocaso. El sol de la eternidad permanece inmóvil en el cenit, sin desviarse jamás hacia el occidente.

El porvenir venturoso de la princesita buena y bella se acabó muy pronto. Entre fiestas esplendorosas, la corona real española ciñó su frente iluminada por el amor, y a los pocos meses una muerte prematura arrancaba con mano alevosa su vida. La que entrara poco antes en el palacio real triunfal, llena de vida, radiante de belleza, cargada de sueños de ilusión, salía cadáver camino del regio panteón.

Así de caduco y efímero es todo en este mundo: el amor, la ilusión, la alegría.

—Padre, no me hable usted de cosas tristes cuando entre sonrisas y ensueños me acerco al matrimonio.

No quiero entristecerte; quiero tan sólo que pienses un momento. Por un amor tan frágil que la muerte rompe cuando menos se piensa, ¿se puede pisotear un amor eterno?

¿No es más lógico hacer servir el amor terreno al celestial? ¿Saturar de éste aquél?

Así se consiguen dos cosas: lograr el fin supremo siguiendo los imperativos de la razón y de la revelación y, a la vez, convertir el porvenir en una ventura inacabable y en una dicha sin ocaso, como lo soñara nuestra princesita, aunque en un sentido distinto.

Es otra mujer española, y aunque no de sangre real, vivió la vida en la corte de Alfonso XII. Era dos años más joven que la reina Mercedes.

No fué su amor tan radiante por los esplendores mundanos, ya que no era un monarca quien lo hacía florecer; pero, ¿acaso la embriaguez del amor es menos dulce porque no ciña corona? ¿No es para toda mujer enamorada un verdadero rey de su corazón el hombre amado?

¡Con qué ilusión se acercó al altar, a pesar de las circunstancias que le rodeaban! Un amor ardiente y puro fundía aquellos dos corazones ejemplarmente cristianos.

Treinta y cuatro años han vivido unidos en matrimonio modelo; María Gallostra de Castaño, derribada en el lecho, siente acercarse a la muerte

y escribe a su marido una carta que no deberá ser leída hasta después de su fallecimiento<sup>8</sup>:

“Enrique mío: Por si Dios dispone de mí sin que pueda decírtelo de palabra, quiero dejar aquí expresado mi cariño tan grande para ti durante nuestra ya larga unión, dándote gracias con todo mi corazón por el que siempre me has demostrado, así como por todos tus cuidados y atenciones, que han sido innumerables y que yo tan poco he sabido y podido pagar, sobre todo en esta larga enfermedad...

Conste que *muerdo feliz por tu cariño y por el de mis bonisimos hijos...*

Piensa que todo el *cariño que siempre me has tenido puedes seguir teniéndomelo* encomendándome a Dios y haciendo obras de misericordia, y cuanto más vivas cerca de Dios y te acerques a su santa Mesa, más satisfacción me has de dar y más juntos estaremos...

No me olvides, perdóname una vez más, gracias por todo, y sabes que hasta el fin te he querido y sido fiel tu María”.

Hermoso poema de amor de una mujer de corazón grande, totalmente consagrado a querer a su marido. Lo ha hecho a través del amor de Dios, principal móvil de cuanto hacía, como reconocen quienes la trataron.

Unió en uno los dos amores, el de Dios y el de su marido; así lo testimonió ella misma cuando, poco antes de morir, dió a Enrique su último abrazo, y le dijo: *Dios y tú habéis sido mis Joyas...* Fiel a los dos, consiguió el ideal de la novia: que la dicha de su amor no tenga ocaso; y a través de Dios vió su perpetuidad: *el cariño que siempre me has tenido puedes seguir teniéndomelo*.

No, no quiero ensombrecer tu embriagadora alegría; quiero, por el contrario, evitar que un día pueda sufrir eclipses por no asentarla bien.

Goza de tu amor, prepárale el jardín donde ha de florecer; pero preocúpate de defenderlo de las inclemencias mundanas que pueden marchitarlo o con sus heladas o con sus ardores. Injértalo en el amor a Cristo para que adquiera resistencia, rodéalo del valladar de sus mandamientos para que nadie te lo robe, riégalo con el agua de su gracia para que conserve siempre la frescura, abónalo con la oración para que tenga más enjundia y pódalo con el sacrificio para que no malgaste sus energías en brotes inútiles y aun maléficos.

Haz jardinera de tu huerto a la Reina de las flores, y confía poder decir al final de la jornada, cuando llegue el momento de dar el “hasta mañana”, como María Gallostra: *Conste que muerdo feliz por tu cariño*.

<sup>8</sup> Juan Bautista Fomis O. F. M., “La perfecta casada María Gallostra de Castaño”.

## EN LA VICARIA

No ha estado acertado Manzoni en su novela *Los novios* al pintarnos la poco grata figura de don Abundio.

Se corre el peligro de que cuando los enamorados lean esta obra, que se les presenta como ejemplar, lleguen a creer que todos los párrocos son tan obtusos, inhumanos y poco serviciales como el que regía la parroquia de *Lecco*, de cuya feligresía formaba parte Lucia, la novia modelo que con pinceladas tan bellas ha sabido retratar el novelista italiano.

Yo hubiera propuesto más bien como el prototipo del párroco corriente a aquel padre Cristóbal, director espiritual de Lucia, siempre tan paternal, tan sencillo y tan dispuesto a todo sacrificio por las almas.

Cuando la muchacha tropezaba con una dificultad, acudía al padre Cristóbal, y en él encontraba en todo momento orientación, consuelo y apoyo. Renzo, su novio, ante cualquier obstáculo, se revolvía furioso, sin lograr otra cosa que embrollar la situación; pero Lucia conseguía encaminarlo hacia el convento del bendito padre, y el bravo mozo cambiaba: se tranquilizaba, volvía de nuevo a respirar optimismo.

Como el padre Cristóbal son, en general, los párrocos, y siempre que una Lucia y un lienzo acuden a su despacho a tramitar su expediente matrimonial, les acogen con benevolencia paternal y les dan cuantas facilidades pueden, amen de enseñanzas saludables y consejos luminosos para el porvenir.

¿Quieres convencerte de ello? Haz la prueba.

Ya ha sido pedida tu mano, y, de acuerdo las dos familias, habéis señalado la fecha. Antes de fijarla en definitiva, por si pudiese surgir algún inconveniente por vosotros imprevisto, visita a tu párroco, exponle tus planes y preséntale a tu novio.

Bien está que sean tus padres quienes le hablen; pero resulta muy delicado que tú también lo hagas personalmente.

¿Teda apuro? ¿Por qué? Si eres piadosa, frecuentarás tu parroquia, y, sin duda alguna, como buena feligresa, intervendrás en sus organizaciones; acaso perteneces a la Juventud de Acción Católica, o, por lo menos, militas en alguna cofradía, prestas ayuda al catecismo, etc.

En cualquiera de estas obras has tratado de cerca a tu párroco y te has acostumbrado a ver en él lo que es: el padre espiritual de su feligresía.

Con confianza filial, acudo ahora a su despacho y, o personalmente con él o con el encargado de su oficina, precisa los detalles de tu boda.

¿Cuándo te casarás? Todas las fechas son buenas para celebrar el santo matrimonio; sin embargo, hay épocas en que, por ser penitenciales e incluir cierta mortificación, la *Iglesia aconseja* a los casados continencia *prefiere* que en ellas no se verifiquen casamientos, y, con el fin de dificultarlos prohíbe la celebración de la misa de velaciones, aun cuando los obispos puedan dispensar de esta prohibición. Estas épocas son el Adviento y la Cuaresma.

¿No te parece que, si no existe una razón de peso, lo mejor es atemperarse al espíritu eclesiástico, y, sacrificando algún capricho, si es necesario, elegir para la boda una fecha en que las velaciones estén abiertas?

Así se evita tener que andar pidiendo dispensa o dejar las velaciones para más tarde, lo cual resulta enojoso.

Porque, convéncete, no acudir a velarse una vez casada, será muy expeditivo, pero no cristiano.

Tú debes ser cristiana sincera y ayudar a la Iglesia a restaurar sus costumbres, practicándolas con la mayor exactitud posible y dando ejemplo a los demás.

Por otra parte, si se piensa bien, amoldarse a las costumbres de la Iglesia es fácil; se reduce, la mayor parte de las veces, a sacrificar ciertos gustos y caprichos de poca monta, cosa que no cuesta mucho cuando se tiene verdadero espíritu cristiano.

Lo malo es que el espíritu del mundo se va filtrando en todas estas prácticas.

En algunas poblaciones se ha hecho corriente celebrar las bodas por la tarde. La razón no es de índole religiosa, sino mundana. Resulta más económica la fiesta profana, toda vez que no hay comida, sino tan sólo un *lunch* y luego baile hasta entrada la noche. Por otro lado, los invitados pierden únicamente medio día de trabajo.

Pero resulta que, siendo la boda por la tarde, no puede ir seguida de la misa de velaciones, que se deja para otro día. Después entra la pereza, y ese día no llega nunca.

¿No sería mucho mejor conformarse en un todo con los deseos de la Iglesia, y celebrar el sacramento y la misa en un mismo acto por la mañana?

Dices que entonces los gastos subirán más.

¿Eres cristiana o no? Para una cristiana, ¿qué es lo primero, el rito religioso o el banquete y fiesta profana?

Da pena pensarlo, y es una realidad: en muchas cabezas bautizadas pesa más el baile pagano que la ceremonia cristiana.

¿Dónde te casarás? ¿Dónde prefiere la Santa Madre Iglesia? Así pregunta una muchacha realmente consciente de su religiosidad.

La mente de la Iglesia en esta materia está consignada con toda claridad en el canon 1.109 del Código de Derecho Canónico:

"Celébrese el matrimonio entre los católicos en la iglesia parroquial. Con permiso del prelado o del párroco, podrá celebrarse en otra iglesia u oratorio público o semipúblico".

A continuación advierte que la celebración del matrimonio en las casas particulares únicamente puede autorizarla el prelado en algún caso extraordinario y por una causa justa y razonable. En cuanto a las iglesias u oratorios de seminarios o casas de religiosas, no deberán nunca permitirse en ellas las bodas, si no es por una necesidad muy urgente, y con ciertas condiciones.

Como el pensamiento de la Iglesia es tan explícito, no dudo cuál será tu conducta. Te casarás en tu templo parroquial, que es tu casa solariega como cristiana. Allí está tu pila bautismal o la que sustituye a aquella en que fuiste bautizada; tu Sagrario, el que te pertenece más que ningún otro y de donde Jesús ha salido a consolar a los tuyos en los momentos extremos de su vida; tu párroco y las organizaciones religiosas donde se ha ido tejiendo tu piedad y tu apostolado.

Algunas suelen preferir un santuario mariano de especial devoción o vinculado de alguna manera con su familia o con su vida.

Son razones legítimas, dignas de todo respeto; pero, ¿no es más laudable y más respetable el deseo de la Iglesia y el agradecimiento debido a la propia parroquia a la que tantos y tan legítimos lazos te unen?

No pocas novias han sabido cohonestar estas dos aspiraciones casándose en la parroquia y yendo a continuación al santuario mariano de particular afecto a depositar a los pies de la imagen de la Virgen el ramo de desposada.

Otras, en cambio, lo ofrendan al Sagrario del colegio que tantas cuitas y confidencias escuchó.

¿Quién bendecirá tu matrimonio? Le corresponde a tu propio párroco, que puede delegar en otro sacerdote.

Aquí tienes los puntos que has de ultimar en el despacho parroquial, a la vez que tramitas tu expediente matrimonial y escuchas los consejos de quien por vosotros vela en el nombre del Señor.

Cuando al despedirte de él le beses la mano, te dirá como el padre Cristóbal en su última entrevista con Lucía y Renzo:

—Pídele al Señor la gracia de ser una santa mujer.

Y acaso como aquél, os añada a los dos, mirando hacia la eternidad:

—Amaos como compañeros de viaje, con el pensamiento de teneros que separar algún día y con la esperanza de volveros a unir para siempre.

## HABLA LA IGLESIA

Repican ya las campanas alegres, jubilosas. Repican en tu corazón con sonidos de *Alleluya*, como en un Sábado de Gloria extraordinario.

Has terminado ya tu complicada *toilette*, en la que hoy han tomado parte tus hermanas y hasta tus amigas.

Todos te admiran, todos te dicen algo...; hasta tu padre, que es el encargado de meterte prisa, y ahora te anuncia que ha dado ya la hora y en la iglesia están esperando.

Medio aturdida, has bajado hasta el portal, donde te espera un coche adornado con flores blancas. A tu lado toma asiento tu padrino, embutido en su traje de etiqueta.

El coche se desliza suave por las calles, y tú te sientes admirada por mil muchachitas que sueñan con ser algún día protagonistas de una fiesta semejante.

Se ha detenido el coche. Habéis llegado al templo. En el pórtico esperan los parientes y amigos. En medio de ellos, tu novio con la madrina.

Al apearte, todos los ojos se han clavado en ti; los objetivos fotográficos te han enfocado. Murmullo de frases halagüeñas, demostraciones de alegría..., y en este ambiente saturado de optimismo, se forma la comitiva. Del brazo de tu padrino, seguida de tu novio, que da el suyo a la madrina, haces tu entrada en la iglesia, bellamente adornada, mientras el órgano toca una marcha nupcial.



Al pie del altar, mar de luces y flores, sobre el que emerge sonriente la imagen de la Virgen, os espera el sacerdote revestido de pluvial blanco bordado en oro.

Os habéis colocado en vuestros puestos —tú a la izquierda de tu novio—, flanqueados por los padrinos, y teniendo muy cerca a los testigos.

Antiguamente, el sacramento del Matrimonio se administraba en la puerta de la iglesia, lugar donde en aquellos tiempos se celebraban los contratos y se administraba la justicia. Hoy, cambiadas las costumbres, los casamientos suelen verificarse en el interior del templo, ante el altar.

Ya os halláis en vuestros puestos, y la gente se ha acomodado donde mejor pueda veros. Os habéis quitado los guantes, y esperáis dispuestos el comienzo de la ceremonia.

Como acto previo, el sacerdote os lee una exhortación del ritual toledano, bella síntesis doctrinal del sacramento del Matrimonio y de sus deberes sagrados.

Me parece oportuno transcribirla aquí para que, antes de casarte, la leas y medites, ya que aquel día, con la emoción, no podrás atenderla bien:

“Mirad, hermanos, que celebráis el sacramento del Matrimonio, que es para la conservación del género humano necesario, y a todos, si no tienen algún impedimento, les es concedido.

Fué instituido por nuestro Dios en el Paraíso terrenal, y santificado con la real presencia de Cristo, Redentor nuestro.

Es uno de los siete sacramentos de la Iglesia en la significación grande, y en la virtud y dignidad no pequeño. Da gracia a los que le contraen con puras conciencias, con la cual sobrepujan las dificultades y pesadumbres a que están los casados sujetos por todo el curso de la vida, y para que cumplan con el oficio de casados cristianos y satisfagan a la obligación que han tomado a su cargo.

Habéis de considerar diligentemente el fin a que habéis de enderezar todas las obras de la vida. Porque lo primero, este sacramento se instituyó para tener sucesión, y que procuréis dejar herederos, no tanto de vuestros bienes cuanto de vuestra fe, religión y virtud; y para que os ayudéis el uno al otro a llevar las incomodidades de la vida y flaqueza de la vejez.

Ordenad, pues, así la vida, que os seáis descanso y alivio el uno al otro, cortando de antemano todas las ocasiones de disgustos y molestias.

Finalmente, el matrimonio fué concedido a los hombres para que huyesen de la fornicación, teniendo el marido su mujer y la mujer su varón. Por lo cual os habéis de guardar mucho de no abusar del santo

matrimonio, trocando la concesión de la flaqueza en sólo deleite, no apeteciéndole fuera de los fines del matrimonio, pues así lo pide la fe que el uno al otro os habéis dado.

Porque celebrado el matrimonio —como dice el apóstol—, ni el varón ni la mujer tienen señorío sobre su cuerpo. Y así, antiguamente, los adúlteros eran castigados con severísimas penas, y ahora lo serán de Dios, que es el vengador de los agravios y desacatos que se hacen a la pureza de los sacramentos.

Pide la dignidad de éste, que significa la unión de Cristo con la Iglesia, que os améis el uno al otro como Susto amó a la Iglesia.

Vos, varón, compadeceos de vuestra mujer, como de vaso más flaco: compañera os daremos, y no sierva. Así, Adán, nuestro primer padre, a Eva, formada de su lado, en argumento de esto, la llamó compañera. Os ocuparéis en ejercicios honestos, para asentar vuestra casa y familia, así para conservar vuestro patrimonio como para huir del ocio, que es la fuente y raíz de todos los males.

Vos, esposa, habéis de estar sujeta a vuestro marido en todo; despreciaréis el demasiado y superfluo ornato del cuerpo en comparación de la hermosura de la virtud; con gran diligencia, habéis de guardar la hacienda; sed como vergel cerrado, fuente sellada por la virtud de la castidad.

A nadie —después de Dios— ha de amar más ni estimar más la mujer que a su marido, ni el marido más que a su mujer.

Y así en todas las cosas, que no contradicen a la piedad cristiana, se procuren agradar.

*La mujer obedezca y obsequie a su marido; el marido, por tener paz, muchas veces pierda de su derecho y autoridad.*

Sobre todo, pensad cómo habéis de dar cuenta a Dios de vuestra vida, de la de vuestros hijos y de toda la familia.

Tened el uno y el otro gran cuidado de enseñar a los de vuestra casa el temor de Dios.

Sed vosotros santos y toda vuestra casa, pues es santo nuestro Dios y Señor, el cual os acrecienta con gran sucesión, y después del curso de esta vida os dé la eterna felicidad: el que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén”.

## EL MOMENTO CUMBRE

En pie, como corresponde cuando habla la Iglesia, habéis escuchado la exhortación. Tras de ella, el sacerdote os ha requerido, primero a los interesados y después a todos los asistentes, para que si existiese algún impedimento por el cual el matrimonio no pueda o deba ser contraído, lo manifestéis.

Como es natural, no hay tal impedimento, y pasáis a casaros.

Fijate bien: digo a *casaros*. No os casa el sacerdote; sois vosotros mismos quienes, al entregaros mutuamente el derecho sobre vuestros cuerpos en orden a la generación, os casáis.

El sacerdote no hace otra cosa que poner la rúbrica divina al pie del acto y sombrearlo con la protección de Dios, dándole con su presencia validez en evitación de abusos.

Con el fin de facilitaros momento tan emocionante, el sacerdote os pregunta. Primero se dirige a ti:

—Doña..., ¿queréis a don... por vuestro legítimo esposo y marido por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

—Sí quiero.

—¿Os otorgáis por su esposa y mujer?

—Sí me otorgo.

—¿Te recibís por vuestro esposo y marido?

—Sí le recibo.

Se dirige después a tu novio, y le pregunta:

—Don..., ¿queréis a doña... por vuestra legítima esposa y mujer por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

—Sí quiero.

—¿Os otorgáis por su esposo y marido?

—Sí me otorgo.

—¿La recibís por vuestra esposa y mujer?

—Sí la recibo.

Ya estáis casados, y para simbolizar la unión íntima que entre vosotros acaba de trabarse, el sacerdote enlaza vuestras manos derechas, diciéndoos:

“Y yo, de parte de Dios todopoderoso, y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, y de la santa madre Iglesia, os desposo, y este sacramento entre vosotros confirmo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén”.

A continuación rocía las manos así unidas con agua bendita.

En ese momento vuestra vida ha cambiado totalmente. Ya no sois libres e independientes: sois el uno del otro y formáis una entidad común.

¡Qué fuerza tan enorme tiene el triple *sí* que acabáis de pronunciar! Nadie ni nada podrá romperlo; únicamente la muerte podrá soltar su atadura.

Hombres viciosos se han revuelto furiosos contra tan fuerte lazo; han puesto en juego toda clase de insidias y toda la fuerza de su poder, y, sin embargo, no han conseguido romperlo. A pesar de sus maniobras, no obstante su conducta viciosa, el vínculo matrimonial producido por su triple sí ha permanecido inalterable.

Conoces el caso típico de Enrique VIII de Inglaterra queriendo divorciarse de Catalina de Aragón. No fué posible. EL monarca deshonesto apeló incluso al cisma que arrancó a la confesión de la Iglesia de Cristo una nación floreciente; todo en vano, nadie le ha podido quitar a Enrique el sambenito de adúltero que con su proceder contrajo.

Puede la Iglesia declarar que un matrimonio no llegó a contraerse porque no se pronunció el triple *sí* en condiciones; pero anular ese sí legítimamente pronunciado en un matrimonio consumado, jamás podrá hacerlo.

Más aún; podrá la maldad de los hombres fingir que ese sí no fué pronunciado eh las condiciones debidas, y por ello arrancar a un tribunal eclesiástico la declaración de nulidad

“Si el matrimonio de estos desgraciados —dice el doctor Eguino y Trecu— era valido antes de la sentencia a ellos favorable, válido quedará también después de ella. Habrán engañado a los hombres, pero no a Dios. Su conciencia les acusará de la infamia que han cometido, y siempre resonará en sus almas la voz de Cristo, que dice: *Lo que Dios unió, no debe separarlo el hombre*”.

Como ves, el triple sí tiene una fuerza enorme, pero además encierra una eficacia sobrenatural maravillosa. En el momento mismo en que es pronunciado, en virtud de los méritos de Jesucristo, que lo instituyó, a la vez que aumenta la gracia santificante, desciende a las almas de los contrayentes un cúmulo inapreciable de otras gracias sobrenaturales destinadas a ayudarles en la realización de los fines matrimoniales.

Grandes y graves son los deberes que acabas de contraer. No te asustes; cuentas con los auxilios espirituales necesarios para su plena realización. Las gracias sacramentales actuarán en ti y te darán energías morales sufrientes en cada uno de los momentos difíciles de tu vida matrimonial.

Este mundo de la vida sobrenatural es espléndido y alentador. Lástima que sea tan desconocido por la mayoría de las gentes.

Dios es misericordioso, y en proporción con los deberes da las gracias. A mayores dificultades, mayores auxilios. El estado matrimonial encierra dificultades, sacrificios, obligaciones sin cuento, y el sacramento del Matrimonio provee de los auxilios divinos necesarios para la superación de todas las cargas y obstáculos, de manera que los casados, en el ejercicio de su vida matrimonial, puedan santificarse.

Para los cristianos no existe otro matrimonio que el sacramento. El llamado civil tan sólo puede admitirse como un requisito de mera tramitación legal en orden a la vida ciudadana, pero que, por sí, independientemente del sacramento, no produce cambio alguno en los contrayentes. Si solteras llegaron al despacho oficial, solteras salen de él; y, por tanto, con la misma obligación de guardar la virginidad como antes.

## ARRAS Y ANILLOS

Aun cuando para la validez del sacramento del Matrimonio basta con la pronunciación del triple sí por parte de cada uno de los contrayentes, la Iglesia le ha añadido una serie de ceremonias que con simbolismo gráfico ponen de relieve los sagrados deberes del nuevo estado de vida.

Ha tomado estas ceremonias de antiguas costumbres populares, las ha purificado de las taras de paganía que habrían podido adherirseles y las ha revestido de carácter cristiano al servicio del sacramento.

Parece ser que entre los germanos, sajones y borgoñones, el esposo entregaba a la familia de la novia una suma de dinero, o bien como regalo familiar o bien como precio de la mujer. En otros países era la misma novia quien recibía de su novio monedas de oro y plata.

La embajada enviada por Clodoveo a la corte de Borgoña a recoger a la princesa Clotilde, con quien se iba a casar, entregó a sus familiares un sueldo de oro y un dinero, suma equivalente a trece dineros.

La iglesia ha recogido esta costumbre, y la ha incorporado a la liturgia para significar la obligación contraída por el marido de sostener la economía familiar.

Las trece monedas que entrega son un símbolo de los ingresos que más tarde aportará para el levantamiento de las cargas hogareñas.

También el anillo pertenece a antiguas costumbres, que en su entrega representaban fidelidad y amor mutuo.

“Envía —ora el sacerdote— tu bendición sobre estos anillos para que quien camine adornado con esta señal de fidelidad, defendido por la protección celestial, prospere en orden a la vida eterna”.

Al marido le impone el anillo el sacerdote: pero a la mujer es aquél quien se lo coloca.

Como complemento de esta ceremonia, la esposa extiende las manos, y el marido le entrega las arras, diciendo: “Esposa, este anillo y estas arras os doy en señal de matrimonio”. “Yo lo recibo”, contesta ella.

Cuenta San Gregorio de Tours, que San Leonardo, después de entregar el anillo a su mujer, la besó y le dió su calzado, queriendo representar gráficamente que tomaba posesión de ella poseyéndola plenamente, por lo que aprisionaba sus manos con el anillo y sus pies con el calzado.

Es el anillo la señal pública de mutua pertenencia. Colocado en el dedo de una persona, con su brillo está diciendo a las gentes que aquel señor o señora está casado. Ya no se pertenece a sí mismo, ni puede obrar con la libertad de un soltero, sino que se encuentra ligado con otro ser a quien se debe por completo.

Es una historia muy bonita: Erich, rey de Suecia, ha cogido prisionero a Juan Wasa, príncipe de Finlandia, y, cargándole de cadenas, le ha reducido a prisión perpetua.

Lo ha sabido Catalina Jagello, mujer del príncipe finlandés, y se ha presentado en Estocolmo, rogando al rey le permitiese compartir la prisión con su marido.

El rey se asombra, y trata de desengañarla, poniéndole delante la dura vida que Juan Wasa lleva en la prisión.

—Lo sé —responde Catalina—. Pero, libre o prisionero, inocente o culpable, Juan Wasa es mi marido

—Pero yo creo —replica el rey— que con la condenación del rebelde se rompen los lazos que a él le ataban... Queda usted de nuevo libre...

—Lea, majestad— le contestó la princesa, alargándole el anillo de boda. En él aparecen grabadas dos palabras: *Mors sola*. Sólo la muerte<sup>9</sup>.

Eso significa el anillo; sólo la muerte puede romper aquel lazo. Mientras una de las dos personas viva, la otra, presente o ausente, enamorada o indiferente, continúa ligada con ella sin que nada ni nadie le pueda soltar.

Durante toda la vida, la mujer se debe al marido sin poder pensar en otro hombre, y el marido se debe a la mujer sin que le sea lícito desear ninguna otra. Y cuando cualquiera de los dos corre peligro de faltar a esta ley, el anillo protesta y recuerda el amor jurado. "No eres libre —le está diciendo—; una atadura sagrada te sujeta a quien no puedes traicionar".

"¡Traidor! ¡Perjuro!" —grita el anillo al casado que se permite poner su pensamiento o sus ojos en otra mujer.

Tras de la entrega de los anillos y las arras, el sacerdote recita varias preces, entona el salmo del matrimonio y termina con unas oraciones que vienen a ser como la felicitación de la Iglesia, o, mejor, como las aclamaciones jubilosas con que festeja la boda.

"Oremos: Bendiga Dios las palabras salidas de vuestros labios. Amén".

"Ate vuestro corazón con el nudo perpetuo de un sincero amor. Amén".

"Que florezcáis con abundancia de bienes, fructificuéis con decencia en vuestros hijos y perennemente os regocijéis con vuestros amigos. Amén".

"El Señor os conceda dones perennes, extensivos a vuestros padres y amigos, y a todos de las alegrías de la eternidad. Amén".

"Oremos: El Señor de la eterna gloria, Rey de todos los santos, os bendiga. Amén".

"Que os regale con la dulzura de su amor y con el gozo de la felicidad de la vida presente. Amén".

"Que después de haber gozado durante largo tiempo de los hijos, os conceda habitar en las mansiones celestiales; Él, que es Dios, y como tal vive y reina por los siglos de los siglos. Amén"<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Tihamér Tóth, "Cristo Rey".

<sup>10</sup> Justo Pérez Urbel, O. S. B., "Itinerario litúrgico"; Andrés Azcarate, O. S. B., "La flor de la liturgia"; Schuster, O. S. B., "Liber Sacramentum"; Gomà, "El valor educativo de la liturgia católica".

## EL SALMO DEL MATRIMONIO

Cuando en tiempos antiguos el sacramento se celebraba en el pórtico, y más tarde en la sacristía, los esposos enlazaban sus manos derechas, y el sacerdote, tomándolas con la suya, los introducía en el templo, mientras recitaba el salmo 127.

Hoy se realiza esta ceremonia sin moverse de su sitio. El sacerdote recita el salmo mientras con la suya sujeta las manos unidas de los esposos.

Su simbolismo en estas circunstancias resulta estupendo y de una belleza incomparable.

*"Felices todos los que temen al Señor  
y siguen los caminos por Él trazados.  
Porque te sustentarás con el trabajo de tus manos,  
serás feliz y te irá bien.  
Tu mujer, como la parra fecunda  
que trepa por las paredes de tu casa.  
Tus hijos, sentados en alrededor de tu mesa,  
como los renuevos del olivo  
que crecen en torno del tronco añoso.  
De este modo será bendecido  
el hombre que teme al Señor.  
Bendígate el Señor desde Sión  
y logres ver la prosperidad de Jerusalén  
durante toda tu vida;  
y veas a los hijos de tus hijos.  
La paz sea sobre Israel".*

¡Qué magnífico resulta este salmo en el momento de la boda, cuando, bajo la presión de la mano sacerdotal, se unen las de los contrayentes!

Parece que en visión profética se está viendo el porvenir.

Bajo las bendiciones divinas ha florecido el matrimonio. Fieles a Dios el uno y la otra, él se distingue por su laboriosidad y ella por su doble fecundidad natural y sobrenatural. El resultado es un bello ramillete de hijos que crecen a la sombra paterna como en la heredad familiar crecen los renuevos del olivo a la sombra del árbol.

Los hijos van siendo mayores: unos salen de casa a estudiar en la Universidad; otros, terminadas sus carreras, ejercen su profesión en distinta ciudad; alguno se ha casado,

Es un día de fiesta familiar: el santo de la madre, el cumpleaños del padre: la familia se reúne.

Comienzan a llegar los hijos. Hay que salir a esperarlos a la estación, al autobús... Viene alguno en coche propio... Abrazos, besos, cambios de impresiones llenos de emoción. Las efusiones familiares se reproducen en cada caso, revestidas de espontaneidad y novedad.

La casa se llena de voces, de risas, de explosiones de alegría. La hora de comer es de un barullo imponente y agradable.

Ha habido que poner a la mesa familiar todos los aditamentos posibles para aumentar su tamaño, y aun así casi resulta pequeña. La algarabía es enorme: todos hablan, todos ríen, todos bromean, todos quieren contar muchas cosas y saber las de los demás.

En el barullo, el padre es el peor; se siente rejuvenecido, como si fuese de la edad de sus hijos, y habla y ríe y gesticula como el que más. Hasta la madre, que suele padecer jaqueca, hoy está animada, tiene la cabeza fuerte y se desenvuelve con soltura en medio del *guirigay*.

Una alegría sana, resplandeciente, santa, se eleva hasta lo alto como un himno familiar al Señor, y parece que sus acordes están haciendo el acompañamiento a otro canto divino que allí resuena sin palabras, el salmo del Matrimonio:

"Tus hijos, sentados en derredor de tu mesa,  
como los renuevos del olivo  
que crecen en torno del tronco añoso".

Las bendiciones del Señor se palpan allí. Lo que el sacerdote entonó en la boda no ha sido en vano:

"De este modo será bendecido  
el hombre que teme a Dios".

Muchacha, así serás bendecida también si tú y tu novio teméis a Dios y, una vez casados, constituís vuestro hogar en suyo por el fiel cumplimiento de sus mandamientos:

"La paz será sobre Israel".

## MISA NUPCIAL

Ya han terminado las ceremonias complementarias del sacramento del Matrimonio, preñadas de un simbolismo formidable y saturadas de un espiritualismo delicioso y elevado,

No salgas, sin embargo, de la iglesia; no se ha acabada todo. La nueva vida en este momento iniciada os tan sublime, tan complicada y tan trascendental, que todo cuanto se haga para garantizar su felicidad es poco.

El sacramento ha inundado vuestras almas de valiosas gracias sobrenaturales; ahora, como respaldo de todo, se va a celebrar el santo sacrificio de la Misa. Cristo mismo se hará presente en el altar, se levantará sobre vosotros para bendeciros y se inmolará para mereceros ante el eterno Padre una protección eficaz.

Los paganos, iluminados por sola la razón, habían llegado a intuir la necesidad de respaldar el matrimonio con el sacrificio, y los romanos, tras de la ceremonia nupcial, ofrendaban a sus dioses un buey o un puerco, o también frutos y trigo, mientras los esposos, cubiertos con una piel ovina, se hallaban sentados en sendos taburetes unidos entre sí.

Pero el sacrificio cristiano excede al pagano, cuanto excede la verdad al error y lo divino a lo humano.

La misa de los esposos es de un grafismo enorme, y de una majestad imponente. Medítala ahora, ya que en su día no lo podrás hacer: de tus reflexiones sacarás un conocimiento más perfecto del matrimonio hacia el cual caminas y un mayor anhelo de hacerte digna de él mediante un noviazgo cristiano.

El *Introito* nos traslada a Ecbatana, donde Tobías se casa con Sara, la hija de mi pariente Ragüel.

Siete maridos había tenido Sara, que en la noche de bodas habían muerto bajo la influencia de un espíritu maligno, porque se casaban prescindiendo de Dios.

Tobías la pretende ahora con intención recta y religioso espíritu.

Ragüel se la da, uniendo con la con la suya la mano de la muchacha, mientras les dice: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os junte y cumpla en vosotros su bendición".

¿Cómo resultará este matrimonio después de los fracasos anteriores?

Tobías, aleccionado por el arcángel San Rafael, invita a Sara a guardar durante tres noches continencia, dedicándolas a la oración, porque somos "hijos de santos y no podemos casarnos como los gentiles que desconocen a Dios".

El éxito es completo, y cuando Ragüel y su mujer, Ana, lo comprueban, alaban a Dios y le dirigen una plegaria por los recién casados: "Haz que ellos te bendigan más y más".

No hay mejor comentario a este pasaje bíblico que el de la liturgia, tomado del salmo matrimonial: "Felices los que temen al Señor y siguen los caminos por Él trazados".

Tras de la oración en que la Iglesia implora de Dios todopoderoso y misericordioso que complete con su bendición lo que ella ha realizado, viene la lectura de la Epístola.

Estando ésta destinada a la instrucción de los fieles, ninguna otra lectura podía resultar más oportuna en estos momentos como el trozo de la carta a los de Efeso, breve síntesis de los derechos y deberes de los casados:

*"Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; por cuanto el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo místico, del cual Él mismo es Salvador. De donde, así como la Iglesia está sujeta a Cristo así las mujeres lo han de estar a sus maridos en todo.*

*Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres, corzo Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella, para santificarla limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, a fin de hacerla comparecer delante de Él llena de gloria, sin mácula ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada.*

Así también, los *maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos*. Quien ama a su mujer, a sí mismo se ama. Ciertamente que nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida como lo hace Cristo con la Iglesia, porque nosotros somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos.

Por eso dijo a Adán: "Dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará con una mujer, y serán los dos una carne". Sacramento es éste grande, mas yo hablo con respecto a Cristo y a la Iglesia.

*Cada uno, pues, de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y la mujer tema y respete a su marido".*

Después de escuchar doctrina tan maravillosa viene a los labios la recitación de los versículos del salmo matrimonial, y salta, retozando de esperanza jubilosa, el *Alleluya*: "Envíe el Señor el auxilio desde su Santuario y os proteja desde Sión. *Alleluya*".

A continuación se yergue ante vosotros la figura sublime del Divino Maestro. Os va a aleccionar Él personalmente desde el Evangelio.

Los hombres miserables se han rebelado contra la ley divina; dejándose arrastrar de sus concupiscencias se han arrojado sobre la institución básica de la sociedad y la han pisoteado con sus pies sucios, pretendiendo sacarla de los cauces naturales trazados por Dios.

Jesús defiende el matrimonio; no es algo establecido por los hombres: es Dios quien lo instituyó, y lo establecido por Dios está por encima de todo poder humano.

Es al otro lado del Jordán, en la región de Perea. Los fariseos le rodean y tienden lazos.

"En aquel tiempo se llegaron a Él los fariseos para tentarle, y le dijeron:

—¿Es ilícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?

Jesús, en respuesta, les dijo:

—¿No habéis leído que aquel que al principio crié el linaje humano crié un solo hombre y una sola mujer, y que se dijo: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá con su mujer, y serán dos en una sola carne?

*Así que va no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios pues, ha unido, no lo desuna el hombre".*

Novia, imita al sacerdote al acabar de leer este Evangelio, besa el libro. Esas palabras de Cristo son el principio de tu grandeza: no eres inferior al hombre como en el paganismo; no puede él jugar contigo como en aquella antigüedad degradante y ahora en los sectores sociales estragados por la paganía moderna.

Cristo adoctrinando a la Humanidad sobre el matrimonio te rescata de la esclavitud te saca de la inferioridad te eleva a la altura del hombre, te empareja con él como un igual, y dice: "Sois un solo ser; nadie podrá dividirlos El matrimonio lo hizo Dios, y lo que Dios ha atado, ningún hombre puede soltar.

¡Santa ley del matrimonio, que está por encima de todos los demás amores humanos! Dios la estableció en un principio, Jesucristo la confirma y solidifica.

Besa agradecida el texto sagrado y expansiona tu corazón en el versículo del *Ofertorio*:

"En Ti, Señor, puse mi confianza. Tú eres mi Dios; en tus manos está mi suerte".

Y viendo al sacerdote ofrecer el pan y el vino del sacrificio, reza Con él:

¿Rogámoste, Señor, recibas el sacrificio que te ofrecemos por la sagrada ley del matrimonio, y pues Tú fuiste su autor, sé también el guía de los que lo han contraído".

El punto culminante de la misa de velaciones es la *bendición solemne*, oye se da inmediatamente después de la recitación del Padrenuestro.

Consiste en dos oraciones que el sacerdote recita vuelto hacia los recién casados. La segunda es de singular belleza. Merece la pena que te detengas a meditarla.

“¡Oh Dios!..., mira bondadoso a ésta tu sierva...; haz que su yugo sea yugo de amor y de paz; haz que, casta y fiel, se case en Jesucristo; que sea imitadora de las mujeres santas; amable con su marido, como Raquel; prudente como Rebeca, sincera y fiel como Sara...; que permanezca siempre adicta a la fe y los mandamientos; unida solamente a su marido, huya de todo contacto ilícito...; sea grave en sus modales, venerable en el pudor, instruida en la doctrina celestial, fecunda en la descendencia, pura e inocente en sus costumbres, y llegue al descanso de los bienaventurados Y al reino celestial.

¿No te parece que esta, oración encierra el programa de las virtudes que han de adornar a una mujer casada, y para las que, por tanto, se ha de ir preparando una novia cristiana?

Como una reminiscencia de costumbres antiguas, los recién casados suelen escucharla arrodillados y cubiertos por un velo, que, colocado sobre la cabeza de la mujer, pende sobre las espaldas del marido.

En seguida viene la *comuni6n*. Jesús, que, bondadoso, ha derramado sus gracias sobre los contrayentes y por ellos se ha inmolado sobre el altar, quiero tomar posesi6n de sus almas de una manera m6s real e íntima; quiere Él, en persona, descender a su coraz6n y nutrir su alma.

Las costumbres modernas han desencajado este acto del lugar asignado en la liturgia.

Como las bodas muchas veces se celebran alrededor del mediodía, para que los novios no estén tanto tiempo en ayunas, suelen comulgar m6s temprano, en otra misa.

No hay en ello nada malo; pero este desdoblamiento y separaci6n resta a la comuni6n nupcial grandeza y simbolismo; pierde ésta el ambiente en el que la liturgia la había encuadrado; y si bien el orden de factores no altera el producto, no cabe duda que resulta de una belleza gráfica más sublime que, inmediatamente después de constituido el nuevo estado, se realice la entronizaci6n personal de Jesús en las almas de los que ya son un nuevo hogar.

Lo que ahora se hace es como si la víspera de la boda se entronizase la imagen del Coraz6n de Jesús en la casa que días más tarde habitará el nuevo matrimonio. ¿No resulta más lógico que primero se casen y luego hagan la entronizaci6n?

La misa va ya a terminar; pero antes de dar a todos los asistentes la bendici6n corriente, el sacerdote os *bendice en particular*, pidiendo al Señor os conceda primero una vida terrena dilatada y luego la eterna.

A continuaci6n, como si temiese no haberos inculcado bien vuestros deberes, os amonesta: “Que os guardéis lealtad el uno al otro, y en tiempo de oraci6n, y mayormente en ayunos y festividades, tengáis castidad. El marido ame a la mujer y la mujer ame al marido, y que permanezcáis en el temor de Dios”.

La misa ha terminado; el sacerdote se va a retirar a la sacristía; ¿os dejará sin más?

¡Qué grave e importante es el matrimonio! Un último retoque a la obra. Debe quedar bien perfilada; no puede consentirse ni una línea desdibujada. Como el artista, terminada la imagen, antes de soltar el cincel de la mano, da con él unos toques a algunas de las líneas para marearlas más profundas y dificultar que puedan borrarse, así el sacerdote, acabada completamente la ceremonia, antes de alejarse de vosotros, se os acerca, toma tu mano derecha, se la entrega a tu marido, y le dice: “Compañera os doy, y no sierva; amadla como Cristo amé a su Iglesia”.

Sonríe satisfecha; el sello de la Iglesia marca tu frente: en tu nuevo estado eres señora. Un nuevo mundo se abre ante ti.

## “DEO GRATIAS!”

Toda la trompetería del órgano resuena en una marcha triunfal, sonora y majestuosa.

Apoyada en el brazo de tu marido —jamás hasta este momento debes apoyarte en él—, te retiras del altar.

La multitud de familiares y amigos se hace a los lados, te abre calle, te felicita con sus sonrisas, y se esfuerza por frenar sus deseos de darte cuanto antes la enhorabuena, esperando a hacerlo cuando hayáis transpuesto las puertas del recinto sagrado.

Ahora, ya en la sacristía, mientras se firman las actas, todos te rodean. Apretones de manos, abrazos y besos, según las distintas relaciones y parentesco, felicitaciones, frases emocionadas, augurios de felicidad...

Aunque de prisa, como las circunstancias lo exigen, yo también me acerco a felicitaros; otro día lo haré con más sosiego, cuando, con menos barullo, tu marido y tú podáis deteneros conmigo en unas gratas reflexiones.

Deja que pase la fiesta profana que, por desgracia, con frecuencia, se convierte en la profanación de la fiesta; aunque ilusionadas sueñen con ella tantas ingenuas, que confían en que *bodas hacen bodas*.

Después, el viaje de novios, la instalación en vuestra casita...

Ya ha pasado un año. Un sol resplandeciente de alegría envuelve vuestro hogar y, juguetea sonriente con todos sus detalles. A mi llamada a la puerta ha respondido el llanto de un fino.

¡Qué espléndido ha sido el Señor con vosotros! El rosal hogareño ha florecido en ese capullito lindo y sonrosado que bulle en tus brazos bajo las caricias paternas.

Y ¡qué grupo tan estupendo formáis los tres en el cuarto de estar donde acabo de sorprender vuestra intimidad! Si un pintor os hubiese retratado, sin duda alguna, habría titulado el cuadro: *Felicidad*.

Sois la Imagen de la felicidad. Verdaderamente, la vivís, en cuanto aquí abajo cabe.

No cambiaríais vuestra suerte por la de nadie. Aquel muñequito gracioso que bajo sus bellos envoltorios carnales encubre un alma todavía dormida, pero que en sus primeros impulsos para despertar ilumina ya vuestras vidas y satura vuestros corazones, es un tesoro de dicha que sólo vosotros podéis apreciar en toda su grandeza.

Ahora es cuando yo me acerco a felicitarte. ¿Me aceptas la felicitación?

Yo me hago la ilusión de que tengo parte en vuestra dicha. Te escucho darme las gracias.

¿Te acuerdas de aquellos días en que os revolvíais nerviosos contra mi intransigencia y calificabais mi austeridad de exageración, mis advertencias de pesimismo y mis consejos de idealismos imposibles de realizar?

Decíais que era una *mala sombra*, que miraba las cosas con unas gafas más negras que mi sotana y disfrutaba haciéndoos sufrir.

Ahora, alcanzada la cumbre, con la dicha riendo en vuestra alma, comprendéis la realidad.

—Tenía usted razón. Su intransigencia ha salvado nuestra felicidad.

*¡Deo gratias!* Sean dadas gracias a Dios. Por Él os salí al paso, por Él os di el grito de alarma, por Él os eché los frenos, por Él me mantuve en

constante vigilancia sobre vuestro noviazgo y afronté la indignación de los incomprensivos, los puyazos de los mundanos y los ataques de los viciosos.

He conseguido mi pretensión: he salvado tu pureza; has llegado al matrimonio conservando inviolado el tesoro sagrado de tu virginidad; has empujado hacia la altura a quien amabas; has labrado los cimientos de tu felicidad..

Como Ulises a sus soldados, me das las gracias por mi actuación.

A mí, no; a Dios. Yo soy tan sólo un pobre instrumento quien me mueve es Dios. *¡Deo gratias!*

Cuando el joven Tobias hubo de peregrinar a Ecbatana para cumplir el encargo de su virtuoso padre Dios le envió al arcángel San Rafael que le guiase en su viaje y le librase de los muchos peligros que en él le habían de acechar.

Al regresar a su tierra, feliz en su matrimonio y resuelto el negocio paterno, quieren él y su familia dar las gracias a guía tan estupendo. San Rafael lo rechaza.

—Soy un mandatario de Dios —les dice—. Bendecid al Señor y cantad sus alabanzas.

Muchacha, en tu peregrinación por el noviazgo he sido un simple mandatario de Dios, de una categoría enormemente inferior a San Rafael. Bendice al Señor, canta sus alabanzas *¡Deo gratias!*

Pero no cierres aún el libro. Escucha mi último consejo.

Me sucede a mí lo que al sacerdote de la boda: no acierto a despedirme; quisiera ahondar más y más en tu corazón cuanto he dicho; quisiera asegurarme que jamás se borrarán de tu mente mis enseñanzas, y tu conducta será un homenaje al Dios del amor.

Aunque en el libro hemos llegado al término, tú todavía te encuentras en el camino; acaso en sus comienzos.

¿Quieres arribar a un matrimonio feliz?

Pues ya te lo he dicho en un principio y te lo repito para terminar: prepáralo desde ahora.

Mientras tejes tu amor, vas disponiendo los elementos para la construcción del edificio de tu dicha matrimonial.

Tú sabes que sin Dios es inútil tratar de edificar, sólo Él da solidez a los edificios sociales, y ahora y siempre son verdaderas las palabras del salmista: "Si no es Dios quien construye la casa, en vano trabajan cuantos tratan de levantarla".